



La frontera entre el amor y el odio estaba a punto de derribarse.

El arquitecto de Charleston, Chase Love, tenía que vigilar a Teagan Burns. Su reputación la precedía y no era precisamente buena. La joven, miembro de la alta sociedad de Nueva York, quería comprar la casa ancestral de la familia de Chase, y él estaba decidido a impedirsele. Pero se había encontrado con una contrincante ambiciosa, decidida y... despampanante.

Teagan era de armas tomar, aunque no era ella la que estaba siendo irracional. El atractivo arquitecto se negaba a trabajar con ella. Era desesperante... y muy excitante. Sin embargo, cuando el pasado de Teagan la siguió a Charleston, tuvo que elegir entre el enemigo que podría buscarle la ruina o aquel del que se estaba enamorando.

Capítulo Uno

Chase Love estaba sentado en el sofá de su despacho con su sobrina de dos años dormida en el regazo. La hermana mayor de la pequeña estaba tumbada en el suelo, a sus pies, coloreando en su cuaderno.

Al otro lado de la estancia, sentada en la mesa de reuniones, la agente inmobiliaria Sawyer Thurston hablaba por teléfono, tratando de cerrar una vez más un acuerdo con un primo tercero de Chase. Hacía una década que Rufus Calloway había heredado una casa en ruinas en Charleston, con un enorme valor sentimental para la madre de Chase. Desde entonces, Maybelle Love había estado tratando de convencer a su primo de que le vendiera aquella propiedad abandonada.

—¡Me da igual lo que ofrezcan! —bramó Rufus desde el otro extremo de la línea telefónica—. Jamás permitiré que esa familia se quede con la casa.

Después de aquella contundente declaración, Rufus colgó. Sawyer bajó el teléfono y suspiró.

—Ha sido un no rotundo.

—Ya lo he oído.

La pequeña Annabelle, de cuatro años, se levantó del suelo y corrió hacia Sawyer.

—Mira lo que he coloreado.

—Qué bonito —exclamó la amiga de Chase admirando el dibujo—. Cuando lo acabes, ¿puedo quedármelo para ponerlo en mi despacho?

—Sí, claro.

Annabelle volvió a tumbarse en el suelo y siguió pintando. Sawyer se acercó a él.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Chase y le hizo una seña para que se sentara a su lado.

Sawyer se acomodó en el sofá y miró a la niña dormida antes de clavar la vista en él.

—Rufus no va a vender esa casa a nadie de tu familia.

—No estoy dispuesto a darme por vencido.

—Lo sé. Hay rumores de que su situación económica ha empeorado y necesita vender la casa, pero se niega a vendérsela a tu familia. Creo que he encontrado un comprador que agradará tanto a Rufus como a tu madre.

—Mi madre quiere restaurar la casa para que recupere su antiguo esplendor. Si no podemos comprarla, es importante que el comprador conozca su significado histórico. Se hundirá si la echan abajo y construyen una de esas monstruosidades modernas.

—Lo sé —replicó Sawyer dirigiéndole una mirada desesperada. Habían mantenido aquella misma conversación muchas veces—. Esta persona quiere adquirir una propiedad histórica para restaurarla. Nada más enterarme de que Rufus iba a vender, me puse en contacto con ella y se lo conté todo. Le he explicado que ya tienes preparados los planos con todo lo que hay que hacer para que el edificio cumpla la normativa actual. Está deseando trabajar contigo.

Sawyer tenía un interés especial en inmuebles históricos y solía llevar clientes a East Bay Construction, la empresa de construcciones y reformas de Chase y su socio Knox Poole.

—¿De quién se trata?

A Chase no le hacía mucha gracia aquello, pero agradecía el pragmatismo de Sawyer. Su madre estaba empeñada en recuperar la casa y se negaba a considerar otras opciones.

—Alguien que no es de la zona —dijo Sawyer y, al ver que Chase fruncía el ceño, añadió—: Pero tiene una estrecha relación con una de las familias más arraigadas de Charleston.

—¿De quién se trata? —repitió en tono amenazante.

—Teagan Burns —contestó Sawyer evitando mirarlo.

—¿La prima de Ethan?

Chase se quedó sorprendido ante aquella sugerencia. Desde que llegó a Charleston hacía un mes, aquella mujer de la alta sociedad neoyorquina no había dejado de crear problemas al mejor amigo de Chase, Ethan Watts.

—De ninguna manera —concluyó.

—Venga, es el tipo de cliente que te gusta. Es una apasionada de la restauración —dijo Sawyer, y sonrió—. Y tiene un presupuesto ilimitado —añadió en tono persuasivo—. Es una mujer sensible, inteligente y muy agradable. Creo que es la socia perfecta para este proyecto.

—No funcionará —dijo Chase sacudiendo la cabeza.

—Venga —replicó Sawyer, con un brillo entusiasmado en sus ojos grises—. Es lista, ambiciosa y sabe exactamente lo que quiere.

—Parece que sientes lástima por ella.

—No creo que sea una persona tan terrible. Simplemente, cometió un error. ¿Sabes por qué está interesada en la casa de los Calloway?

—Porque se ha encaprichado de restaurar una casa histórica.

—Y dar un hogar de acogida a mujeres víctimas de violencia doméstica.

Sawyer había tocado su punto débil. Durante años, su hermana mayor había sufrido maltratos en una relación. Lo había ocultado al resto de la familia y Chase se sentía culpable por no haberse dado cuenta. Cuando por fin Nola había conseguido escapar de la situación, había recurrido a su familia. No todas las mujeres tenían esa suerte.

—Quiere encontrar un sitio donde se pueda dar cobijo a varias familias —continuó Sawyer—. Le he enseñado varias casas en el entorno de Charleston, y la mansión de los Calloway es la primera que le ha interesado.

—¿Así que ya la ha visto?

El mal estado de aquella casa victoriana de comienzos de siglo llevaba una década ahuyentando a compradores.

—Solo las fotos del anuncio. En breve se la enseñaré —dijo Sawyer inclinándose hacia delante—. Sé que tu madre y tú os morís de ganas por ver la casa restaurada y Teagan quiere hacer algo bueno por la comunidad. Todos salimos ganando.

—Yo lo que veo es a una manipuladora que lo único que busca es limpiar su imagen. Creo que mi madre se angustiara aún más.

Chase era incapaz de imaginarse a Teagan de clienta.

—Estoy convencida de que se ha dado cuenta de que ha metido la pata y quiere arreglar las cosas.

—No estoy seguro de que vaya a conseguirlo —dijo Chase negando con la cabeza—. Mira cómo trató de arrebatárselo a Ethan su puesto en Watts Shipping y trató de implicar a su hermana.

—Pero ya ha reconocido que fue un error. Vino a Charleston a estrechar lazos con su familia biológica y no se dio cuenta de lo unidos que estaban los Watt. Está destrozada porque todos están enfadados con ella.

La familia de Ethan llevaba años buscando a la heredera y por fin había dado con ella después de una prueba genética. Su llegada a Charleston había sido muy esperada. Sin embargo, no había resultado ser como esperaban.

Por lo que su mejor amigo le había contado, Teagan no estaba interesada en entablar una relación con su familia de Charleston. Tenía puestas sus miras en ser nombrada presidenta de la compañía familiar, Watts Shipping, un puesto que Ethan confiaba en ocupar algún día. Para conseguirlo, había tenido que distraer a su primo para que no se diera cuenta de lo que se traía entre manos. Teagan había propiciado la atracción entre Ethan y su hermana adoptiva sin imaginar que la pareja acabaría enamorándose y que Sienna se pondría del lado de Ethan.

—Al menos, deberías oír lo que tiene que decir antes de rechazar la idea —dijo Sawyer.

Chase no estaba muy convencido.

—¿Cómo os conocisteis?

—Por mediación de Poppy al poco de que Teagan llegara a la ciudad, mucho antes de que el asunto de Ethan estallara.

Poppy Shaw era prima de Ethan. Muestra de lo mal que Teagan había encajado con sus familiares de Charleston era que Poppy, un espíritu libre de carácter bondadoso, se negaba a dar la cara por ella.

—Le he enseñado un montón de casas que necesitan reformas, pero ninguna de ellas cumplía sus expectativas. Creo que la casa Calloway sería perfecta.

A pesar de la decepción por no poder adquirir la casa para su madre, Chase pensaba que era una buena opción encontrar un comprador que devolviera a aquella edificación histórica su antiguo esplendor. Pero no Teagan Burns. Esa alianza podría perjudicar a su mejor amigo y Chase no acababa de creerse el supuesto interés filantrópico de aquella mujer.

—No.

—¿Por qué? —preguntó Sawyer entornando los ojos.

—Porque es de Nueva York.

—¿Qué tiene eso que ver? —dijo la agente inmobiliaria y suspiró.

—Estamos hablando de la casa de mi familia. No creo que sepa apreciar la historia...

—Hay muchos edificios históricos en Nueva York.

—Sí, edificios que están echando abajo para construir modernos rascacielos.

—Ni siquiera la conoces. ¿Por qué no hablas antes con ella? —dijo Sawyer, y al ver que no obtenía respuesta, continuó—. Hemos quedado dentro de quince minutos en la casa.

Todo indicaba que, aunque no estuviera de acuerdo, Teagan Burns iba a convertirse en la propietaria de la casa Calloway. Chase apretó los dientes, pensando en la niña dormida que tenía en el regazo y en la que se afanaba en pintar un cocodrilo. ¿Qué debía hacer con sus sobrinas? Nola tardaría todavía una hora más en recoger a sus hijas.

—Tráelas —dijo Sawyer, leyéndole la mente.

—¿A una reunión de negocios?

—¿Así que ahora es una reunión de negocios? —preguntó Sawyer, satisfecha—. ¿Eso quiere decir que estás dispuesto a permitir que Teagan se implique en el proyecto?

¿De verdad lo estaba considerando? Seguramente descartaría la casa en ruinas en cuanto viera.

—Lo que quiere decir es que estoy empeñado en preservar la casa de los antepasados de mi madre.

Una afirmación atrevida, aunque el desasosiego hacia Teagan persistía cuando quince minutos más tarde se detuvo ante la casa de Rufus Calloway. Su ubicación, directamente frente a la casa de Chase, era un recordatorio constante de las malas relaciones entre las dos ramas de su familia. Cinco años atrás, Chase había comprado aquella casa histórica unifamiliar donde vivía y la había transformado con la esperanza de que Rufus reconociera un trabajo bien hecho y le vendiera su destartalada casa victoriana. Por desgracia, su primo tercero no estaba dispuesto a olvidar aquel rencor que reinaba en la familia desde hacía cien años.

Un todoterreno blanco metalizado estaba aparcado frente a la casa. En la acera, una mujer rubia esperaba de espaldas a él. Era Teagan Burns.

Aunque llevaba unas semanas en Charleston, Chase no había tenido la oportunidad de conocerla. Había muchos proyectos que tenía que acabar para participar en los premios anuales Carolopolis. Teniendo en cuenta lo mal que aquella mujer había tratado a su mejor amigo, tampoco le había interesado. Sin embargo, si quería hacerse con la casa familiar de su madre, no iba a tener más remedio que tratarla.

Se quedó observándola. Llevaba un vestido claro sin mangas que resaltaba sus curvas y dejaba al descubierto sus brazos tonificados. Unas ondas rubias caían en cascada hasta su cintura. Elegante y sofisticada, parecía fuera de lugar frente a aquella estructura gris y abandonada.

La pequeña Annabelle, de cuatro años, se había quedado dormida durante los diez minutos de trayecto y refunfuñó cuando Chase la sacó del coche y la puso en el suelo. En cambio, Hazel estaba descansada después de su siesta y tenía mucha energía.

Sawyer no había llegado cuando Chase cruzó la calle flanqueado por sus sobrinas y se acercó a la neoyorquina.

—¿Señorita Burns?

Teagan se volvió al oír su nombre y abrió los ojos como platos al ver a Chase.

—Soy Chase Love.

—Hola.

Aquella sonrisa deslumbrante lo pilló desprevenido. Aunque Ethan le había enseñado fotos de Teagan Burns cuando se descubrió que era la hija perdida de su tía Ava, aquellas imágenes no le habían causado el mismo impacto que verla en persona.

—Sawyer Thurston es mi socia. Cuando me contó que estaba interesada en la casa Calloway, pensó que sería una buena idea que estuviera presente en la visita ya que la conozco muy bien.

Como su nombre no le decía nada, no habló de su conexión con Ethan. Si acababan trabajando juntos en el futuro, ya se ocuparía de ese problema.

—Por supuesto. Su estudio es muy conocido por las magníficas reformas que hacen en edificios históricos. Estoy deseando oír sus

propuestas —dijo ladeando la cabeza y mirando a sus sobrinas. ¿Y quiénes son estas dos jovencitas?

—Yo soy Annabelle y ella es mi hermana Hazel.

Las dos hermanas hablaban por los codos, al igual que su madre. La pequeña Hazel todavía no era capaz de formar frases completas, pero repetía lo que oía de su hermana mayor.

—Me llamo Teagan —dijo inclinándose para ofrecerle su mano a Annabelle—. Encantada de conocerte.

Chase se sintió aturdido al ver aquella tierna sonrisa que dedicó a sus sobrinas. También por su belleza y encanto. Se la había imaginado altiva y mandona, una mujer frívola más preocupada por su aspecto. Sin embargo, Teagan era una desconcertante mezcla entre sensualidad y elegancia.

Aunque Hazel solía ser recelosa con los desconocidos, cedió ante la cautivadora sonrisa de Teagan y le tendió la mano. Un segundo más tarde, su mirada fue a posarse en la suya y sus palmas se unieron. Una fina capa de sudor brillaba sobre su piel, provocada por el sol y el ambiente cálido. Las notas cítricas de su perfume lo aturdieron. Cautivado por su belleza, sintió un despertar sexual en su cuerpo. A continuación pánico. ¿Cómo era posible que la encontrara atractiva? No podía traicionar así su amistad con Ethan.

—Sawyer aparecerá en cualquier momento —dijo Chase con una ligera nota grave en su voz, y le soltó la mano—. Mientras, puedo ir contándole algo de la casa —añadió, deseando desesperadamente que Sawyer apareciera y lo rescatara.

—Dijiste que íbamos a tomar un helado —protestó Annabelle tirándole de la mano—. ¿Cuándo vamos por el helado?

—¡Helado! ¡Helado! —repitió Hazel dando saltos a su izquierda.

—Enseguida. Antes tenemos que enseñarle la casa a la señorita Burns.

—¿Por qué?

—Porque está pensando en comprarla —respondió con un sabor amargo en la boca.

Annabelle miró sorprendida la casa, el jardín lleno de maleza y la valla rota.

—¿Para qué iba a comprarla? —preguntó la niña mirando a Teagan—. ¿Acaso está loca?

—Antes habrá que arreglarla —contestó Chase evitando mirar a Teagan.

—No sé —dijo Annabelle sin ocultar su escepticismo—. Es una casa muy fea.

—Yo me dedico a hacer bonitas las casas feas —le recordó, y miró a Teagan, que seguía muy interesada la conversación.

—Pero es que es una casa muy, muy fea —insistió la pequeña.

—Por eso precisamente quiero comprarla—. Estoy deseando restaurarla y que se vea bonita.

—Nosotras vivimos en una casa vieja —explicó Annabelle—. Mi madre se pasa el día diciendo que las cosas no funcionan.

—Bueno, seguro que tu papá puede arreglar alguna —comentó Teagan sonriendo.

—Mi papá es médico —explicó Annabelle—. Se dedica a curar a la gente.

Una arruga se dibujó entre las perfectas cejas de Teagan, que miró divertida a Chase.

—Ah, lo siento, pensé...

—Él no es mi papá —aclaró Annabelle.

—Soy su tío —intervino Chase mientras sus sobrinas rompían en risitas.

—Entiendo.

Teagan lo miró con otros ojos, haciendo que la temperatura de Chase se elevara. Por su expresión, le gustaba lo que veía. Aquella mujer iba a ser más problemática de lo que en un principio había pensado.

—Sí, bueno...

Se había quedado sin palabras. Su inesperada reacción lo había pillado con la guardia baja. Se sentía atraído hacia la mujer que había herido a su mejor amigo, algo que iba completamente en contra de sus principios. Ethan siempre había contado con que Chase le cubriera las espaldas, lo cual podía peligrar si dejaba de considerar a Teagan como una entrometida superficial y manipuladora dispuesta a hacer daño a cualquiera que se cruzara en su camino.

Su teléfono emitió un sonido al recibir un mensaje. Miró la pantalla y apretó los dientes.

—Parece que Sawyer se retrasa. Dice que empecemos sin ella.

Teagan debió de darse cuenta de su fastidio porque asintió con la cabeza y se concentró en el asunto que los había llevado allí.

—Claro, empecemos la visita.

Teagan necesitaba un momento para recuperar la respiración y dejar que sus sentidos volvieran a encontrar el equilibrio. Aunque Sawyer le había hablado de aquel especialista en reformas, la única imagen de él que aparecía en la página web de su empresa no la había preparado para la impresión de conocer a aquel atractivo arquitecto en persona.

Por si el ambiente de Charleston no fuera lo suficientemente bochornoso para elevar su temperatura, el repentino estallido de calor al darle la mano le había provocado que una mezcla de piel de gallina y sudor le brotara por todo el cuerpo. Era ridículo alegrarse de que Chase Love no estuviera casado ni fuera el padre de aquellas niñas tan adorables. A pesar de que había conocido a varios hombres atractivos desde su llegada a Charleston, ninguno le había provocado el deseo de seducirlo. Aquella mandíbula firme y la dureza de sus ojos pardos la atraían y la hacían desearlo. Sus hombros anchos y su porte serio despertaban en ella el impulso de coquetear con él, algo que no era una buena idea si quería que la tomara seriamente como inversora. Unas hormonas descontroladas podían ser un problema si quería trabajar en estrecho contacto con Chase.

Estaba pensando cómo convencerlo de que era una empresaria seria con un objetivo muy claro cuando la más pequeña de las niñas dijo algo que le hizo sonreír.

—¿Empezamos por las tres cabañas? —preguntó Chase—. Mi hermana llegará en quince minutos para recoger a las niñas. Será mejor que veamos la casa principal sin que nos distraigan.

—Claro —murmuró, confiando en que achacara el calor de sus mejillas al sol implacable.

Chase le hizo un gesto para que lo precediera por el camino de hormigón agrietado que conducía al porche. Después de dirigir la mirada a aquella construcción victoriana, se fijó en las tres construcciones que había detrás. Sin Chase a la vista, le era más fácil controlar sus pensamientos y concentrarse en el motivo por el que estaba allí.

Además de la casa principal, la propiedad contaba con tres casas de invitados, independientes, que pretendía convertir en hogares para mujeres en situación de riesgo. Teagan se había inspirado para el proyecto después

de conocer a Zoe Daily, propietaria de una boutique del centro de Charleston llamada Second Chance Treasures. Se trataba de una tienda de manualidades hechas por víctimas de violencia doméstica. Aunque desde su llegada a Charleston un mes antes había estado buscando una casa histórica para reformar, Teagan había tenido la idea de que pudiera servir también para mujeres necesitadas después de saber que Zoe había estado viviendo en la trastienda de su boutique tras huir de un marido violento. Desde entonces, su sueño había sido ayudar a otras mujeres en similares circunstancias.

—Sawyer me dijo que estaban en mejores condiciones que la casa principal.

—Así es. Esas casas han estado alquiladas hasta hace poco —dijo Chase, sin apartar la vista de sus sobrinas, que exploraban la maleza del jardín—. Se construyeron a mediados de los años cincuenta.

Sacaron las llaves de una pequeña caja con código de seguridad y enseguida Chase se dispuso a abrir la primera. Teagan se quedó estudiando el exterior de las casas, pensando en lo que podría hacerse en ellas. Chase fue a abrir las otras dos casas y dejó a Teagan examinando la del medio.

—¿Qué le parece? —preguntó Chase al verla salir de la casa.

—No está tan mal como imaginaba. Salvo imprevistos, supongo que estarán listas en un mes.

Después de ver las otras dos casas, su entusiasmo fue en aumento.

—¿Lista para ver la casa principal? —preguntó señalando la gran mansión victoriana.

—Desde luego.

—Disculpe un momento —dijo Chase antes de alejarse de ella por el camino de entrada.

Había estado tan absorta en la casa imaginando el color de la pintura que no se había dado cuenta del todoterreno blanco que se había parado junto a la acera. Una mujer rubia rodeó el vehículo y abrazó a las niñas. Teagan sintió un nudo en la garganta al ver el reencuentro de madre e hijas. Jamás ella o Sienna se habían alegrado de ver a Anna Burns. Su madre nunca había sido tierna.

Una punzada de resentimiento la asaltó, pillándola desprevenida. Sus padres adoptivos Anna y Samuel Burns le habían dado todo lo que el

dinero podía comprar y Teagan no tenía ninguna queja de su educación en colegios privados, su ropa de marca o las increíbles vacaciones que siempre habían disfrutado en Europa. Pero eso no incluía abrazos, mimos ni cuentos a la hora de dormir. Para eso estaban las niñeras.

No había sido hasta que Teagan había llegado a Charleston y había sido recibida por su familia biológica que había descubierto lo que era sentirse querida. Un año antes había enviado una muestra genética a un laboratorio con la esperanza de encontrar a su padre o de dar con la familia de su madre. Nunca había imaginado que su búsqueda la llevaría a Charleston.

Sus padres adoptivos la habían criado para ser ambiciosa y desconfiada, y por ello Teagan se había puesto a la defensiva cuando sus parientes sureños, excluyendo a su primo Ethan, la habían acogido en sus vidas y le habían demostrado un gran cariño. La falta de confianza la había llevado a cometer más de un error.

Teagan, perfeccionista de los pies a la cabeza, no podía dejar Manhattan sin tener algo a lo que dedicarse en Charleston. Dirigir la empresa familiar parecía la respuesta perfecta. El hecho de que su primo Ethan ya hubiera sido designado el próximo presidente de Watts Shipping no había sido más que un obstáculo a salvar.

Por desgracia, su empecinamiento la había llevado a hacer daño a la única persona en la que siempre había podido confiar: su hermana mayor Sienna. No había tenido en cuenta que a Sienna no se le daba bien disimular cuando le había pedido que espicara a Ethan. Tampoco había imaginado que su hermana acabaría enamorándose de él. Por su culpa, la pareja había pasado por una ruptura dolorosa antes de reconciliarse. Si Teagan no hubiera estado tan centrada en sí misma, se habría dado cuenta de que algo auténtico y duradero había surgido entre la pareja y se habría apartado. Sin embargo, su obstinación le había impedido ver lo que era mejor para Sienna.

En aquel momento su familia biológica no le hablaba, así que Teagan había decidido demostrarles que no era una arpía insensible y egoísta. Les enseñaría su lado más filantrópico restaurando una casa histórica del centro de Charleston y ofreciendo refugio a víctimas de abusos domésticos. Con el tiempo, confiaba en que alguien le diera una segunda oportunidad.

—Como puede ver, la casa está en una situación lamentable —dijo Chase al reunirse con Teagan en el sombrío y alargado vestíbulo.

Un placentero cosquilleo recorrió sus terminaciones nerviosas al sentir que su intenso olor masculino la rodeaba. Aunque no había ido a Charleston en busca de romances, aquel cuerpo, aquel rostro, aquellos penetrantes ojos verdes... Era un hombre enigmático y no podía ignorar lo que le hacía sentir.

Apartó la vista de su perfil y miró a su alrededor. Las ventanas estaban tapiadas, el papel pintado descascarillado, el techo lleno de machas de humedad y el suelo de madera desgastado.

—He visto muchas casas alrededor del centro, algunas en mejor y otras en peor estado. Al menos esta tiene tejado y tres pequeñas casas que encajan perfectamente con mi idea.

—Son muchas cosas a tener en cuenta —continuó Chase, mirándola de reojo.

—No sé qué sabe de lo que he estado haciendo en Nueva York —dijo avanzando por el pasillo hacia la cocina.

—Sawyer me ha contado que ha comprado y rehabilitado varios edificios históricos en Manhattan.

—Así es. Es importante preservar las joyas arquitectónicas para las generaciones futuras.

—Entonces, ¿por qué no se quedó allí y siguió haciéndolo?

Asombrada por su tono frío, Teagan alzó la barbilla poniéndose a la defensiva.

—Porque esperaba tener una nueva oportunidad con mi familia de Charleston.

Siguieron recorriendo la casa en silencio. Teagan cambiaba continuamente la atención entre lo que le rodeaba y el atractivo de su guía. Chase no pasó por alto ninguno de los defectos de la casa, detallándole los problemas que se encontraría durante la reforma.

—Parece como si quisiera quitarme las ganas de comprar la casa —dijo Teagan cuando salieron al porche.

—Solo quiero que le quede claro que necesita mucho trabajo.

—Ya me había dado cuenta viendo las fotos —afirmó sonriendo—. Pero es la casa principal la que necesita más obra. Las otras tres tan solo necesitan arreglos estéticos.

—Va a ser caro y, teniendo en cuenta el grado de abandono, es posible que surjan más problemas.

—A pesar de todo, creo que este sitio es perfecto para mí —dijo Teagan apoyándose en la barandilla y contemplando el vecindario—. Sé que esto me va a encantar cuando esté terminado.

Chase ignoró aquella proclamación de entusiasmo y avanzó cuidadosamente, evitando las tablas podridas. Mientras esperaba a que lo siguiera, sacó el móvil y miró la pantalla. Durante el recorrido, su teléfono no había parado de recibir mensajes, pero no los había mirado.

—Voy a llamar a Sawyer ahora mismo para presentar una oferta —anunció Teagan, sacando el teléfono y buscando entre sus contactos.

—Antes de que lo haga, debería saber que tengo mis reservas para aceptarla como cliente.

Aquello no era lo que Teagan esperaba oír.

—Entiendo —replicó disimulando su frustración—. ¿Quiere decirme por qué?

—Todavía no.

A pesar de la decepción por la reticencia de Chase, Teagan decidió no insistir.

—Gracias por quedar conmigo. Le avisaré cuando Sawyer me comunique que el comprador ha aceptado mi oferta.

Se separaron y cada uno se dirigió a su coche. Antes de meterse, Teagan se volvió para mirar la casa una última vez. Para hacer realidad su sueño, Chase debía aceptarla como cliente. Su pasión por restaurar casas históricas igualaba el interés de ella por preservarlas. Harían un equipo fantástico y quería que se diera cuenta. Porque una vez ponía su empeño en algo, solía conseguirlo. Y en aquel momento, lo que quería era ganarse a Chase Love.

Capítulo Dos

Chase se dio prisa en irse, sin comprometerse a reunirse de nuevo con Teagan Burns. Había quedado con un contratista para revisar un proyecto de restauración en el que estaba trabajando. Trató de concentrarse, pero no fue capaz de quitarse de la cabeza a aquella mujer.

No había ninguna duda de que era muy guapa, la clase de belleza elegante que atraía a la mayoría de los hombres. Charleston estaba lleno de rubias de piernas largas y sonrisas insinuantes, aunque ninguna de ellas podía competir con su pasión por las reformas, algo que causaba frustración en Ethan cada vez que trataba de emparejar a Chase.

Antes de conocer a Sienna, Ethan había sido uno de los solteros más deseados de la ciudad y solía arrastrar a Chase a actos sociales o a encuentros informales. Pero Chase nunca había tenido paciencia para andar con coqueteos absurdos.

Al acabar la visita de obra, se subió al coche y puso rumbo a su oficina. Apenas había recorrido varias manzanas cuando le llamó Sawyer. Después de su encuentro con Teagan, sospechaba que lo que Sawyer fuera a decirle iba a complicarle la vida.

—Me ha llamado Teagan —anunció después de saludarlo.

—Imagino que quiere hacer una oferta por la casa Calloway —dijo incómodo.

—Le parece perfecta —continuó Sawyer—. Y quiere que seas tú el que se encargue de la reforma.

—No sé si tendré tiempo —protestó.

—Tal vez esa excusa funcione con otra gente, pero no conmigo. Sé muy bien lo importante que es esa casa para tu familia y las ganas que tienes de verla reformada.

—Sí, bueno...

La situación que rodeaba todo aquel proyecto era complicada por muchas razones. En primer lugar estaba el deseo de su madre de adquirir la propiedad y la negativa de su primo de permitirlo. En segundo lugar, si Teagan compraba la casa, el sueño de Chase de llevar a cabo la reforma le obligaría a trabajar con ella y era posible que Ethan se lo tomara mal.

—Mi madre se llevará un disgusto cuando se entere de que la casa se la va a quedar una desconocida.

—Tal vez...

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado por el tono misterioso de Sawyer.

—Quizá ya me haya llamado.

—¿Qué le has contado de la casa? —dijo Chase tomando el desvío hacia casa de su madre.

—Ya sabía que Rufus la ha puesto en venta y me ha preguntado si has hecho una oferta —contestó Sawyer—. Le conté lo de la llamada.

—¿Se disgustó?

—Diría que está más decidida que nunca.

—Será mejor que vaya a verla.

Chase se dirigió hacia la casa a la que su madre se había mudado después de la muerte de su marido. Construida en el año 1843 y con más de cuatrocientos metros cuadrados de superficie, la casa tenía cuatro dormitorios y cinco baños. A lo largo de los años se habían hecho varias ampliaciones y era difícil determinar el estilo arquitectónico original.

—Hola, mamá —dijo Chase.

Su madre estaba en el salón. Se inclinó y la saludó con un beso en la mejilla.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó poniéndose de pie.

Tomó a su hijo del brazo y lo condujo hasta el sofá dorado de damasco junto al gran ventanal que daba al jardín. Luego tomó asiento y le indicó que se sentara.

—Sawyer me ha dicho que la has llamado para hablar de la casa Calloway —dijo sin perder tiempo.

—Me he enterado por mi prima Lemon de que Rufus la ha vuelto a poner a la venta —explicó clavando sus ojos verdeazulados en su hijo—. ¿Cómo no me lo habías contado?

—Acabo de enterarme hace unas horas.

Las relaciones entre las dos ramas de la familia de Maybelle habían sido tirantes desde la lectura del testamento del bisabuelo.

—Sawyer me lo ha explicado todo —dijo Maybelle—. Al parecer, Rufus necesita liquidez. Creo que deberíamos ofrecerle más de lo que vale la casa.

—Esa familia siempre necesita liquidez. Además, no quiere vendernos la casa. No tengo muy claro que haya una cifra lo suficientemente alta como para aceptar una oferta nuestra —farfulló Chase, incapaz de contener su desesperación.

—Tenemos que seguir intentándolo. No podría soportar que alguien la eche abajo.

Chase sintió que el corazón se le desgarraba al ver la desesperación en la mirada de Maybelle.

—No lo permitiré —le aseguró Chase.

—Entonces, tendremos que buscar la manera de conservar la casa —dijo su madre mirando por la ventana—. Sawyer mencionó que tenía una clienta muy interesada en comprar la propiedad —añadió y se volvió hacia su hijo—. Creo que la has conocido hoy.

Chase todavía no había decidido si quería trabajar con Teagan y no estaba preparado para explicarle a su madre el fin que quería darle a la casa.

—Se trata de una inversora de Nueva York.

—Tengo entendido que es una apasionada de la arquitectura y quiere devolver a la casa su antiguo esplendor.

La piel se le erizó al oír las palabras de su madre. El entusiasmo de Maybelle le resultó extraño. Durante décadas había oído a su madre quejarse de que su casa familiar estuviera abandonada. Su deseo era comprarla y dejársela a sus nietos. ¿Por qué de repente estaba deseando que se la quedara una extraña?

—Eso dice —replicó Chase en tono cauto.

—¿Tienes alguna razón para pensar que no está siendo sincera?

—Nada en concreto.

—¿Cómo es? —preguntó Maybelle con sincero interés en su mirada.

Chase recordó la impresión que Teagan le había causado y decidió no compartirla con su madre. Lo último que quería era que se hiciera ilusiones románticas. Ethan no era el único que quería emparejarlo.

—Rehabilita edificios —dijo Chase—. Ha llevado a cabo varios proyectos en Manhattan.

—Si nosotros no podemos comprar la casa, es una buena solución. Sawyer me ha dicho que Teagan se ha quedado muy impresionada con tu trabajo y le gustaría que tú te ocuparas de la obra —dijo Maybelle orgullosa—. Dormiría mejor sabiendo que la casa no corre peligro.

—¿De verdad te parece bien que una desconocida se quede con la casa de tu familia?

Maybelle entrelazó las manos y miró muy seria a su hijo.

—Si nos es imposible adquirir la casa, tenemos que asegurarnos de que caiga en buenas manos.

Las familias Watt y Love mantenían una relación muy estrecha desde hacía décadas. De hecho, Ethan y Chase eran amigos prácticamente desde la cuna.

—Entiendo lo que dices. Me gustaría hacerle una oferta a Rufus que no pudiera rechazar.

—¿Y si nos da largas y la casa se la quedan otros? —preguntó su madre.

—La casa lleva años vacía y abandonada. Nadie está dispuesto a darle a Rufus lo que pide. Deja que encuentre a alguien aparte de Teagan Burns que compre la casa.

Cierto que sería arriesgado esperar. Otro comprador podía echar abajo la casa y construir una nueva. El valor estaba en el terreno y en la historia de la casa, y no todo el mundo compartía la pasión de Maybelle.

—¿Qué tienes en contra de que Teagan Burns compre la casa? Sawyer dice que es una apasionada de la arquitectura histórica. Además, tiene recursos. A mí me parece que es la cliente ideal.

—Es de Nueva York y tiene varios negocios allí. En algún momento tendrá que volver. Me preocupa que con el tiempo pierda el interés por

Charleston. Lo más probable es que eso pase cuando acabe la reforma. ¿Quién sabe qué hará entonces con la casa?

—Sencillo —contestó su madre—. Se la compraré. De hecho, esta situación nos beneficia. Rufus nunca nos venderá la casa, pero podemos entablar una buena relación con Teagan Burns con la esperanza de que algún día nos la venda.

—Tal vez funcione —admitió Chase, imaginando la tensa conversación que tendría con Ethan.

—Funcionará —dijo Maybelle satisfecha—. Tenemos que conocer a Teagan cuanto antes. Quiero invitarla a comer. ¿Podrías hablar con ella?

—Claro.

Era inútil discutir con su madre y solo podía confiar en que Teagan no le causara buena impresión.

Después de recorrer la casa Calloway, Teagan había llamado a Sawyer Thurston y había quedado en encontrarse con la agente inmobiliaria en Eli's Table dos horas más tarde. Cuando llegó, Teagan descubrió que el restaurante estaba puerta con puerta del Museo de Arte Gibbes y se preguntó cuánto tiempo le había llevado a su hermana reunir su amplia colección de arte. Le fastidiaba el distanciamiento que había entre ellas, sobre todo por no conseguir que Sienna respondiera a sus llamadas y mensajes.

Mientras esperaba a que Sawyer llegara, se hizo varias fotos y las colgó en Instagram. Su número de seguidores había aumentado considerablemente, si bien había notado una disminución de comentarios de sus amigos de Nueva York, que preferían cotillear sobre las fiestas de los Hamptons o la moda.

Su teléfono sonó. Aunque no reconoció el número, el prefijo era de la zona.

—Aquí Teagan Burns.

—Soy Chase Love.

—Chase. ¿Ha cambiado de opinión?

—Podría decirse que sí —respondió no muy contento—. Tengo algunos bocetos de la casa Calloway en mi estudio. Debería venir a verlos. Así nos aseguraremos de que tenemos la misma idea.

—Me encantaría.

—Mañana tengo una hora libre a las diez. No sé cómo tiene la agenda.

—A las diez me parece perfecto —dijo Teagan.

—Entonces, nos veremos mañana.

Chase colgó antes de que pudiera despedirse. Entusiasmada por aquel cambio de suerte, Teagan incluyó a Chase en sus contactos. Acababa de hacer una captura de la foto que aparecía en su página web cuando una sombra bloqueó el sol de la tarde. Convencida de que era Sawyer, alzó la vista. Toda la energía positiva que le había dejado la llamada de Chase se desvaneció en cuestión de segundos.

—¡Declan!

Nunca habría imaginado que su némesis estaría en Charleston en vez de a casi mil trescientos kilómetros al norte, en su despacho con vistas al río Hudson del distrito financiero de Manhattan.

—Hola, Teagan.

Sin pedirle permiso, se sentó en la silla de al lado, se cruzó de piernas y apoyó el brazo en la mesa para mostrar el valioso reloj que llevaba en la muñeca. Llevaba un traje gris hecho a medida, con una impecable camisa blanca desabotonada en el cuello. Unas gafas de sol de marca ocultaban sus ojos ámbar, dándole aquel aire misterioso que tanto le gustaba cultivar.

—Estás tan guapa como siempre.

No se dejaba engañar por su tono meloso. Aquel hombre era una víbora a punto de atacar. Declan era un empresario astuto, decidido a controlar el mercado inmobiliario de Manhattan. El edificio Brookfield se interponía en uno de sus proyectos multimillonarios.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, deseando descubrir el motivo de su visita.

—Posees algo que quiero.

—El edificio Brookfield. Tal vez lo venda algún día, pero solo a alguien que aprecie la belleza de su fachada.

El edificio Brookfield llevaba desde 1895 ocupando una importante esquina del centro de Manhattan y resistiendo el implacable empeño de los constructores de sustituir edificios enigmáticos por monumentos a sus egos. Declan Scott era uno de aquellos constructores. Llevaba cinco años comprando edificios para levantar la torre Scott y contemplando con

satisfacción cómo las solicitudes de sus oponentes para preservar edificios históricos eran rechazadas por la Comisión de Preservación del Patrimonio. Solo le faltaba el edificio Brookfield. Hasta hacía seis meses, el edificio había pertenecido a Edward Quinn. A pesar de la insistencia de Declan, se había negado a venderle aquella joya arquitectónica. El edificio ocupaba un lugar especial en el corazón de Edward. Había sido su primera adquisición, la base sobre la que había construido su imperio. Actualmente la dueña era Teagan.

—Estás perdiendo el tiempo. No voy a vendértelo.

A pesar de las veces que le había dicho que no se lo vendía, Declan seguía sin aceptar el no por respuesta.

—Mi nueva oferta te hará cambiar de opinión.

—Si Edward hubiera querido que te quedaras el edificio, te lo habría vendido a ti antes de morir.

O se lo habría dejado a su hijo, que no compartía la pasión de su padre por los edificios históricos y que se lo habría vendido a Declan antes de que su padre estuviera enterrado. Sin embargo, le había legado aquel edificio de diez plantas del siglo XIX a Teagan.

Teagan conocía a Edward desde la infancia. Los Burns y los Quinn habían sido vecinos en los Hamptons, así que cuando había querido conocer los entresijos del mundo inmobiliario, había empezado haciendo prácticas en Quinn Real Estate, el imperio de Edward.

Su amigo y mentor la había tomado bajo su tutela y había despertado en ella la pasión por la conservación de edificios. Su decisión de dejarle el edificio Brookfield había sido una gran sorpresa para ella, para la familia de Edward y, sobre todo, para Declan.

Se había enfurecido hasta el punto de acusarla de seducir al anciano para que le dejara el edificio. Le había enviado varios anónimos a Ethan. Declan había puesto a su primo en contra de ella y casi había destruido la oportunidad de Sienna de ser feliz con Ethan.

—¿Por qué no te invito a cenar y hablamos de ello? —preguntó Declan inclinando la cabeza.

—No hay nada de qué hablar.

La primera vez que se había enfrentado a Declan había sido en el instituto. Desde entonces, había tenido numerosas escaramuzas, pero interferir en su intento de establecerse en Charleston iba más allá.

—¿Alguna vez me has visto rendirme sin conseguir lo que quiero?
—preguntó Declan.

—Tienes razón, eres muy insistente. Y también juegas sucio, como cuando mandaste aquellos anónimos a Ethan. Eso fue algo muy rastrero.

—Son negocios. Véndeme el Brookfield y no volverás a saber de mí.

—No estamos hablando de un puesto en una obra benéfica ni de un simple apartamento —dijo señalándolo con el dedo—. Es mi familia. Tú y tus tácticas están causando mucho daño.

—Eso debería darte una idea de lo importante que es el edificio para mí —dijo Declan inclinándose hacia delante—. Déjame que te recuerde que no soy el único que tiene algo que perder.

Declan dejó sobre la mesa un sobre grande blanco con el logotipo de Scott Development.

—El precio sigue siendo el mismo —dijo empujando el sobre en dirección de Teagan.

Ya le había ofrecido el doble del valor del edificio, pero su confianza la dejaba helada.

—No tengo tanta experiencia como tú negociando —comentó ella—, pero estoy segura de que vas a tener que endulzar la oferta para que no la rechace.

—No me has dejado terminar —dijo y arqueó la comisura izquierda de sus labios—. Véndeme el edificio y te dejaré en paz.

—Edward no quería que echaras abajo el edificio Brookfield y me lo confió para que eso no ocurriera.

—Lo que demuestra que en los últimos años había perdido sus facultades.

—Tal vez, pero consiguió vencerte.

Aunque su comentario había dado en el clavo, Declan tenía demasiadas tablas como para dejar que se le notara.

—No estoy derrotado.

No. Y por la forma en que se tensó su mandíbula, Teagan supo que estaba dispuesto a pelear hasta el final. Solo esperaba seguir en pie cuando el polvo se asentara.

Capítulo Tres

—**A** ver si entiendo lo que está pasando.

El rostro de Ethan llenaba la pantalla del ordenador de Chase. El mejor amigo de Chase llamaba desde Savannah. Estaba trabajando en la compañía de su madre biológica mientras decidía si quería sucederla como directora general o seguir trabajando en Watts Shipping y acabar dirigiendo la compañía de su familia adoptiva.

Al igual que Teagan, Ethan había recurrido a una prueba genética para localizar a sus parientes biológicos. Al tiempo que ella descubría sus raíces en Charleston, Ethan había contactado con su madre biológica, Carolina Gates. Chase sabía que, por mucho que se hubiera alegrado, aquel descubrimiento le había provocado una mezcla de emociones.

—Teagan quiere hacerse con esa reliquia que tu madre lleva años intentando comprar y te estás planteando si ayudarla a reformarla, ¿es así?

—Rufus no quiere vendérmola —explicó Chase, dividiendo su atención entre la diatriba de su amigo y el presupuesto de una reforma en la que estaba trabajando—. Si Teagan se hace con la casa, quiere reformarla.

—¿Qué te hace pensar que va a encargarte la reforma?

—Hemos hablado —respondió Chase recordando la reunión y la atracción que había sentido—. Hemos quedado dentro de una hora para que le enseñe los dibujos que hice para la casa y fotos antiguas de cómo estaba.

Tenía suerte de contar con material del estado original. Teniendo en cuenta que su madre llevaba años tratando de comprar la casa, Chase tenía un archivo con los planos originales, fotos históricas y sus propios bocetos de cómo actualizar la construcción conservando su encanto auténtico. No era la primera vez que Rufus había intentado vender la casa desde que su abuela Francis muriera diez años atrás. Chase estaba convencido de que aquel primo tercero disfrutaba atormentando a Maybelle.

—¿Has perdido la cabeza? —dijo Ethan—. ¿Por qué ibas a permitir que se hiciera con la casa de tus antepasados?

—Esta casa es importante para mi madre. Haré todo lo posible por preservarla.

—No te fíes de ella.

—Entiendo tu escepticismo, pero Teagan puede ser la única oportunidad de conseguir lo que queremos.

—De acuerdo, déjame que lo considere —dijo Ethan entornando los ojos—. Tal vez esto pueda beneficiarnos.

—¿Cómo? —preguntó Chase hundiendo los dedos en los músculos tensos de su nuca.

—Si te ocupas de la reforma, podrás vigilarla mientras estoy en Savannah.

La propuesta de Ethan era precisamente lo que Chase había estado temiendo.

—No puedo pedirle a nadie más que lo haga —concluyó.

—¿Qué me dices de Poppy o de Dallas? —sugirió Chase refiriéndose a las primas gemelas de Ethan.—. Estoy seguro de que lo harían encantadas.

—Aunque ahora mismo están enfadadas, acabará teniéndolas de su lado.

Después de haber conocido a la neoyorquina, Chase no tenía argumentos. Aunque los tejemanajes de Teagan para usurpar el futuro puesto de Ethan como presidente habían provocado un distanciamiento con su hermana, además de con sus primos y tíos, no descansaría hasta redimirse ante sus ojos. Además, tenía a su abuelo de su parte. Grady Watts estaba tan encantado de tener de nuevo en el seno de la familia a su nieta que había hecho la vista gorda ante sus artimañas.

—Por otra parte —continuó Ethan—, eres la única persona a la que no podrá engatusar para salirse con la suya.

Por cómo había ido su encuentro con Teagan Burns, tal vez no fuera tan indiferente como Ethan creía. Pero no quiso decírselo y se inventó una excusa.

—Mira, no me pilla en buen momento. Tengo varios proyectos en marcha y a finales del mes que viene se conocerán las nominaciones a los premios Carolopolis. No tengo tiempo para tu prima.

—Es peligrosa —afirmó Ethan—. No quiero que nadie salga herido. No te lo pediría si no tuviera que ir a Savannah a ver a mi madre para decidir qué voy a hacer con su oferta de trabajo.

Chase maldijo para sus adentros y asintió.

—Lo entiendo, pero no sé que esperas que haga con Teagan. No puedo andar siguiéndola en Watts Shipping.

—No me preocupa Watts Shipping —dijo Ethan—. He puesto a mi padre al corriente de lo que Teagan ha estado haciendo y tampoco es que vaya a pasarle las riendas a alguien sin experiencia. Lo que me preocupa es lo que vaya a suceder con el resto de la familia. Si Teagan está dispuesta a aprovecharse de su hermana para conseguir lo que quiere, imagina qué puede hacer con familiares a los que apenas conoce.

—No sé por qué estás preocupado —replicó Chase pensando en las tres mujeres que Ethan había mencionado—. Las tres saben muy bien cuidarse solas.

—Anda, dime que sí.

Chase podía haberle dicho que le pidiera ayuda a su hermano adoptivo, pero el experto en ciberseguridad acababa de comprometerse con Lia Marsh y no quería tomar parte en las maquinaciones de Ethan.

Varios meses antes, después de que el abuelo Grady enfermara y perdiera las ganas de vivir, Ethan había ideado una alocada estratagema para que antes de morir conociera a su nieta, hija de su querida hija. El plan había tenido consecuencias inesperadas. Grady se había quedado a las puertas de la muerte y había recuperado las fuerzas. Por desgracia, aquello había dejado a Ethan, a su hermano Paul y a la falsa nieta, Lia Marsh, envueltos en un complicado embrollo.

Antes de conocerse la verdad, Lia y Paul se habían enamorado y poco después habían llegado los resultados de las pruebas genéticas que habían vinculado a la familia con Teagan.

—¿Qué me dices? —preguntó Ethan—. ¿Me ayudarás?

—De acuerdo.

—Sabía que lo harías. Gracias.

Después de colgar, Chase continuó estudiando el presupuesto. Media hora más tarde, mandó un correo electrónico al cliente con los ajustes. Solo le quedaban cinco minutos para prepararse para la llegada de Teagan, poco tiempo para centrarse e idear un plan para encajar lo que Ethan le había pedido.

Chase desenrolló los planos de la casa Calloway y sujetó las cuatro esquinas con pisapapeles. Mientras estudiaba el perímetro de la casa principal, reflexionó sobre lo que significaría para su madre que recuperara su antiguo esplendor.

A las diez, Teagan apareció en su despacho con una falda larga de flores y una camiseta blanca sin mangas. Se quedó mirándola mientras atravesaba la habitación y la saludó con un apretón de manos. Aquel simple roce le produjo un cosquilleo.

—Vaya, ¿cuándo ha sacado tiempo para preparar esto? —preguntó mirando los bocetos.

—Llevo mucho tiempo trabajando en los planos de la casa Calloway.

—¿Y todas esas fotos del interior? —dijo estudiando una de ellas—. ¿Se las han dado antiguos dueños?

—Algunas de ellas sí. Llevo tiempo coleccionando imágenes para que me sirvan de referencia.

Ella rodeó la mesa, observándolo todo mientras él trataba de desviar la atención de su cintura. Pero le resultó imposible. Aquellos abdominales tonificados despertaban en él el deseo de acariciarla.

—¿Suele documentarse tanto para cada casa que restaura?

—No siempre —contestó Chase y se concentró en los planos—. Esta casa es muy especial.

—¿Por qué? —preguntó arqueando las cejas y se acercó.

Su brazo desnudo rozó el de él, nublándole el sentido común.

—Pertenece... a una antigua e influyente familia.

Chase consiguió detenerse a tiempo y no confesar su vínculo con aquel proyecto hasta que hubiera decidido aceptar el encargo.

—Es fascinante. Con todas las casas históricas que ha restaurado, apuesto a que sabe un montón de historias sobre las familias más antiguas de Charleston. Me encantaría escucharlas.

—No creo que sea una buena idea —dijo Chase optando por ser prudente.

—Tendrá que comer, ¿no?

Por la sonrisa de sus labios, no parecía dispuesta a darse por vencida.

—Estoy muy ocupado y... Antes de que trabajemos juntos en este proyecto, necesito dejarle algo claro.

—¿De qué se trata? —preguntó ella levantando la barbilla.

—Ethan es mi mejor amigo.

Aunque frunció el ceño y apretó los labios, la voz de Teagan denotó curiosidad más que irritación.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Cuando se enteró de que estaba interesada en comprar la casa Calloway, me pidió que la vigilara —explicó Chase e hizo una pausa antes de continuar—. Por si acaso le traía más problemas de su familia.

Teagan se puso a la defensiva mientras asimilaba las palabras de Chase. Decepción, humillación y rabia se apoderaron de ella. Por fin entendía su actitud distante y poco amistosa.

—No sé qué le habrá contado Ethan...

Por alguna razón, lo que pensara de ella aquel hombre le preocupaba.

—Se aprovechó de su hermana para tratar de convertirse en la próxima presidenta de Watts Shipping.

—Y me arrepiento.

—¿De verdad? ¿O me está diciendo lo que quiero oír?

Un escalofrío recorrió su espalda ante la mirada despiadada de Chase y respiró hondo para controlar su pulso desbocado. Le gustaba que fuera directo con ella y no se sentía intimidada. El hecho de saber que nada cambiaría aunque desplegara sus encantos constituía todo un reto.

—¿Qué le parece si le cuento mi versión para que me entienda mejor?

—La escucho —replicó cruzándose de brazos.

—Mi familia adoptiva es propietaria de una empresa de construcción en Nueva York —comenzó, preguntándose si Ethan empatizaría con su historia—. Mi deseo siempre ha sido que mi padre decidiera ponerme a mí al mando en vez de a mi hermano mayor.

Chase permaneció en silencio. Era amigo de Ethan y, como tal, estaría del lado de su primo. Aun así, deseaba contarle su versión, desnudar la verdad y tal vez, confesándolo todo, lograría ser perdonada.

—Pero verá, mi padre está chapado a la antigua —dijo Teagan y cerró los ojos para contener la ansiedad—. Pretendía que mi hermano Aiden se hiciera cargo de Burns Properties.

—¿Piensa que le tendría que corresponder a usted?

—Mi padre dejó muy claro que no contaba conmigo. A pesar de mi preparación, mi ambición y mi implicación en el trabajo, no era su hija biológica.

Teagan dudó si continuar. Siempre que había mostrado sus debilidades, había resultado herida.

—¿Es por eso que buscó a su familia biológica?

—En parte.

¿Cómo explicarle que llevaba años deseando estar con una familia que realmente la quisiera? ¿Cómo contarle el dolor que sentía por aquella madre que había muerto cuando ni siquiera había cumplido un año? Se preguntó si su padre biológico sabría entonces de su existencia. El hecho de ser adoptada había hecho que de niña sus compañeros de clase se burlaran de ella y que su madre adoptiva la mostrara como una muñeca.

Después de conocer a sus parientes de Charleston, aquel vacío de Teagan se había llenado. Era nieta de Grady y Delilah Watts y sobrina de Miles, el primogénito al mando de Watts Shipping, y de su hermana mayor Lenora, que estaba casada con Wiley Shaw y era madre de las gemelas Poppy y Dallas. Ella era hija de Ava, la más pequeña de los tres hermanos, un espíritu libre que a los dieciocho años se había ido a Nueva York para convertirse en modelo, pero que se había quedado embarazada.

Antes de llegar a Charleston, Teagan no sabía que cuando Ava se había marchado de Carolina del Sur había roto todo vínculo con su familia, así que no sabían nada de Teagan ni de que apenas tuviera un año cuando Ava había muerto en un trágico accidente.

—Mire —continuó—, lo que le he contado no es excusa. El hecho de que Ethan fuera adoptado y yo fuera una Watts no quiere decir que deba dirigir la compañía.

Sus ojos pardos se clavaron en ella.

—Si quería ocupar el puesto de presidenta, debería haberse enfrentado limpiamente a Ethan.

—Digamos que por experiencia sé que con esfuerzo no siempre se consigue lo que se pretende.

—Así que manipula las situaciones para conseguir lo que quiere.

—Solo cuando es necesario. Siempre me ha funcionado en el pasado, pero aquí no. En menos de un mes he conseguido distanciarme de toda mi familia de Charleston. Poppy y Dallas apenas me hablan. Mis tíos y tías se limitan a ser educadamente corteses. El único que no parece molesto es el abuelo Grady y creo que es porque no tiene ni idea de que soy la razón por la que Ethan y Siena rompieron.

—Entonces, ¿por qué no vuelve a Nueva York? Sawyer me dijo que tenía varios negocios muy rentables allí.

Teagan sintió que se derretía. Chase no sabía lo gratificante que era para ella que sus éxitos se reconocieran.

—Soy muy cabezota. Cuando me propongo algo, voy a por todas.

—Y quiere ser la próxima presidenta de Watts Shipping.

—Mi sitio no está aquí. Fue mi ego el que me empujó a querer ese puesto.

—¿Entonces qué busca aquí?

—A mi familia.

Sintió un nudo en el estómago mientras pensaba en todos los pasos en falso que había dado desde su llegada a Charleston. Al principio había sido demasiado arrogante como para reconocer que allí era una extraña y que se había comportado como una niña caprichosa. Estaba decidida a reparar todo el daño que había causado, pero no estaba segura de que la perdonarían.

—También quiero dejar huella aquí en Charleston —añadió.

—¿Rehabilitando una casa histórica?

—Y contribuyendo a que la comunidad cuente con un hogar de acogida para mujeres necesitadas —contestó, recordándole sus fines altruistas.

—Sigue recurriendo a manipulaciones para que las cosas salgan a su favor.

—Está claro que esas intrigas forman parte de mí y es difícil dejarlas a un lado —dijo Teagan dirigiendo su atención a los dibujos de las tres casas que estaban en la parte trasera de la principal—. Pero no soy esa persona horrible que todo el mundo piensa. De veras quiero ayudar a la gente.

Una expresión de incertidumbre asomó en el rostro de Chase. Tal vez por fin la estaba entendiendo.

—Teniendo en cuenta lo que pasó entre Ethan y yo, entiendo que dudara si implicarse en este proyecto. ¿Qué le hizo cambiar de idea?

—¿Qué le hace pensar que lo he hecho?

—Teniendo en cuenta el tiempo y la energía que ha puesto en este proyecto, no me imagino que quiera que otra persona se encargue —replicó sonriendo—. Creo que cuando me conozca, descubrirá que soy una buena socia.

En aquel momento, incluso después de saber que Ethan le había tendido una trampa, Teagan no podía dejar de lado sus instintos más básicos y comportarse con sensatez. Aquel hombre le hacía hervir la sangre y quería disfrutar de aquella sensación ardiente.

—¿Tiene planes para comer?

Se sentía sola y algo aislada después de que su familia le diera la espalda y Sienna no le dirigiera la palabra.

—Así podremos seguir comentando el proyecto —continuó—. Supongo que ya se ha dado cuenta de que quiero llevar a cabo una rehabilitación histórica lo más fiel posible. Haremos un buen equipo, ya lo verá.

Aunque era cierto, también ansiaba pasar más tiempo en su compañía. La forma en que le había visto sonreír a sus sobrinas le decía que bajo aquella apariencia huraña se escondía un corazón tierno. Por no hablar de la atracción física que sentía hacia él. Cada vez que sus miradas se encontraban, sentía el aleteo de mariposas en el estómago. Estaba impaciente por descubrir qué se escondía bajo aquella fachada inescrutable.

—Me temo que hoy no tengo tiempo.

No era un no rotundo y Teagan decidió arriesgarse.

—¿Y mañana? —preguntó, deseando pasar más tiempo con aquel hombre enigmático—. Invito yo.

—No es necesario.

—¿Se está haciendo el interesante? —dijo ladeando la cabeza.

—No, en absoluto —contestó sorprendido—. Es solo que es la época más complicada del año ahora que el plazo para presentar las candidaturas a los premios Carolopolis está a punto de concluir.

—Bueno, en algún momento tendrá que parar para comer. ¿Qué me dice de la cena?

—¿La cena?

—Se supone que tiene que vigilarme, ¿no? ¿Qué mejor manera que cenando conmigo?

No tenía ni idea de qué era lo que le había impulsado a hacer aquella revelación.

—No se dará por vencida hasta que acepte, ¿verdad?

—Veo que me entiende. Vamos a trabajar muy bien juntos.

—Si por bien entiende salirse con la suya a fuerza de insistir...

—Usted no es como Ethan, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Él siempre está maquinando.

—De eso no hay ninguna duda. Ya sea en temas de trabajo o personales, siempre he preferido ser directo. Es algo que debería intentar usted, a la vista de cómo le va con su familia.

Teagan no pudo evitarlo y rio.

—No se anda con rodeos, ¿verdad?

—No cuando creo que alguien sabe cómo tomárselos.

Teagan no supo cómo interpretar su comentario, si como una alabanza o como un reproche. Era el mejor amigo de Ethan y estaba predispuesto a ponerse del lado de su primo. Sin embargo, ella se tomó con entusiasmo sus palabras y las interpretó como si admirara su fuerte personalidad.

—No estoy acostumbrada a que la gente sea tan directa conmigo y me resulta una novedad muy agradable.

—¿De veras? Pensé que no le gustaría que la pillaran maquinando.

—No me importa. De donde vengo, si no eres tú el que manipula la situación es que te están manipulando.

—No le servirá de nada tratar de controlarme.

—No, imagino que no —susurró ella, entusiasmada ante aquel desafío.

Chase se quedó observándola unos segundos antes de asentir.

—La recogeré mañana a las siete de la tarde.

—Estaré contando las horas.

Capítulo Cuatro

—¿**L**e contaste que te pedí que la vigilaras? —retumbó la voz de Ethan al otro lado de la línea.

Nada más terminar su reunión con Teagan, Chase había llamado a Ethan para contarle cómo había ido.

—Sí.

—¿Por qué lo has hecho? Ahora ya sabe que la tenemos bajo la lupa.

—Eso ya lo sabía —dijo Chase empleando el mismo tono que usaba con sus sobrinas cuando estaban especialmente cansadas e irritables—. Y sabes que no me gustan los juegos. Además, tal vez la disuada de cualquier idea que se le ocurra si sabe que la estoy vigilando.

—No conoces a Teagan. Es implacable —afirmó Ethan y suspiró—. Bueno, como no tenemos otra opción, hagámoslo a tu manera.

Chase se abstuvo de decirle que ya lo estaban haciendo a su manera.

—De acuerdo.

—Entre Paul y tú, me tenéis entretenido.

El hermano mayor de Ethan era un exagente de policía que tenía una empresa de ciberseguridad, y compartía con Chase la tendencia de pasar de un extremo a otro. De niños, Paul y Chase habían practicado artes marciales, y la adoración de Chase por Paul siempre había fastidiado a Ethan, especialmente cuando en el instituto se había interesado por forjarse una carrera en las fuerzas del orden. Pero al final, había sido el mundo de la construcción el que le había robado el corazón. Al acabar la universidad se había hecho cargo de East Bay Construction, la compañía que su familia había fundado hacía veinte años, y se había asociado con Knox para ampliar el negocio.

—¿Y qué planes tienes para vigilar a Teagan ahora que sabe que la tenemos en el punto de mira?

—Vamos a cenar mañana.

—¿A cenar? —preguntó Ethan asombrado—. ¿La has invitado a cenar?

—No, me lo pidió ella. Quiere comentar las ideas que tengo para la casa Calloway.

—Ten cuidado.

—Es solo una cena. Es una cuestión estrictamente profesional.

—¿Desde cuando sales con clientas?

—Desde que mi mejor amigo me pidió que vigilara a su prima.

—Pensé que serías más discreto.

—Si no te gustan mis métodos, pídeselo a otro.

—No confío en nadie.

No era del todo verdad, pero Chase decidió no mencionar a Paul, el hermano de Ethan, en aquel momento.

—No parece que confíes en mí.

—No eres tú quien me preocupa.

Chase detuvo su todoterreno frente a la casa de los Birch-Watts, recordando su conversación con Ethan. Aquello se parecía demasiado a una cita, sobre todo teniendo en cuenta que había ido a recoger a Teagan a casa de su abuelo. Se sintió tentado de quedarse allí en el coche y hacer sonar la bocina para que supiera que había llegado, pero su madre lo mataría si hacía algo así. En vez de eso, suspiró, se bajó del vehículo y subió los escalones hasta la puerta de entrada. Durante su juventud, Chase había pasado mucho tiempo allí. La casa tenía una piscina que había sido punto de encuentro de amigos y familia.

La doncella de Grady recibió a Chase en el amplio vestíbulo y lo condujo hasta el salón. Había llegado pronto y no esperaba que Teagan estuviera lista. De hecho, estaba seguro de que le haría esperar. Por suerte para Chase, el salón no estaba vacío. Grady estaba sentado junto a una de las ventanas, con el bastón a un lado, leyendo una biografía.

Se alegró de ver a Grady con tan buen aspecto. La familia había estado muy preocupada por el estado de salud del patriarca de ochenta y cinco años. El descubrimiento de aquella nieta le había dado una razón para vivir. Chase solo esperaba que Teagan no lo defraudara.

—Buenas noches, Grady —dijo Chase, y se sentó en una silla al lado.

Grady levantó la vista del libro y sonrió.

—¡Chase! Me alegro de verte. ¿Qué te trae por aquí?

—He venido a recoger a Teagan. Hemos quedado a cenar.

—¡No me digas! —exclamó el viejo y la mirada se le iluminó—. Tienes buen gusto. Mi nieta es guapa y muy lista. Creo que haréis buena pareja.

Antes de que Chase pudiera corregirlo, una voz femenina habló desde la puerta.

—Abuelo, no le asustes —dijo Teagan guiñándole un ojo a Chase al pasar a su lado—. Si Chase se da cuenta de que tengo planes con él, me lo pondrá difícil.

Se acercó a su abuelo, lo tomó del brazo y le dio un beso.

—¿Por qué habría de hacer eso? —preguntó Grady tomando a su nieta de la mano—. Sería muy afortunado de tenerte.

—Es muy dulce lo que dices.

La voz de Teagan se quebró ligeramente, como si la emoción la desbordara.

El cariño entre Teagan y su abuelo parecía auténtico. Chase recordó que le había contado que Grady era el único miembro de la familia con el que se hablaba, así que quizá estaba desempeñando el papel de nieta complaciente para preservar la relación.

—Pórtate bien con mi chica —dijo Grady mirando muy serio a Chase—. No está pasando por un buen momento.

Chase abrió la boca para decir que era ella la causante de todos los problemas, pero se limitó a asentir.

—Por supuesto. Está en buenas manos.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Teagan y se puso de pie después de darle otro beso a su abuelo—. Te veré mañana en el desayuno.

—Divertíos.

Después de despedirse de Grady, Chase siguió a Teagan hasta la puerta.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó él una vez fuera.

—¿A qué se refiere? —replicó ella, toda inocencia y dulzura.

—Ha dado a entender a Grady que esto era una cita.

—Mejor eso que explicarle que Ethan le pidió que me vigilara por si me daban ganas de hacer más travesuras.

En aquel momento, viéndola bajar los escalones delante de él con aquellos zapatos de tacón, Chase sintió que su temperatura aumentaba. Cualquiera otra mujer con su mismo comportamiento escandaloso lo habría dejado frío. Pero sus miradas ardientes, aquel lenguaje corporal tan tentador y sus comentarios provocativos hacían que su temperatura se disparara. Esa noche llevaba un minivestido dorado que destilaba sofisticación neoyorquina. Con su larga melena rubia recogida en una trenza y unos cuantos mechones sueltos alrededor del rostro, se la veía glamurosa, femenina y muy segura de sí misma. Unos sentimientos contradictorios lo invadieron. Aunque lo volvía loco, seguía deseándola.

—Podía haberle dicho que se trataba de una cena de negocios —comentó, y le abrió la puerta del coche.

Al meterse, la falda se le subió y Chase no pudo evitar fijarse en aquellas largas y bonitas piernas.

—Sí, podía haberlo hecho, pero entonces no habría tenido la oportunidad de ver cómo se revolvía.

Antes de morder el anzuelo, Chase cerró la puerta y rodeó el coche hasta el asiento del conductor.

—¿Le ha contado que le interesa comprar la casa Calloway? —preguntó colocándose al volante.

—Sí, y también le he dicho que vamos a trabajar juntos en la reforma —contestó y esperó a que pusiera el coche en marcha—. Grady me contó que el primo de su madre se negó a venderle la casa después de que la heredara. ¿Por qué?

—No hay buena sintonía entre nuestras familias desde hace generaciones.

—Debió de ocurrir algo terrible para que ambas familias sigan sin llevarse bien.

—Mi bisabuelo repartió su fortuna entre sus dos hijos. La hija heredó el dinero mientras que el hijo recibió el negocio y la casa. Ella lo invirtió en la empresa de su marido y su familia progresó. Él no tenía olfato para

los negocios y llevó la empresa familiar a la ruina —dijo e hizo una pausa, pero al ver el interés de Teagan, decidió continuar—. Rufus tiene un sentido pésimo para los negocios, al igual que su padre, su abuelo y su bisabuelo, y está resentido por lo bien que le ha ido a la familia de mi madre. Por mucho que le ofrezcamos, no creo que haya cantidad suficiente para que supere su amargura.

—Tiene que ser muy duro para su madre.

Chase se armó de valor ante la compasión de Teagan. Aquella mujer no solo estaba revolucionando sus hormonas con su coqueteo, también lo atraía con su perspicacia.

—Es muy sentimental.

—Y usted muy protector con ella.

—Es mi madre.

El restaurante que había elegido estaba a cinco minutos en coche de la casa de Grady y enseguida llegaron. Chase apagó el motor y salió del coche. Luego le abrió la puerta y Teagan le dedicó una cálida sonrisa al bajarse.

—El restaurante está por aquí.

—Es estupendo que se preocupe así por su familia —dijo Teagan mientras caminaban hacia el restaurante—. Apuesto a que cuida a todo aquel que es importante para usted.

Hablaba como si fuera algo excepcional. ¿Acaso no era lo normal proteger a los seres queridos?

—¿Podemos concentrarnos en la reforma de la casa Calloway?

—Ya hablaremos de eso —dijo ella y una sonrisa intrigante asomó en sus labios, incomodándolo—. Pero primero, quiero conocerlo mejor.

—No hay mucho que contar —protestó.

—Subestima mi interés —dijo Teagan arqueando una ceja, con un brillo divertido en sus ojos.

Incómodo, Chase abrió la puerta del restaurante y entró con Teagan en el Fig. La decoración sencilla y cuidada del establecimiento era el entorno perfecto para su excelente oferta culinaria. Como se abastecían de productos locales, el menú cambiaba según las estaciones y Chase era un cliente habitual.

Los ubicaron en una mesa junto a la pared. Teagan se sentó de espaldas a la pared y Chase frente a ella, de cara al muro blanco. Nada podía distraerlo de su bonito rostro.

El camarero les dio la bienvenida y les preguntó qué iban a tomar.

—Me apetece algo burbujeante para celebrar nuestra primera cita —dijo ella leyendo la carta—. ¿Qué tal una botella de champán?

Chase suspiró mientras el camarero esperaba su aprobación. ¿Para qué decir que aquello no era una cita? Teagan era arrolladora cuando se le metía algo en la cabeza, así que decidió reservar energía para las importantes batallas que se avecinaban.

Una vez servido el champán, Teagan alzó su copa en un brindis.

—Por el comienzo de una exitosa colaboración. Creo que ya es hora de que nos tuteemos.

Chase asintió y brindó gustoso. A pesar de sus caracteres tan dispares, tenía la impresión de que sus criterios para restaurar la casa Calloway coincidían. Y todo porque, para darle gusto a su madre, estaba dispuesto a soportar las provocaciones de Teagan.

—Bueno —comenzó Teagan con un brillo travieso en los ojos—. ¿A qué te dedicas cuando no estás ideando cosas bonitas?

—A comer y dormir —contestó sin querer darle detalles de su vida personal—. Claro que como tengo tendencia a aceptar demasiados proyectos, me paso el día trabajando.

—¿Cómo acabaste dedicándote a las restauraciones?

—Mi madre es una apasionada de Charleston —explicó—. La historia, la arquitectura, la cultura... Es un miembro muy activo de la Asociación de Conservación y forma parte de la junta directiva de varios museos.

—Me estás hablando de tu madre, pero no de ti. ¿Cuándo te diste cuenta de que querías ser arquitecto?

—Cuando mi padre murió. Todavía me quedaban un par de años en el instituto —dijo y apartó la vista para no distraerse con el gesto compasivo de Teagan—. Mi madre se hizo cargo de East Bay Construction y empecé a ayudarla con las reformas después de las clases y durante los veranos.

—Cuánto lo siento. Debió de ser duro perder a tu padre a una edad tan temprana —dijo e hizo una mueca—. No sé por qué he dicho eso. Nunca es fácil perder a un padre.

Chase asintió y cayó en la cuenta de que Teagan apenas había vivido con sus padres biológicos. Había ido a Charleston a conocer a la familia de su madre, y se preguntó si habría localizado a su padre.

—Mi madre murió antes de que cumpliera un año —continuó Teagan—. No la recuerdo.

—¿Y tu padre? ¿Te sirvieron las pruebas genéticas para dar con él?

—No, pero sí descubrí quién era. Aunque por desgracia no fue hasta que murió. Su abogado me hizo llegar una carta suya.

Aquella explicación despertó la curiosidad de Chase, pero no quiso indagar más. Nunca la había visto tan apagada, y eso despertó su instinto protector. Bajo su desparpajo se ocultaba un espíritu tierno que sabía lo que era sufrir. Sintió deseos de estrecharla contra su cuerpo.

—Así que él sí sabía de ti.

—Al parecer, sí. Doblaba a mi madre en edad y tenía una familia —dijo, y apretó los labios para contener la emoción—. No sé si fue una aventura de una noche o una bonita historia de amor. Lo que está claro es que fui un accidente —añadió con voz temblorosa.

—¿Te decía eso en la carta?

—No —respondió sacudiendo la cabeza—. Pero no estaba en situación de divorciarse de su esposa y abandonar a sus hijos, así que no creo que le entusiasmara la noticia del embarazo de mi madre.

—Así que tienes hermanos...

—Un hermano y una hermana.

—¿Viven en Nueva York?

—Sí.

—¿Te has puesto en contacto con ellos?

—Me pidió que no lo hiciera. Al principio me molestó, pero al final fue lo que me animó a hacerme la prueba genética y aquí estoy. Espera un momento —dijo entornando los ojos—. ¿Cómo es que yo te he hecho una pregunta y he acabado desnudando mi alma?

—Es evidente que necesitabas sacártelo de dentro y compartirlo con alguien.

Ella dio un sorbo a su vino y se quedó mirando la vela del centro de la mesa.

—Nadie sabe quién es mi verdadero padre.

—¿Ni siquiera tu hermana?

—Me quedé hecha polvo cuando me pidió que mantuviera en secreto el vínculo que nos unía. Me hizo sentirme no deseada y supongo que te habrás dado cuenta de que nunca bajo la guardia. Compartir algo tan doloroso... —concluyó, y esbozó una triste sonrisa.

«Entonces, ¿por qué me lo estás contando?».

Al hacerse aquella pregunta, Chase se dio cuenta de algo. Se había convertido en su confidente y ese papel le resultaba incómodo. Implicaba una complicidad que iba más allá de la relación entre profesional y cliente. Era una mujer compleja que conseguía despertar tanto su espíritu protector como su libido. Tenía que mantener las distancias, pero cada vez que intentaba resistirse, volvía a atraerlo. ¿Cómo si no podía explicar por qué había accedido a cenar con ella? ¿O por qué no dejaba de analizar su lenguaje corporal y sus gestos?

—De acuerdo, ya está bien de hablar de mí. ¿Qué haces para divertirte?

—Artes marciales. Soy cinturón negro.

—No lo parece —dijo y se quedó observándolo con la cabeza ladeada—. El físico lo tienes, pero no te veo aspecto de... agresivo.

—El entrenamiento constante no solo condiciona la mente y el cuerpo para tener fuerza y resistencia, sino que ayuda al cuerpo a combatir enfermedades y a mantener la flexibilidad y la fortaleza. También alivia el estrés y libera energía.

—Creo que debería probarlo.

—Los miércoles por la tarde doy una clase a principiantes. Puedes venir si quieres.

—Dime dónde y cuándo y allí estaré —asintió Teagan.

Jamás habría imaginado que aceptaría con tanto entusiasmo. ¿Debería advertirle de lo que le esperaba? Eso sería lo correcto, pero Teagan disfrutaba burlándose de él y merecía un pequeño escarmiento.

—Y luego podemos ir a cenar —dijo él sin pararse a pensar.

—Me encantaría.

En el centro donde Chase entrenaba y daba clases, Teagan salió del vestuario con un atuendo prestado y un cinturón blanco cuidadosamente anudado a la cintura. Luego se dirigió a la sala donde se daban las clases. Antes de llegar al final del pasillo, Chase salió de un despacho y se quedó mirándola. Un escalofrío la recorrió al ver aquella figura vestida de negro. Él fue en su dirección, con la vista clavada en ella.

—Así no se pone el cinturón.

—¿Ah, no? Pues tendrás que enseñarme. Nunca antes había hecho esto.

Chase tomó un extremo del cinturón y tiró para aflojarlo. Aquel movimiento brusco la atrajo hacia él. Con el pulso acelerado, se quedó quieta mientras se lo enrollaba dos veces alrededor de la cintura. Tuvo que rodearla con sus brazos para completar el movimiento y, al hacerlo, Teagan percibió el olor de su champú.

La boca se le hizo agua. Deseó devorarlo, pasarle los labios por la piel suave y bronceada de su cuello. Antes de darse cuenta, se había aferrado a sus mangas. Mientras seguía atándole el cinturón, fue a dar un paso atrás y se dio cuenta de que se había agarrado a él. La miró arqueando una ceja.

—Lo siento. Yo...

Apartó las manos y lo soltó, incapaz de articular una excusa.

Con movimientos rápidos y eficientes, Chase metió los dedos entre el tejido y su vientre, y remitió un extremo del cinturón. Teagan apretó los dientes y contuvo un gruñido al sentir su contacto. Aunque era un roce casual, no pudo evitar ponerse en alerta. Estaba claro que la atracción física que sentía por aquel hombre sería su perdición.

—Ya está.

Distraída con la reacción de su cuerpo, no se dio cuenta de que ya había terminado. Bajó la vista y reparó en aquel nudo perfecto antes de darle las gracias.

—Vamos.

Se volvió y le indicó que lo precediera a la sala. Teagan echó a andar mientras se disipaba aquella niebla que se había levantado en su cabeza ante su proximidad. Casi había conseguido respirar con normalidad cuando vio a los otros alumnos y se quedó de piedra. Después de recorrer con la

vista aquel grupo de niños de cinco y seis años vestidos con el uniforme reglamentario, volvió la cabeza hacia Chase.

—Se te olvidó decirme que era una clase para niños.

—¿Ah, sí?

Teagan percibió una nota de humor en su voz, pero su expresión se mantuvo impertérrita. Aun así, estaba convencida de que lo había hecho a posta para desconcertarla. Muy bien, lo había conseguido.

Antes de llegar a Charleston, una maniobra como aquella habría provocado un rápido y despiadado contraataque. Su carácter, modelado al haberse criado como hija adoptiva de personalidades influyentes del Upper East Side, nunca le había permitido quedar como una tonta y menos aún no estar al mando de la situación. Nueva York era un lugar despiadado para ingenuos y despistados. La gente dulce y amable estaba condenada al ridículo. Solo se podía estar en lo más alto y la batalla por mantenerse arriba era interminable. Siempre había alguien tratando de cortarle las alas. Como un espía en terreno enemigo, siempre tenía que estar cuidándose las espaldas.

Por desgracia, se había llevado con ella aquella paranoia a Charleston. Había tardado demasiado tiempo en darse cuenta de que sus parientes biológicos la habían acogido en la familia con un interés sincero, y se había ganado mala fama. Con ellos no necesitaba andar maquinando ni manipulando a nadie para ganar su posición o aprobación. Si hubiera confiado en aquella cálida bienvenida y hubiera tanteado la posibilidad de participar en la compañía familiar de transportes en vez de actuar como una imbécil y creerse con derecho a dirigir el negocio, tal vez no se habría puesto a malas con todos. Nunca le había gustado que la vieran como a la mala de la película, pero le agradaba el poder que conllevaba. ¿Cómo arreglar las cosas cuando todos le habían dado la espalda?

Recurrió a las técnicas de relajación que empleaba en su clase de yoga y se dirigió al final del grupo antes de dedicar una sonrisa tensa a las niñas de al lado. No pareció importarles tener a una adulta de compañera puesto que después de saludarla, volvieron la atención al hombre alto que estaba a cargo de la clase.

Sin decir nada, Chase se hizo con la atención de todos los alumnos. Su presencia imponente transmitía autoridad, y el grupo estaba a la espera de sus instrucciones.

Chase comenzó uniendo los pies, poniendo las manos en la parte externa de los muslos e inclinándose por la cintura. Los niños lo imitaron.

—Hoy vamos a practicar tres cosas.

Teagan sintió la mirada de Chase sobre ella. Seguro que pensaba que le vendría bien. Se sentía cautivada, pero por una razón completamente diferente a los niños que tenía a su alrededor. En su entorno social había muchos hombres poderosos: empresarios multimillonarios, miembros de la realeza europea e incluso algunos atletas profesionales. A pesar de su dinero, sus éxitos y sus encantos, ninguno de ellos despertaba aquella atracción que la asaltaba viendo a Chase enseñando a aquellos niños pequeños.

En apenas cinco minutos, su pulso se había acelerado, no solo ante la visión de Chase, sino por el esfuerzo físico, y se preguntó si sería capaz de mantener el ritmo. Cuando Chase los hizo sentarse para estirar, se sintió aliviada. Gracias al yoga, tenía buena flexibilidad.

Después de la clase, Teagan se fue directamente al baño para refrescarse y volvió a ponerse su ropa, un pantalón blanco con un top a juego y unas sandalias. Luego, se dirigió al vestíbulo. Como Chase no había llegado todavía, se atusó el pelo y subió la foto que se había hecho con el dobok. Desde hacía unos días tenía nuevos seguidores que estaban muy atentos a cada paso que daba en Charleston. Seguro que se sorprenderían de que hubiera tomado una clase de artes marciales.

—¿Lista?

Chase había aparecido mientras revisaba los últimos comentarios sobre la línea de ropa que había sacado con su madre. Desde su llegada a Charleston, le había encargado a su secretaria que se hiciera cargo de las redes sociales de la compañía, y se alegró de ver lo bien que Angela estaba llevando la cuenta.

—Claro —dijo guardando el teléfono, y sonrió.

Chase abrió la puerta y le indicó que lo precediera.

—El restaurante está cerca —dijo y frunció el ceño al ver sus tacones—. ¿Seguro que puedes caminar con eso?

—Vivo en Nueva York. Suelo caminar varios kilómetros al día con zapatos como estos —explicó Teagan.

—Vamos por aquí.

—Se te dan muy bien los niños —observó Teagan mientras caminaban por King Street.

Cada vez que sus brazos se rozaban, sentía que el corazón se le aceleraba. No recordaba la última vez que se había sentido tan entusiasmada en compañía de un hombre.

—Han estado muy atentos a todos tus movimientos y palabras.

—Pareces sorprendida.

—Supongo que lo estoy. Eres tan grande e intimidante.

—Solo intimidado a la gente que se cruza conmigo.

Sus palabras la hicieron estremecerse y se le puso la piel de gallina. No le tenía miedo físicamente. A pesar de su imponente físico y de su conocimiento en artes marciales, jamás haría daño a nadie. Lo sabía. El verdadero peligro residía en su opinión negativa. Teniendo en cuenta que solo había oído cosas terribles de ella, ¿qué posibilidades tenía de ganárselo?

Su destino resultó ser el Darling Oyster Bar.

—Debería haberte preguntado si te gustaba el pescado —dijo Chase mientras esperaban a que los sentaran.

—Me encanta —replicó Teagan, admirando aquel agradable entorno.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que todas las mujeres a su alrededor estaban observándolo. La razón estaba clara. Aquel hombre era una obra de arte. Su rostro tenía unos rasgos masculinos muy marcados, con los pómulos cincelados y un mentón muy definido. La perfección de su cuerpo musculoso, combinado con aquella seguridad que derrochaba, lo convertía en el centro de atención.

—No hay mesas libres hasta dentro de una hora —les dijo la camarera.

—Este sitio está de moda —murmuró Teagan, encantada de poder pasar más tiempo en compañía de Chase.

—¿Y en la barra? —preguntó Chase.

—Ahora mismo hay dos sitios libres —contestó la joven mirando hacia la barra en forma de herradura que había junto a las ventanas.

—¿Estás lista para probar las mejores ostras de la zona o prefieres esperar a que quede libre una mesa?

—Adelante, probemos esas ostras.

Un brillo de aprobación asomó a sus ojos y Teagan sintió que su temperatura aumentaba. Quería gustarle y esa sensación la pilló con la guardia baja. Hacía tiempo que había dejado de importarle lo que pensarán los demás. ¿Qué era lo que tenía Chase para buscar su respeto y admiración? Aquel hombre no había hecho otra cosa que lanzarle miradas escépticas, sin demostrar ningún tipo de interés por ella.

Lo que daría por que la deseara, por que la pusiera contra la pared y tomara su boca con la suya. Se aferraría a sus hombros y lo incitaría a que recorriera todas sus curvas con aquellas manos de dedos largos. Teagan se quedó sin respiración al imaginarse sus lenguas unidas en una danza.

—¿Estás bien? —le preguntó sacándola de sus fantasías eróticas.

Teagan parpadeó y se encontró con que la estaba mirando fijamente. Mientras soñaba despierta, los habían sentado en la barra. Presa de aquel deseo, Teagan decidió dejarse llevar. Había algo en Chase que la hacía olvidarse de las consecuencias y abandonarse a sus emociones.

Un mechón de pelo rubio le caía sobre la frente, ocultándole los ojos. Sin pensárselo dos veces, alargó la mano y se lo retiró a un lado.

—Necesitas un corte de pelo.

Se echó hacia atrás como si no le hubiera gustado que lo tocara y Teagan sintió las mejillas arder. ¿Se había sonrojado? Imposible, ella nunca perdía la calma.

—Le pediré cita a Poppy —replicó evitando mirarla.

Al oír mencionar a su prima estilista, Teagan volvió a la realidad. Aquello no era una cita. Estaba con ella para evitar que hiciera daño a su familia.

—Tiene buena mano.

Se sintió avergonzada. ¿Por qué no dejaba de comportarse como una idiota delante de Chase? ¿Qué había pasado con su sofisticación neoyorquina?

—De hecho —continuó, pasándose la mano por su interminable melena—, estaba pensando ir a verla para que me cortara el pelo. Lo tengo demasiado largo para este calor. Creo que estaría bien cortármelo por aquí —dijo y se llevó la mano al hombro.

Para su sorpresa, Chase alargó la mano y tomó un mechón entre sus dedos.

—A mí me parece que está bien así.

Teagan sintió una corriente de la cabeza a los pies, pero fue su cumplido lo que la dejó aturdida.

—Vaya, es la primera cosa agradable que me dices.

—Eso no es cierto —dijo soltándole el pelo y dirigiendo su atención a la carta—. En la clase he alabado tu buena forma física.

—Apenas has tenido que corregir mis posturas.

No tenía ni idea de por qué le gustaba tanto provocarle. Tal vez fuera lo inmune que se mostraba ante sus continuos coqueteos. Para su sorpresa, vio cómo sus mejillas se coloreaban. ¿Se había sonrojado?

—Aprendes muy rápido. Ya me gustaría que todos mis alumnos prestaran tanta atención a mis explicaciones —dijo Chase, y ordenó un whisky.

Ella pidió lo mismo.

—Bueno, tus alumnos tienen cinco años, así que me pones el listón muy bajo.

Chase le lanzó una mirada escrutadora y Teagan sintió un cosquilleo. Su hombro estaba a apenas unos centímetros y el corazón le dio un vuelco. Un torbellino de sensaciones asediaba sus sentidos. Era incapaz de apartar la vista de su nariz, que parecía habérsela roto más de una vez. Estaba deseando hundir los dedos en su pelo y sentir la calidez de su piel.

—Bueno, pues tú me dirás lo que quieres.

Teagan dio un sorbo al whisky que la camarera había dejado delante de ella, y lo miró por encima del borde de la copa. No sabía a qué se refería.

—Pues no sé qué decirte.

—Hemos venido a comer ostras, ¿no? —preguntó señalando la carta.

—Ah, te refieres a eso.

—Eres una lianta, ¿sabes?

—Es parte de mi encanto —replicó Teagan esbozando una sonrisa pícaro.

Capítulo Cinco

No podía, no debía encontrar atractiva a Teagan Burns. Le gustaban las intrigas, manipular a la gente en su propio beneficio, y disfrutaba haciéndole sentir incómodo. Si alguna otra mujer se comportara así, ya se habría apartado. Sin embargo, precisamente por todo eso, se había comprometido a vigilarla, lo que significaba ser testigo de otros aspectos de su personalidad: el humor irónico, sus dudas y lo que le resultaba más difícil, resistirse a su pasión por los edificios históricos.

En vez de mirarla, Chase desvió la atención al vino blanco que había pedido para acompañar las deliciosas ostras que la camarera acababa de poner delante de ellos.

—¿Necesitan algo más? —preguntó mirando alternativamente a Chase y Teagan.

—Nada más, gracias —contestó Teagan, y alzó su copa—. Por mis primeras ostras en Charleston. Me alegro de estarlas compartiendo contigo.

Chase levantó su copa y la chocó con la de ella.

—Espero que te gusten.

—Estoy segura de que sí. Después de todo, la comida se disfruta mejor con buena compañía, ¿no te parece?

Le dirigió una breve sonrisa mientras él daba un sorbo a su vino y la miraba por encima del borde de su copa. Convencido de que lo estaba hechizando con sus ojos, decidió mantener la guardia en su presencia.

—Coquetear conmigo no te servirá de nada —dijo, y le hizo una seña para que tomara una ostra.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Teagan, y eligió una ostra de la bandeja.

Luego se la llevó a la boca, pero en vez de tomársela, se deleitó con su olor.

—Subestimas el placer que me da ver cómo te contienes para no disfrutar cuando lo hago —añadió.

—No podrías estar más equivocada.

—¿De veras?

Teagan desprendió con el pequeño tenedor la ostra de su concha, echó unas gotas de salsa y se la llevó a la boca. Chase se quedó observando cómo masticaba y se echó hacia delante a la espera de que siguiera hablando.

—Entonces supongo que tus reacciones son parte de mi imaginación —continuó Teagan, dejando la concha de la ostra sobre la cama de hielo—, y que no estás intrigado conmigo.

De repente, Chase sintió la presión de sus dedos en los muslos y se sobresaltó. Consciente de que su involuntaria reacción le daba la razón a Teagan, tomó aire entre dientes. Luego, tomó su mano para retirársela, pero fue incapaz de hacerlo.

—Sí, claro que estoy intrigado.

—Bien.

Sonaba demasiado engreída para su gusto. Sin pensárselo dos veces, le sujetó el rostro con la mano libre y se inclinó para darle un beso en los labios. Ella se quedó de piedra al sentir sus dientes sobre el labio inferior y su lengua buscándola para saborearla, pero enseguida le correspondió.

Una música celestial resonó en su cabeza al sentir el contacto con su boca. Una oleada de placer lo sacudió hasta la médula. Chase estuvo a punto de dejarse llevar cuando recordó donde estaban. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por separarse y volvió a la postura inicial una vez recuperado el control.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Teagan, algo aturdida.

—Me ha parecido sentir que me correspondías.

—Tal vez —replicó Teagan, y se sonrojó—. No lo sé.

Chase arqueó una ceja.

—Vale, sí —reconoció esbozando una medio sonrisa—. ¿Desde cuándo un caballero sureño besa a una dama en medio de un restaurante abarrotado? Y no me digas que no soy una dama o que no eres un caballero —añadió levantando una mano—. Ya sabes a qué me refiero.

—Supongo que sacas lo peor de mí.

—Qué curioso. A mí me pasa al revés. Creo que sacas lo mejor de mí.

Chase no tenía ni idea de qué responder, así que se concentró en la fuente de ostras que tenían ante ellos.

—¿Qué te ha parecido la primera ostra? —preguntó tomando una.

Luego la soltó con el tenedor antes de metérsela en la boca. Teagan lo observaba con interés.

—¿No te pones salsa?

—Así se saborea mejor la ostra.

Ella siguió su ejemplo en su segunda ostra y emitió un sonido de agrado. Chase deseó estar en algún lugar privado para poder retomar el beso y se contuvo para no llevarse las manos a los ojos en un intento por borrar las imágenes de ambos desnudos, retorciéndose uno contra el otro.

¿Qué le pasaba? ¿De verdad fantaseaba con acostarse con Teagan? No podía ignorar la tensión de su cuerpo. La deseaba más de lo que nunca había deseado a una mujer y aquello le causaba frustración. Necesita mantenerse centrado, sobre todo por Ethan y por su madre. Acostarse con ella solo complicaría su relación de trabajo. ¿Cómo explicarle a Ethan que había caído bajo su embrujo?

—Gracias por traerme aquí —dijo Teagan.

—Hay muchos restaurantes en Charleston que sirven buen marisco y pescado.

—Me gustaría que me llevaras a tus favoritos —dijo, mirándolo entusiasmada.

Una alarma saltó en su cabeza, pero según pasaba más tiempo en su compañía, más fácil le resultaba silenciarla.

—Sí, claro.

—Lo estoy pasando muy bien y eres una compañía muy agradable, pero tengo que preguntarte si la única razón por la que me has invitado es por hacerle un favor a Ethan.

—Hice una promesa —dijo, esquivando la respuesta que Teagan buscaba.

—¿Eso es todo? —preguntó ella mirándolo fijamente.

—No.

Aquella respuesta pareció aliviarla, aunque su expresión desapareció tan rápido que pensó que se lo había imaginado.

—Me atraes mucho —murmuró Teagan—, y quiero que nos conozcamos mejor, pero no quisiera que Ethan y tú os enfrentarais por mi culpa.

La idea de tener que elegir entre Ethan y ella no se le había ocurrido hasta aquel momento.

—Si te comportas, no habrá problemas —le recordó Chase.

—¿Qué hay de divertido en portarse bien? —preguntó Teagan esbozando una sonrisa pícara.

Chase soltó un suspiro de alivio al ver que volvía a sus coqueteos. Se mostraba segura y autoritaria cuando se trataba de manipular a la gente. La Teagan seria y reflexiva le resultaba peligrosa.

—Tal vez si dejas de causar problemas a tu familia, evitaremos futuros desacuerdos.

—Pero entonces no te pedirían que me vigilaras —dijo y su mano volvió a rozar su muslo—. Y creo que te gusta lo que está pasando entre nosotros.

Su roce volvió a inquietarlo. De hecho, le resultaba difícil concentrarse en otra cosa. Sintiendo el impulso de volver a besarla, la tomó de la barbilla y la atrajo hacia él.

—Me duele reconocer esto —dijo él rozándole los labios con los suyos—, pero creo que tienes razón.

Teagan apareció en la terraza del segundo piso de la mansión de su abuelo vestida con ropa de deporte en tonos pastel. Unas voces femeninas provenían de la piscina, en la parte trasera de la casa. Varias veces a la semana, sus primas se reunían por la mañana con Lia, la futura cuñada de Ethan, para practicar una hora de paddle yoga. Antes de pelearse con sus primas, ella también se unía y había empezado a surgir entre ellas cierta camaradería. Pero una vez la relación con su familia biológica empezó a enfriarse, Teagan se había sentido arrinconada y había dejado de ir.

No era propio de ella tirar la toalla después de un revés, pero se había ilusionado con la idea de formar parte de la familia Watts y se sentía defraudada. Por desgracia, su estilo neoyorquino para conseguir lo que quería no funcionaba en Charleston. Parándose a reflexionar en todas las decisiones que había tomado desde su llegada a Charleston, Teagan se dio

cuenta de que llevaba toda la vida sintiendo que no encajaba en ningún sitio, lo que la llevaba a actuar de aquella manera.

Se cuadró de hombros y bajó la escalera exterior hasta el camino que se abría entre el denso follaje del jardín. La ansiedad le revolvía el estómago. Anteriormente había cometido errores y había sufrido las consecuencias, pero siempre había hecho caso omiso a las críticas. Esta vez era diferente. Aquella gente era su familia y no podía tomárselo a la ligera.

No le sorprendió que al verla acercarse, tanto Poppy como Dallas se fueran al otro extremo de la piscina.

—Buenos días —dijo Teagan mientras las gemelas salían del agua—. Creo que llego tarde a la sesión de yoga.

—Me voy a la peluquería —anunció Poppy mirando a su hermana mientras se envolvía en un pareo—. Nos vemos luego —añadió sin dirigirse a nadie en particular.

—Tengo que terminar el menú de la cena de mañana en casa de los Harrison.

Dallas recogió sus cosas y siguió a su hermana. Mientras las gemelas se marchaban, Lia se había sentado con las piernas cruzadas sobre su tabla en posición de flor de loto.

—Supongo que todavía me odian —comentó Teagan sentándose en una silla al borde.

—No te odian —la corrigió Lia, poniéndose de pie y adoptando la postura del guerrero—. Es solo que esta familia está muy unida y son muy protectores unos con otros.

Una vez más, Teagan se enfrentaba a una verdad dolorosa. Aunque por sus venas corría sangre de los Watts, seguía siendo una extraña.

—Soy consciente y no les culpo por mantener las distancias. Metí la pata cuando traté de complicar el futuro de Ethan en Watts Shipping.

—A diferencia de todos los demás, creo que no se te puede culpar a ti solo por lo que pasó. Cuando Ethan empezó a recibir esas notas anónimas advirtiéndole de lo que Sienna y tú pretendíais, debería haberlo hablado con vosotras y no haber permitido que el asunto se convirtiera en un sinsentido.

—¿Por qué no me preguntó por esas notas?

—Porque le gustan las intrigas tanto como a ti.

—Yo no diría que me gusten las intrigas. Más bien es la forma en que aprendí a sobrellevar las situaciones difíciles. Sé que con talento y esfuerzo no siempre se consigue lo que se quiere, así que encontré una manera alternativa de lograr mis objetivos.

En su círculo social no tenía amigos íntimos. Sus padres y hermano adoptivos no eran cariñosos, y solo le mostraban su apoyo cuando conseguía triunfar en algo. Su familia de Charleston era diferente. La habían acogido con los brazos abiertos, y no había tenido que demostrarles su valía. La habían aceptado tal cual era. Por desgracia, en vez de disfrutar de aquel entorno acogedor, Teagan había vuelto a las viejas costumbres.

—He estado pensando en la forma de arreglar las cosas con la familia y demostrarles que no me conocen bien todavía. Antes de venir a Charleston, había decidido hacer una contribución a la ciudad. Quiero fundar una casa de acogida para mujeres víctimas de la violencia doméstica y financiar programas de formación laboral.

—Suenan muy bien. Y dado que Dallas está a punto de abrir su restaurante, podría beneficiarse de tu experiencia en los negocios.

—Me encantaría ayudarla —dijo Teagan sintiéndose más optimista—. ¿Se te ocurre cómo acercarme a Poppy?

—Creo que sería mejor que antes hicieras las paces con tu hermana.

—Sí, claro —convino, pero no pudo evitar preguntarse cómo reparar su relación con Sienna—. Le he tendido la mano varias veces, pero no está dispuesta a hablar.

—Lo que tenéis que hacer es sentaros cara a cara.

—Teniendo en cuenta que Ethan y ella viven en Savannah, no parece probable que eso vaya a pasar.

—Tal vez necesites ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Hay rumores que dicen que has salido varias veces con Chase Love. ¿Por qué no le pides que te ponga en contacto con Ethan?

—No sé —dijo Teagan considerando la idea de Lia—. A Chase no le gusta andar con rodeos.

—¿Ni siquiera por una buena causa?

—Ni siquiera por eso.

Lia se quedó pensativa unos segundos antes de hablar.

—Bueno, estoy segura de que algo se te ocurrirá. De momento, sigue viniendo a hacer yoga por las mañanas y haz un esfuerzo. Estoy segura de que se darán cuenta de que lo estás intentando.

Siguiendo el consejo de Lia, Teagan trató una vez más de contactar con su hermana mientras volvía a su dormitorio. No las tenía todas consigo de que fuera a contestar, y no le sorprendió no recibir respuesta durante el tiempo que le llevó ducharse, vestirse y dirigirse a su cafetería favorita.

Como era sábado y no tenía planes, decidió pasar por la casa Calloway. No hacía ni una semana que había hecho una oferta por la casa Calloway y estaba deseando tener noticias del vendedor. Se dirigió directamente al patio de la parte de atrás, se sentó en un banco de hierro oxidado y se quedó mirando el jardín descuidado.

Sus pensamientos volvieron al hombre que podría hacer realidad aquel proyecto. Chase Love seguía confundiéndola, y eso lo hacía todavía más fascinante. Sus besos habían despertado una agradable sensación en su interior. Cuando había admitido que la deseaba, a punto había estado de arrastrarlo al hotel más cercano. Aún tenía los nervios a flor de piel y se preguntó si habría aceptado de habérselo pedido.

Probablemente no. Su lealtad con Ethan pesaba más que su deseo por ella. Chase iba a tardar en confiar en ella y no querría llevar las cosas al siguiente nivel hasta asegurarse de que no saldría escaldado.

Al rodear su coche, vio una figura conocida aparecer al otro lado de la calle. Sonrió contenta y saludó con la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Chase dirigiéndose hacia ella.

—Podría preguntarte lo mismo —replicó con una sonrisa traviesa—. Sé que Ethan quiere que me vigiles, ¿pero tienes que seguirme por todo Charleston?

—Vivo ahí —contestó él y señaló una casa al otro lado de la calle.

—¿De veras? ¿Estás diciendo que vamos a ser vecinos? Pues deberías ser amable y enseñarme tu casa.

—Me iba ya.

—No me hace falta verla toda —dijo ella bajando el tono de voz—. Ya me enseñarás tu dormitorio en otro momento.

La miró con tanta seriedad que Teagan no pudo evitar reírse. Cuando estaba con Chase, nunca pensaba lo que decía. Se dejaba llevar por sus emociones y eso le resultaba liberador.

—De acuerdo, un recorrido rápido. Te dará una idea de la clase de trabajo que hago.

Cruzaron la calle y se acercaron a su casa. Se trataba de una construcción larga y estrecha, con unos escalones que conducían a un amplio porche lateral en el que había un balancín. Chase la guió a través de una puerta de doble hoja al interior de un acogedor vestíbulo. Los suelos de madera de pino se extendían hasta un salón pintado de verde claro y decorado con un sofá blanco flanqueado por dos butacas en terciopelo de color zafiro.

—La casa fue construida en 1852 —explicó Chase—. Cuando la compré, era la peor de la manzana.

La condujo por el pasillo hasta un amplio comedor y, sin detenerse, continuaron hasta la cocina.

—Es evidente que ya no es el caso —comentó fijándose en todos los detalles—. Veo que vamos a tener mucho de qué hablar —añadió sonriendo.

Le gustaba el diseño interior y estaba deseando empezar la reforma de la casa de enfrente.

Enseguida acabaron el recorrido.

—Hay algo que tengo en la cabeza —le dijo al llegar al vestíbulo, antes de salir de la casa.

Chase la miró arqueando una ceja y se quedó a la espera de que hablara. Era otra de las cosas que le gustaban de él, que le prestaba atención cuando hablaba. Estaba harta de hombres que monopolizaban la conversación hablando de sí mismos o de sus temas favoritos.

Aun así, sería una tonta si no reconociera que ellos dos no podían ser más diferentes. A pesar de lo atraída que se sentía por Chase, se preguntó si habría algo en ella que lo atrajera. Tal vez estaba imaginando la química que había entre ellos y no sentía nada por ella.

—Sé que no te caigo bien. Tampoco tienes ninguna razón para ser atento conmigo. Pero lo que hay entre nosotros... Esta química, esta atracción o lo que sea, el caso es que no puedo dejar de pensar en ti y en estar contigo.

Le costaba respirar y apenas podía pronunciar las palabras. Aquella confesión aniquiló su orgullo, dejándola desnuda ante la mirada imperturbable de Chase. Temblando de pánico y excitación, estudió su expresión. Cada uno de sus latidos era una súplica sin palabras para que diera un paso. Pero los segundos fueron pasando y él continuó donde estaba, alimentando su ansiedad.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó desesperada—. Di algo.

—No es una buena idea.

—¿Crees que no lo sé?

—Ethan no lo entendería.

¿Era más fuerte su lealtad hacia Ethan que el fuego que había entre ellos? ¿Deseaba a Chase porque no podía tenerlo o porque su pasión por restaurar casas históricas lo convertía en el socio perfecto?

—Esto es entre nosotros. No tienes por qué contárselo.

—¿Y cuánto tiempo quieres que lo mantenga en secreto? ¿Qué crees que va a pasar entre nosotros? —le preguntó, clavando sus ojos pardos en ella.

—Creía que lo había dejado claro. Tú y yo en la cama... o fuera de ella. No me opongo a correr riesgos si estás dispuesto a ello. No sé si puedo ser más clara. Quiero tener sexo contigo.

—¿Y después qué? Creo que lo que buscas es una distracción mientras estés en Charleston, ¿es así? —preguntó Chase frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué lo estás poniendo tan difícil? Me siento atraída por ti y creo que tú por mí. Solo quiero que nos tomemos un tiempo para conocernos. No tenemos por qué decírselo a Ethan ni a nadie de la familia. Si no te interesa, dímelo y no volveré a mencionarlo.

Se quedó callado tanto tiempo que Teagan estuvo a punto de salir corriendo, humillada. Lo que la detuvo fue aquel brillo ardiente y feroz que veía en sus ojos y que la impedía moverse.

—Chase... —dijo a modo de ruego..

—De acuerdo. Quieres saber si estoy interesado —dijo él con tono grave y atormentado—. Estoy interesado.

Capítulo Seis

Una vez hecha aquella confesión, Chase esperaba ver satisfacción en su expresión, pero parecía más aliviada que triunfante. ¿Alivio porque no la hubiera rechazado? ¿Sería posible?

Las mujeres con las que solía salir no se parecían en nada a Teagan. Teagan era multifacética, muy astuta y disfrutaba provocándolo. Desde su primer encuentro, no había dejado de sorprenderlo.

Chase estiró el brazo y le acarició la melena. La había besado dos veces antes, pero no como quería, como su cuerpo demandaba. La deseaba. Ella y solo ella podía poner fin a aquel doloroso vacío de su interior.

—Entonces, hagámoslo —murmuró ella—. Aquí y ahora.

Y como para demostrar lo necesitada que estaba, Teagan se acercó a aquel cuerpo imponente. Al percibir su olor, Chase sintió que sus sentidos se ponían en alerta. La rodeó entre sus brazos, y ella se puso de puntillas y le hundió los dedos en el pelo.

—Hazme el amor, Chase.

La euforia se le disparó y unió sus labios a los de ella, adueñándose de su boca con un beso ardiente. Un gemido escapó de lo más hondo de su garganta. Su cuerpo menudo se estremeció al atraerla hacia él. Chase sintió que su propio cuerpo temblaba cuando Teagan separó los labios y su lengua buscó la suya. La tensión en su entrepierna se disparó. Todo pensamiento racional se tornó borroso al besarla más apasionadamente. Era una llama parpadeante entre sus brazos, todo fuego y deseo. Correspondía a sus besos con ferviente entusiasmo. Poco a poco, la pasión que lo consumía logró acallar sus dudas hasta que solo quedó su deseo de poseerla.

Pero no así ni allí en el vestíbulo. La quería en su cama, donde la había imaginado tantas veces. A pesar de su altura, la sintió ligera como

una pluma cuando la tomó en brazos. Subió los escalones de dos en dos y llegó al rellano del segundo piso como si nada.

Teagan llevaba un vestido suelto que le sacó por la cabeza nada más dejarla en el suelo de su habitación. A pesar de sus latidos desbocados, Chase se detuvo para mirarla. Su larga melena rubia y despeinada enmarcaba sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos verdes. Ella puso la mano sobre su pecho para sentir los latidos frenéticos de su corazón. Lentamente dibujó una sonrisa felina en sus labios.

—Parece que no hubieras visto nunca antes a una mujer —dijo Teagan mientras se echaba los brazos a la espalda para desabrocharse el sujetador.

—Ninguna como tú —replicó observando cómo se quedaba desnuda ante él—. No solo eres preciosa. Pasas de ser desafiante y atrevida a divertida y vulnerable. Me gustan nuestras charlas, son estimulantes. Supongo que lo mismo diré cuando te haga el amor.

—No me gustaría decepcionarte —dijo muy seria, pero con una nota de humor en sus palabras.

—Imposible.

Teagan deslizó las manos por el frente de su camisa y empezó a desabrocharle los botones. Chase se soltó el cinturón y se bajó la cremallera. Su ropa acabó en el suelo junto a la de ella. Se quedaron de pie, frente a frente, con la respiración entrecortada, mirándose fijamente.

—Desnudo eres aún más impresionante. Tu pecho, tus brazos, estos abdominales... —añadió bajando la vista hasta su potente erección.

—Me miras como si nunca antes hubieras visto un hombre desnudo.

—Me gusta este Chase divertido. Me siento a gusto con él.

Lo tomó de la mano y avanzó de espaldas hasta que sus muslos se toparon con el colchón.

Él rodeó uno de sus pechos con la mano y le pasó el pulgar por el pezón. Al oírla jadear, sonrió. Luego se inclinó y la besó en el cuello.

Apenas se había recuperado del roce de sus nudillos en el vientre cuando sintió que sus dedos se cerraban sobre su miembro erecto. Tomó aire y cerró los ojos antes de rodear su mano con la suya y saborear durante unos segundos más aquella sensación que lo enloquecía. Lentamente le apartó los dedos, le dio un beso en la palma de la mano y la tomó en brazos

para depositarla sobre la cama. Unos segundos más tarde estaba sobre ella, acariciándole el cuello con los labios y deleitándose con su olor.

Teagan deslizó las manos por sus hombros hasta hundirlas en su pelo. Chase dejó a un lado la llamada de sus pechos perfectos y le mordisqueó la línea de la clavícula hasta llegar a su oreja.

—Quiero ver cómo te corres —le susurró.

—Lo estoy deseando.

Chase sonrió al oír su respuesta y se afanó en dibujar círculos alrededor de sus pezones con la lengua a la vez que le acariciaba suavemente un muslo.

—Chase... —dijo y empezó a jadear.

Suavemente, le separó los pliegues de su rincón más femenino buscando su humedad y se imaginó la sensación de hundirse en ella. Teagan arqueó las caderas cuando sintió que le acariciaba el clítoris y se frotó contra él buscando su propio placer. A pesar de que deseaba correrse a la vez que ella, era maravilloso verla sacudirse mientras el orgasmo la asaltaba.

—Lo siento —dijo jadeante, sorprendiéndolo con su disculpa—. He sido muy rápida. Hace mucho tiempo que no tenía sexo y no he parado de pensar en ti desde que nos conocimos.

Cerró los muslos para apretar su mano contra ella mientras los últimos espasmos la sacudían.

—Ah, Teagan. Si supieras lo que provocas en mí...

Chase la besó ardientemente, sintiendo que su piel se fundía con la suya. Una intensa corriente de energía se estableció entre ellos, creando una poderosa conexión. Siguió bajando por su cuello mientras sus manos cubrían la curva de sus pechos. Teagan jadeó al sentir que le acariciaba el pezón con la lengua y arqueó la espalda, empujándose contra su boca.

—Eres perfecta —susurró junto a su vientre, mientras su lengua jugueteaba con su ombligo.

—Tú sí que eres perfecto —dijo jadeando mientras sentía que su lengua acariciaba aquel rincón que ya le había acariciado con los dedos—. Ya me he corrido una vez —añadió cerrando los ojos, jadeando.

Hundió los dedos en su pelo y sujetó su cabeza contra ella.

—Chase... —murmuró y se corrió en su boca.

Con cada sacudida se sentía más caliente y húmeda. Él siguió dándole placer hasta que los espasmos cesaron.

Cuando recuperó el aliento, Chase sacó un preservativo de la mesilla y lo abrió. Consciente de que lo estaba mirando, se acarició lentamente, disfrutando de su mirada ardiente.

—Ven aquí, guapetón —le ordenó—. Necesito sentirte dentro.

—Me encantan las mujeres que saben lo que quieren —dijo colocándose entre sus muslos.

Teagan deslizó la mano entre ellos y guio su miembro hacia su zona más íntima. Luego sintió cómo Chase frotaba la punta de su erección contra ella y jadeó. Apoyó los pies en el colchón y empujó para que se deslizara dentro de ella.

—Teagan...

La besó y luchó contra la lujuria que se había desatado en su interior.

—¿Sí, Chase? —dijo pasando la mano por sus abdominales y rodeándolo por la espalda.

—Yo también hace tiempo que no tengo sexo.

—Pues date prisa —le ordenó con urgencia—. Ya nos lo tomaremos con calma más tarde.

Clavó las uñas en su trasero y Chase se hundió en ella. Un intenso placer lo invadió. No se había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que vio una lluvia de estrellas bajo sus párpados y no pudo evitar soltar una palabrota. Teagan rio divertida, se retorció debajo de él y arqueó las caderas para atraerlo aún más.

Permaneció quieto unos segundos más, disfrutando de la cálida sensación. A pesar de que le había instado a darse prisa, quería que aquella primera vez fuera perfecta. Con los labios junto a su oído, oyó cómo le susurraba frases pícaras y enseguida empezó a moverse dentro de ella. A pesar del deseo que lo invadía, Chase se resistía a perder el control. Así que se aferró a la disciplina que había aprendido con la práctica de artes marciales y la penetró suavemente, sin dejar de prestar atención a las señales que le mandaba su cuerpo.

No le sorprendió que supiera lo que quería y cómo conseguirlo. Siempre había sido muy directa y en la cama no iba a ser diferente. Lo rodeó con las piernas por la cintura y se estrechó contra él, empujándolo hacia el orgasmo.

A punto de estallar, era incapaz de respirar. Unidos en un ritmo frenético, dejaron de ser Teagan y Chase para convertirse en un solo ser. Cuando el placer anuló su mente empezó a sudar. Tenía que contenerse. Teagan estaba a punto, pero él lo estaba más.

—Córrete para mí —dijo Chase entre dientes.

—Tú primero.

—Córrete ya, Teagan.

Deslizó la mano bajo su trasero y la sostuvo mientras la embestía.

Teagan emitió un gemido cuando la primera sacudida del orgasmo se apoderó de ella. Haciendo un último gran esfuerzo, Chase se contuvo durante unos segundos frenéticos para verla correrse. Quería grabar aquel recuerdo. Nunca antes había visto a una mujer rendirse al placer de aquella manera y fue entonces, en aquel momento de intimidad, cuando se dejó arrastrar por el orgasmo.

Después, Chase permaneció tumbado boca arriba, mirando al techo, sintiendo la respiración de Teagan sobre su pecho. La satisfacción que sentía le hizo considerar las consecuencias de dejarla entrar en su vida. Era consciente de que una relación con ella no sería fácil.

Pero aquella mujer compartía su pasión por la arquitectura y en la cama había demostrado ser atrevida y entusiasta. Tenía que reconocer que su apetito por ella era un pozo profundo que nunca se secaría.

La aterradora realidad era que Teagan Burns hacía buena pareja con él. Era la compañera que nunca había pensado necesitar, la mujer ideal que no había visto venir.

Durante los días que siguieron a aquella primera noche con Teagan, Chase se dio cuenta de que estaba cayendo bajo su hechizo. Pasaba el día pensando en ella y, por las noches, disfrutaba del poder ilimitado de la pasión que compartían, recorriendo cada centímetro de su cuerpo.

Debería haberse alegrado de que se hubiera ido a Nueva York a arreglar unos asuntos. La distancia era la solución ideal para aquel embrujo, para despejarse y recuperar el sentido común.

Sin embargo, se sentía desolado por su ausencia. Su olor en las sábanas mantenía su recuerdo presente, al igual que los mensajes que le enviaba desde que se levantaba hasta que se acostaba. Había invadido su vida y parecía increíble en solo dos semanas que se conocían.

A la mañana del tercer día sin Teagan, Chase estaba en una obra cuando su teléfono sonó.

—¿Dónde estás? —preguntó Sawyer, algo tensa y enfadada.

—En la obra de Carlson.

—Voy para allá. Estoy a cinco minutos.

Sawyer le colgó antes de que Chase tuviera oportunidad de preguntarle qué pasaba. Por suerte, no tuvo que esperar mucho para la explicación. Acababa de hacer el último repaso cuando vio su coche detenerse delante de la casa. Sawyer salió del coche y lo esperó en la acera.

—Vaya, qué bien ha quedado —dijo ella observando la fachada.

—Gracias. Cuéntame, ¿qué pasa?

—Creo que tenemos un problema. Han hecho otra oferta por la casa Calloway.

—¡Maldita sea!

—Lo sé. Increíble, ¿verdad?

—Y tanto —replicó pensando en todos los meses que hacía que Rufus la había puesto a la venta—. A nadie le interesaba la casa y de repente tenemos dos posibles compradores.

Rufus era un desastre en los negocios, razón por la cual necesitaba vender la casa Calloway.

Chase se puso en el peor de los casos. Si Teagan no se hacía con la casa, cabía la posibilidad de que el hogar familiar de su madre fuera derruida. Maybelle se llevaría un gran disgusto.

—¿Se lo has dicho a Teagan? —preguntó Chase, imaginándose su desilusión.

—La he llamado, pero no ha contestado, así que le he dejado mensaje —respondió Sawyer preocupada—. Hizo una buena oferta, por encima del precio, así que no creo que haya problema. Sería buena idea que explicara en una carta su intención de establecer un hogar de acogida. Sería una manera de empujar a Rufus para que le vendiese la casa a ella.

—¿Crees que funcionará?

Chase no quería ser optimista, pero su primo no había sido nunca altruista. Si la otra oferta era superior a la de Teagan, corrían el riesgo de perder la casa.

Dos años atrás, Rufus había puesto la casa en venta y Chase había intentado adquirirla con la intención de rehabilitarla. Cuando Rufus se había enterado de que Chase y su familia eran los únicos interesados, se había echado atrás. Desde entonces, Chase tenía un interés personal de que la reforma se hiciera a su manera.

—El tiempo nos lo dirá —dijo Sawyer—. Rufus tal vez prefiera la oferta más generosa, aunque no imagino que alguien pueda pagar de lo que Teagan ha ofrecido.

—¿Sabe que me va a encargar a mí el proyecto?

—Que yo sepa no. Tal vez fuera buena idea que evitaras verla hasta que firmemos el contrato, pero teniendo en cuenta lo que Ethan te ha pedido, no creo que sea posible.

Chase no pudo evitar preguntarse cómo su vida se había complicado tanto.

—Estoy entre la espada y la pared. ¿Puedes enterarte de quién es el otro comprador?

Aunque las ofertas solían ser anónimas, en ocasiones los agentes inmobiliarios daban alguna pista sobre sus clientes. Chase sentía curiosidad y preocupación.

—Sé que Rufus ha puesto la casa a la venta a través de un agente inmobiliario que trabaja con mi primo Emmett —dijo con una sonrisa de complicidad—. Iba a llamarle y pensé que te gustaría estar delante para escuchar —añadió.

—Venga, no perdamos tiempo —dijo Chase y se apoyó en el coche de Sawyer.

Sawyer sacó su teléfono, marcó el número y puso la llamada en altavoz.

—Hola, prima —la saludó Emmett con alegría—. ¿Qué tal todo?

—Bastante bien. ¿Tú qué tal?

—No me puedo quejar. Escucha, te llamo a ver si me puedes ayudar. Tengo una cliente que ha hecho una oferta por la vieja casa de Rufus Calloway.

—Algo he oído. Aunque no imagino por qué una persona, mejor dicho dos personas, están interesadas en adquirir ese mamotreto.

—No puedo hablar por la otra parte interesada, pero mi compradora busca una casa histórica para reformar. Quiere convertir las tres cabañas de la parte trasera en un hogar de acogida.

—Eso se llama filantropía —afirmó Emmett—. Es una razón muy loable.

—Entonces, entenderás por qué tiene miedo de perder la casa. ¿Sabes algo del otro comprador?

—No demasiado. Lo único que sé es que es de Nueva York.

Aquella noticia sorprendió a Chase. Imaginaba que se trataría de alguien de la zona interesado no solo por la ubicación de la casa sino por su historia.

—¡Vaya! Mi clienta también es de allí —comentó Sawyer, y dirigió una mirada significativa a Chase—. ¿Quién iba a imaginar que la casa Calloway atraería a compradores desde tan lejos?

—No sé de qué te sorprendes —dijo Emmett—. Cada vez hay más gente que quiere invertir aquí.

—¿Sabes qué intenciones tiene tu cliente?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo y te contaré. Lo que sé es que ha hecho una oferta por encima del precio.

Sawyer le dio las gracias a su primo y colgó. Chase se quedó mirándola.

—¿Qué piensas?

—No quiero ser pesimista —replicó y sus ojos azules se nublaron—, pero vamos a tener problemas.

Capítulo Siete

En el tercer día de su visita a Nueva York, Teagan quedó con su madre en el estudio de diseño de su línea de ropa.

—Bueno, ya era hora de que volvieras a casa —dijo su madre sin disimular su descontento.

Teagan ya no sentía que Nueva York fuera su hogar. A pesar de los líos que había creado, cada vez estaba más convencida de que su futuro estaba en Charleston.

Además, estaba Chase. Nunca había conocido a nadie como él. Llevaba tan solo dos días en Nueva York y ya lo echaba de menos. Le había sorprendido lo buen amante que era, demostrándole una pasión feroz bajo aquella fría fachada. Al principio se había resistido a la atracción que sentía por ella. Después, cuando había decidido ceder a la química que había entre ellos, había acabado dándole todo.

Antes de Chase, ningún hombre que la había tratado con tanto cariño. Se sentía tan segura a su lado que se comportaba con naturalidad. Esa intimidad que compartían la había transformado.

—Necesitamos hablar sobre los diseños de la línea Spring —dijo su madre refiriéndose a la firma de ropa que habían creado cuando Teagan tenía trece años.

—Claro —convino Teagan—. Por cierto, he pensado en abrir una tienda en Charleston.

—¿Por qué?

—Mis raíces están en Charleston y quiero establecerme allí —contestó con absoluta franqueza.

—Tu madre se marchó de Charleston —le recordó Anna—, y se vino a vivir a Nueva York. ¿Por qué quieres dar un paso atrás?

—Tengo familia allí.

—Pensaba que nosotros éramos tu familia.

—Y lo sois, pero ellos también lo son y quiero conocerlos mejor.

—Aquí tienes tu vida, tu negocio, tus amigos... ¿Por qué pierdes el tiempo en Charleston?

—No tengo la sensación de estarlo perdiendo.

Pero de momento, no había tenido éxito. Aun así, volver a Manhattan con el rabo entre las piernas tampoco era la respuesta. Había aprendido de sus errores y no volvería a cometerlos.

La casa Calloway era un símbolo de su siguiente paso. Iba a adquirir algo que estaba destrozado para recomponerlo y, en el proceso, demostraría que su sitio estaba en Charleston. En un año estaría recibiendo a amigos y familia, y ayudando a mujeres en situación vulnerable. Aquel objetivo le proporcionaba satisfacción y tranquilidad, una sensación muy diferente de la que había conocido hasta ese momento.

En Nueva York siempre era el centro de atención. Todas sus apariciones en actos benéficos eran fotografiadas y publicadas para que el mundo las viera. Quería una vida con más sentido.

Sintió el impulso de tomar el teléfono y llamar a Chase mientras Anna le mostraba algunas telas. Estaba deseando saber de él, así que le mandó un mensaje.

—¿Qué tal van los planos para la casa?

Había optado por preguntarle algo profesional porque lo que de verdad quería preguntarle la asustaba. ¿La echaría de menos? Su cuerpo ansiaba el suyo. Empezaba a ver el futuro con una visión nueva, y ese futuro incluía más días y noches con Chase. Estaba deseando sentir su aliento cálido junto a la piel y disfrutar de aquel placer que nunca antes había conocido.

Para su sorpresa, le contestó de inmediato.

—He pasado la noche haciendo los cambios que me pediste.

Aquello la entusiasmó.

—Así que anoche estuviste pensando en mí. Me gusta.

—Creo que he incluido todo lo que comentamos.

Siempre tan profesional. Estaba deseando traspasar su escudo. Sus besos le decían que no era tan indiferente como pretendía hacer creer. Sus caricias lo volvían loco. Aquella atracción era mutua. Se le daba bien

analizar a la gente, y no acababa de entender que se mostrara tan indiferente y que luego la besara con tanta pasión.

—Te he echado de menos.

Era una confesión arriesgada, pero había aprendido que sin riesgos no había recompensas.

—No paro de pensar en ti. ¿Cuándo vuelves a Charleston?

No era una declaración de amor, pero para alguien como Chase, admitir aquello debía de ser difícil. Por eso deseó sus asuntos cuanto antes y volver a su lado.

—Voy a adelantar mi viaje de regreso. Volveré pasado mañana.

Teagan contuvo la respiración al ver que no contestaba. Tal vez se había arrepentido de admitir tanto.

—Mándame la información del vuelo y te recogeré.

—Gracias. Te avisaré en cuanto tenga los detalles del vuelo.

—¡Teagan!

La voz impaciente de su madre sacó a Teagan de su ensimismamiento. Rápidamente revisó los diseños y los tejidos. En cinco minutos, había acabado de componer la colección.

—Ya está —anunció sonriente—. Será una colección maravillosa, ¿no te parece?

Sin esperar respuesta, Teagan recogió su bolso y enfiló hacia la puerta. Al salir del edificio y cruzar la acera para parar un taxi, una limusina se paró a su altura. La ventanilla oscura bajó y apareció el rostro severo de Declan Scott.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó, ocultando su inquietud con aquella ironía.

—Digamos que me lo pones muy fácil para que te encuentre.

Teagan supo enseguida a qué se estaba refiriendo: su cuenta de Instagram. Cuando había llegado al estudio, se había detenido en el vestíbulo para hacerse una foto junto al logotipo de su firma de moda con el fin de promocionar su próxima colección.

—Si hubiera sabido que ibas a seguirme, habría dejado de publicar mi ubicación. ¿No tienes cosas que hacer? ¿Por qué estás aquí?

—Acabo de hacer una oferta para comprar una propiedad y pensaba que tal vez estuvieras interesada en tomarte una copa conmigo para celebrarlo.

—Deja que lo adivine: has encontrado otra joya histórica en el centro y vas a echarla abajo.

—Es histórica, pero yo no lo llamaría joya —explicó Declan—. Y está bastante retirada del centro.

—Te deseo buena suerte.

Se dio media vuelta y fue a tomar un taxi. Apenas había dado dos pasos cuando oyó a sus espaldas una puerta cerrarse. Un segundo después, Declan la tomó del brazo y la obligó a girarse para mirarlo.

—No tengo tiempo para esto —protestó, y se zafó de él—. Llegó tarde a una cita —mintió.

—Ven a tomar una copa conmigo. ¿No sientes curiosidad por la propiedad que voy a comprar?

—En absoluto.

—Pues deberías.

—Ya no me interesa el mercado inmobiliario de Nueva York. Me voy a concentrar en Charleston.

—Yo también.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, temiéndose lo peor.

—Resulta que no eres la única que está interesada en la casa Calloway.

—Serás...

Fue incapaz de terminar la frase. Se le había formado un nudo en la garganta.

—Rufus Calloway se puso muy contento cuando supo de mi oferta —dijo, e hizo una pausa antes de continuar—. He doblado el precio que pedía.

—Puedo igualarlo. Además, voy a explicarle que tengo pensado convertir las tres cabañas que tiene la propiedad en casas de acogida para mujeres víctimas de violencia doméstica.

—Supongo que vas a escribirle una carta muy bonita detallando todo lo que tienes planeado hacer en Charleston, pero estoy seguro de que a Rufus le da igual tu palabrería sensiblera.

—Eso no lo sabes.

—Además, por si acaso se te ocurría superar mi oferta, le he contado que te has confabulado con Chase Love para venderle la casa a él y a su madre.

—Eso no es cierto.

Sentía ganas de gritar.

—¿Ah, no? Según tengo entendido os habéis hecho inseparables. ¿Por qué no ibas a venderle a tu novio la casa que su madre lleva tantos años tratando de comprar?

La idea de que Declan los hubiera estado espiando la revolvía, pero no podía dejar que supiera que aquello le había molestado. Hizo acopio de fuerzas y lo miró a los ojos.

—Aunque me gustó mucho la casa Calloway, no es la única de Charleston que se ajusta a lo que tengo pensado. Ya encontraré otra. Así que vas a tener que dedicar mucho tiempo y dinero a arrebatarme todas las casas que encuentre.

—No necesito otra, solo esta. Es muy importante para tu amante, ¿no?

Declan se había informado. Sabía muy bien que aquella casa era muy importante para Chase. Una vez más, Declan había puesto en su punto de mira a alguien importante para Teagan para llegar hasta ella.

—Véndeme el edificio Brookfield y evitarás que la casa de la familia de tu novio se eche abajo.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Teagan levantando la voz.

—Puedo y lo haré —dijo y soltó una risotada despiadada—. Si me das lo que quiero te dejaré en paz.

—Edward no quiso venderte el edificio Brookfield y yo tampoco lo haré.

¿Sería capaz de mantener la promesa que le había hecho a su difunto padre?

—Edward —dijo Declan—. ¿No pensarás en serio que le importabas, verdad?

Por unos segundos, Teagan se preguntó si Declan conocía la verdadera naturaleza de su vínculo con Edward Quinn. Podía causar mucho daño si se enteraba.

—Edward te dejó el edificio porque te llenó la cabeza de esas ideas ridículas acerca de salvar las joyas arquitectónicas de Manhattan —continuó—. Sabía que eras una de las pocas personas lo suficientemente valiente como para enfrentarse a mí.

Las palabras de Declan aumentaron la desazón que la acompañaba desde que se había enterado de que Edward era su padre biológico. Sospechaba que había sido él el que había hecho las gestiones para que la familia Burns la adoptara. ¿Cómo habría sido su vida si se hubiera criado con sus familiares de Charleston, gente buena y cariñosa?

—Bueno, en una cosa tienes razón —dijo Teagan consciente de que si Declan no se salía con la suya la perseguiría el resto de sus días—. Estoy dispuesta a enfrentarme a ti.

—Tal vez de momento —dijo Declan, completamente impasible ante su desafío—. Pero ¿seguirás pensando lo mismo cuando te lo haya quitado todo?

Una efervescente inquietud invadió a Chase al ver a Teagan saliendo de la terminal de Llegadas y dirigirse directamente a donde estaba aparcado. Nada más verlo, una resplandeciente sonrisa se dibujó en sus labios, despertando en él unas ansias que le eran familiares.

En cuanto la tuvo cerca, dio un paso adelante, la envolvió entre sus brazos y tomó sus labios en un beso que reveló lo mucho que la había echado de menos. Ella le devolvió el beso con el mismo entusiasmo, feliz de volver a reencontrarse. Cuando él se apartó, ambos respiraban entrecortadamente. Luego le abrió la puerta del pasajero y metió su equipaje en el todoterreno.

—¿Qué te parece comer con mi madre? —preguntó él mientras tomaba la autopista hacia la ciudad.

—Solo llevamos saliendo un par de semanas —comentó sorprendida, y esbozó una media sonrisa—. ¿No es muy pronto para presentármela?

A pesar de que sabía que estaba jugando con él, a Chase se le hizo un nudo en el estómago. Un par de cenas y el hecho de que no pudiera quitarle las manos de encima no significaba que hubiera una relación romántica entre ellos. Simplemente le estaba haciendo un favor a su mejor amigo vigilándola. Y respecto a lo maravilloso que era el sexo... Eso era más

difícil de justificar. Después de todo, Teagan era una mujer guapa y seductora a la que le gustaba flirtear con él a la menor ocasión, y él un hombre de sangre caliente.

—Quiere hablar contigo de la casa Calloway y de los planes que tienes —explicó Chase.

—¿Le has hablado de la otra oferta?

—Le he comentado que había alguien más interesado —contestó y trató de mantener el tono calmado—. El otro comprador es de Nueva York.

—Sí, Sawyer lo mencionó —dijo Teagan—. Supongo que no soy la única que piensa que Charleston es un buen lugar para invertir.

—Hay mucha gente de fuera de la ciudad interesada en comprar propiedades en el centro —convino—. Pero la casa Calloway requiere una gran rehabilitación. Lo normal sería invertir en algo más sencillo.

—Es una casa preciosa en un barrio maravilloso —afirmó Teagan con gesto tenso.

Había algo en su comportamiento que no encajaba y Chase no sabía qué era. Tal vez estaba intentando disimular su preocupación o convencerse a sí misma para mantener el optimismo.

—Muy bien, comeré con tu madre —anunció en tono alegre—. ¿Cuándo pensabas?

—¿Te viene bien mañana?

—Sí, estoy libre. ¿Y a ti te viene bien?

—¿Por qué das por sentado que yo también iré?

—No creo que quieras que vaya sola a comer con tu madre.

Lo conocía muy bien.

—Para mi madre siempre tengo tiempo.

—Y para todas las mujeres de tu vida: tu hermana, tus sobrinas, tu madre...

Fue su sonrisa cómplice al no incluirse en aquella lista lo que hizo que su corazón se acelerara.

—Así me criaron.

—Es una de las cosas que más me atraen de ti —dijo.

Su mirada recorrió lentamente su cuerpo, dejando muy claro qué otras cosas le gustaban de él.

Cuando las mujeres flirteaban con él, Chase se aburría de sus charlas frívolas. Prefería las conversaciones profundas, con intercambio de opiniones o de historias.

Seguramente Teagan ya se habría dado cuenta de lo poco dado que era a las conversaciones triviales y por eso lo provocaba. Cuanto más se negaba a contestar, más sonreía y más provocativas eran sus palabras. Resultaba exasperante, pero no podía contener su deseo de estar con ella.

—Entonces... ¿comemos?

—Dile a tu madre que estaré encantada —dijo Teagan poniéndose muy seria—. ¿A qué hora me recogerás?

—Pensaba que podríamos quedar en el sitio —replicó Chase frunciendo el ceño.

—¿Pero qué pasa con tus modales sureños? Tu madre me ha invitado a comer. Es evidente que quiere conocer a la mujer con la que estás saliendo.

—De acuerdo, te recogeré a las doce y cuarto.

—Te estaré esperando.

Y así fue. Chase llegó poco antes de la hora y antes de aparcar el coche en la entrada de la mansión de su abuelo, ya estaba Teagan bajando los escalones. Con la vista clavada en ella, Chase salió del coche y se apresuró a abrirla la puerta. Parecía disfrutar de sus modales caballerosos y a él le gustaba tratarla con especial deferencia.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó.

Llevaba un vestido de flores en tono melocotón, con un bolso y unas sandalias de tacón a juego. Era el atuendo perfecto para comer con su madre. Maybelle la iba a adorar.

—Mi madre estará encantada —afirmó mientras le hacía un gesto para que entrara en el coche.

—¿Y tú? —preguntó apoyando la mano en su antebrazo y envolviéndolo con su olor a jazmín—. ¿También estás encantado?

Chase se contuvo para no rodearla por la cintura y demostrarle el efecto que tenía sobre él.

—¿Acaso importa? —dijo evitando acariciarle las mejillas—. Es quien tienes que impresionar es a mi madre.

—Pero me he vestido para ti —replicó con absoluta sinceridad—. Quiero que me veas atractiva.

—Ya sabes que es así —dijo como si pudiera evitar caer en la trampa que le había tendido—. Eres la mujer más bonita que he visto jamás.

Teagan resopló. Parecía decepcionada.

—Sabes que eres bonita. ¿Por qué no te gusta lo que te he dicho?

—Porque ser bonita no es suficiente. Cuando digo que quiero que me veas atractiva, quiero que me encuentres atractiva de verdad. Y no me refiero solo al exterior, sino a lo que hay aquí y aquí —dijo señalándose la cabeza y el corazón—. No puedo atribuirme el mérito de ser guapa. Mi arrojo, mi inteligencia y mi habilidad para conseguir cosas siempre han estado en un segundo plano, por detrás de mi físico.

Aquella apasionada descripción permitió a Chase entender mejor lo que la impulsaba.

—Si quieres que valore lo que hay en ti, ¿por qué no dejas de jugar conmigo?

Teagan abrió los ojos de par en par y Chase se preguntó si había sido demasiado franco. Un segundo más tarde, ella rompió en carcajadas.

—Entonces, lo que entiendo que quieres decir es que te gustaría que fuera más directa, ¿es así?

—Sería de ayuda si supiera lo que está pasando en esa linda cabecita tuya.

—Lo consideraré —dijo Teagan—. De momento, vámonos. No quiero que lleguemos tarde.

Unos minutos más tarde, mientras subían de la mano los escalones del porche de casa de su madre, Teagan se fue poniendo más tensa.

—Relájate. Mi madre tiene muchas ganas de conocerte. Le parece muy bien lo que quieres hacer en la casa Calloway.

—¿No le importa que quiera usarlo para ayudar a mujeres necesitadas?

—Ese es uno de los motivos por los que está tan contenta de que quieras rehabilitar la casa.

—Me alegro de oírlo. Supongo que estará triste de no poder comprar ella la casa.

—Mi madre es una mujer práctica. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para comprarle la casa a Rufus, pero dentro de un límite. Prefiere que la casa la compre alguien que sepa valorarla.

Teagan desvió la mirada, pero no antes de que Chase percibiera algo que despertó su inquietud. Tan solo esperaba que no estuviera urdiendo algún plan que pudiera explotarles en la cara.

—¿Y si no nos hacemos con ella? —preguntó, y su mirada angustiada se clavó en él—. ¿Me odiará tu madre?

—Nunca te odiaría por algo que escapa a tu control —dijo acariciándole la mejilla—. El negocio inmobiliario es duro, sobre todo en un mercado como este. Además, tratar con Rufus es complicado y eso lo entiende mi madre.

A la vista de que sus palabras no la habían tranquilizado, la rodeó por la cintura con su otro brazo y la atrajo hacia él. Luego se inclinó y la besó en los labios. Ella hundió las manos en su espalda y le devolvió el beso con ardiente pasión. Permanecieron así en el porche hasta que alguien carraspeó.

Chase se apartó y, al volverse, vio a la doncella de su madre sonriendo.

—Tu madre pregunta por ti —dijo divertida—. ¿Quieres que le diga que necesitas unos minutos?

—¡No! —exclamó Teagan, apartándose de Chase—. Ya terminaremos la conversación más tarde.

—Por supuesto. Adelante.

Chase esbozó una amplia sonrisa y puso su mano en la parte baja de la espalda de Teagan mientras la acompañaba al interior. Disfrutaba viendo a Teagan nerviosa.

La doncella los acompañó hasta el salón, donde su madre estaba escribiendo un mensaje en el móvil. Al atravesar la estancia junto a Teagan, Maybelle se puso de pie para saludarlos. Llevaba un traje de lino rosa pálido, con un pañuelo de seda en el cuello.

—Tú debes de ser Teagan —dijo su madre tendiéndole ambas manos—. Mi hijo está loco contigo.

Aunque Chase hubiera preferido que su madre no dijera nada, tenía que reconocer que así era.

—No sé si está loco conmigo —replicó Teagan tomándola de las manos—. Pero creo que he conseguido gustarle un poco.

—Yo diría que más que un poco —dijo Maybelle dirigiéndole una mirada penetrante—, especialmente después de lo que he visto en el porche.

Chase tuvo la sensación de que si Teagan hubiera tenido las manos libres, se habría tapado con ellas la cara. Él también se sentía incómodo.

—Tiene una casa muy bonita —comentó Teagan mientras Maybelle les hacía pasar al comedor—. Tengo entendido que la pasión de Chase por la arquitectura surgió cuando restauraron esta casa.

—Así fue. Hasta entonces, creíamos que se dedicaría a las artes marciales. A los quince años ya era cinturón negro y no hablaba de otra cosa. Todo cambió cuando mi marido murió. Aunque solo tenía diecisiete años, Chase tuvo que convertirse en el cabeza de familia.

—Siendo tan joven —dijo Teagan, y sacudió la cabeza, apenada.

—Sí, Chase siempre ha sido muy fuerte. Nos cuidó muy bien en aquellos momentos tan difíciles —comentó su madre mirándolo—, y aún lo hace.

En otra situación, Chase se habría sentido molesto de que dos mujeres hablaran de él como si no estuviera delante. Sin embargo, estaba encantado de lo bien que habían congeniado.

—Lo que hace que me pregunte por qué todavía no se ha casado y ha tenido hijos.

—Supongo que porque ha estado muy ocupado trabajando —replicó Maybelle—. Creo que necesita a alguien que comparta su pasión por restaurar casas históricas y pueda sacarlo de sus rutinas.

Aquel comentario hizo que Teagan se sintiera atrapada.

—Vaya, parece que reúno los dos requisitos.

—Eso espero —dijo Maybelle, y alargó el brazo para darle unas palmaditas en la mano a su hijo—. Estoy deseando verlo con alguien que le haga feliz. Sobre todo ahora que Ethan va a casarse. Siempre han sido uña y carne.

—Es maravilloso que Ethan y mi hermana se hayan encontrado — comentó Teagan pensativa—. La hace muy feliz.

—Es toda una suerte que la casa de mi bisabuelo os haya unido a ti y a Chase.

—Eso espero —afirmó Teagan, y lo miró, tratando de adivinar sus pensamientos—. Me alegro de que haya sido así —añadió, y al verlo asentir, le dedicó una enorme sonrisa.

Capítulo Ocho

—**H**a ido bien —comentó Chase de camino de vuelta a su casa.

¿Le preocupaba que hubiera ido demasiado bien? ¿Acaso temía que aquella creciente cercanía pudiera causar un problema entre su mejor amigo y él? Sintió un nudo en el pecho.

Teagan se había sentido culpable a la vez que eufórica con el recibimiento de su madre. Sabía que debía contarle a Chase que era Declan quien había hecho una oferta por la casa Calloway, pero temía que cuando lo supiera, no quisiera saber más de ella. La idea de perderlo la aterraba.

Excepto su breve escapada a Nueva York, habían pasado todas las noches juntos. Nunca antes se había enamorado de alguien en tan poco tiempo. Su cuerpo se había convertido en su patio de juegos. Se derretía cada vez que la besaba. Disfrutaba de las horas que pasaban en el sofá, besándose y acariciándose bajo la ropa, dejando que el deseo fuera en aumento mientras descubrían lo que le gustaba a cada uno. Estaban forjando una conexión que iba más allá del deseo sexual y, con cada día que pasaba, Teagan sentía algo más fuerte.

Lo que le hacía temer aún más la tormenta que se avecinaba en el horizonte. Tras haber conocido a su madre, todos sus temores habían salido a la superficie. Tenía que encontrar la manera de vencer a Declan y evitar que Chase y su familia descubrieran el peligro que corría su casa.

—Me encanta tu madre —comentó, obligándose a apartar aquellos pensamientos.

—A ella también le has caído muy bien.

—¿Tú crees?

—Sí.

Aquella confirmación le hizo desear arrancarle la ropa y devorarlo. Por suerte, no había mucho tráfico y la distancia entre las casas de madre e

hijo era de apenas unos kilómetros. Teagan lo tomó de la mano y le besó los nudillos.

—Te deseo.

—Yo también te deseo —replicó él con una sonrisa traviesa.

Le soltó la mano y deslizó los dedos por debajo de su vestido, subiendo por su muslo. Teagan tragó saliva y separó los muslos. La acarició por encima de las bragas y contuvo el aire.

—Estás húmeda —dijo con voz profunda, haciéndola estremecerse.

—Estoy caliente. Cuando lleguemos a casa, voy a hacerte toda clase de cosas sexys.

—Me gusta cómo suena eso.

Una vez más, sus dedos rozaron su zona más sensible. ¿Cómo era posible que estuviera tan excitada?

—¿Todavía no hemos llegado? —preguntó Teagan con una sonrisa pícaro.

Estaba muy guapo cuando sonreía. La alegría que desprendía su risa le provocaba el deseo de hacerlo feliz. Lástima que su vida fuera tan complicada. El tiempo que había estado con Chase no era más que una breve tregua antes de que comenzara el siguiente asalto. Declan estaba empeñado en hacerse con el edificio Brookfield y no pararía hasta conseguirlo. Lo primero que se había propuesto era destruir su relación con Chase. Por eso su intención era disfrutar del tiempo que le quedaba con Chase antes de que descubriera la destrucción que había llevado a su vida.

Teagan se lanzó a él nada más abrirle la puerta del coche. Entre risas, carreras y besos fueron despojándose mutuamente de la ropa hasta subir a su dormitorio en el piso de arriba. Desnuda y sonriente, se dejó caer en la cama y lo observó ponerse un preservativo.

Luego se abalanzó sobre ella, rodaron sobre el colchón y la hizo colocarse a horcajadas sobre él. Ella se mordió el labio y se balanceó sobre él, disfrutando de la sensación de sentirlo dentro. Chase cerró las manos sobre sus pechos, enloqueciéndola, mientras sus embestidas estimulaban su clítoris. Teagan arqueó las caderas, aferrándose a él con fuerza, y enseguida se corrió.

Sin darle ocasión de recuperar el aliento, Chase le hizo darse la vuelta, colocarse a cuatro patas y la penetró una vez más. Sin haberse

recuperado todavía del primer orgasmo, dejó caer la cabeza y se dejó llevar hasta que las fuertes embestidas volvieron a excitarla.

Cuando sintió sus dientes en el hombro, poseyéndola de aquella manera tan primitiva, volvió a correrse. Él todavía no. La atrajo hacia él, dejó de moverse y le susurró al oído palabras tiernas y cariñosas. Mientras Teagan recuperaba el aliento, Chase se movió hasta quedar tumbados de lado y comenzó a dibujarle círculos en el vientre hasta hacerla temblar. Ella sonrió mientras sus labios depositaban dulces besos a lo largo de su cuello y sintió que volvía a moverse dentro de ella. Esta vez sus embestidas fueron lentas y controladas.

Su último orgasmo fue más largo e intenso que los dos anteriores. Unos segundos más tarde, oyó el grito ronco de Chase y sintió las convulsiones de su cuerpo al correrse. Apretó sus músculos internos decidida a aferrarse a él el mayor tiempo posible, como si así pudiera aislarse del resto del mundo.

Mientras su pulso se ralentizaba y su respiración recuperaba la normalidad, Teagan se acurrucó en los brazos de Chase, consciente de que se estaba enamorando de aquel hombre. En momentos como aquel llegaba a creer que podía haber algo duradero entre ellos. No era solo química sexual. Había también ternura y complicidad.

Se volvió y hundió el rostro en su cuello, saboreando aquella sensación aletargada, aunque era difícil ignorar la ansiedad que invadía su pecho y le robaba el aliento.

—Ha sido divertido escuchar las historias de tu madre de cuando Nola y tú erais pequeños —murmuró, disfrutando de la tranquilidad de aquel momento—. Tuvisteis una infancia feliz. Con razón os lleváis tan bien.

—Por tu comentario, adivino que tu infancia no fue feliz.

—Mis padres nos enfrentaban entre nosotros. A mi hermano Aiden le prodigaban toda clase de atenciones por ser el primogénito y único chico. Eso lo convirtió en vago y caprichoso. A Sienna prácticamente la ignoraba. Creo que por eso es tan dulce.

—¿Y tú?

—Siempre tuve problemas para asumir que era adoptada.

Le seguía sorprendiendo lo a gusto que se sentía con Chase hasta el punto de compartir sus puntos débiles. A pesar de que sabía que había aceptado vigilarla para Ethan, no temía que lo que le contaba pudiera

perjudicarla. Para ella era una novedad compartir sus secretos más oscuros y, por tratarse de Chase, no le daba miedo.

—¿Qué clase de problemas?

—Siempre me sentí una extraña en mi propia familia. Era como si me faltara algo. Mi madre murió al poco de nacer. Mi padre había desaparecido. Siempre tuve la sensación de no ser una niña deseada.

—El hecho de que te adoptara la familia Burns indica todo lo contrario.

—Era una niña preciosa. Y no es vanidad, es un hecho —dijo encogiéndose de hombros—. Lo sé porque mi madre siempre ha dicho que ese fue el motivo por el que me adoptó. Sienna era un año mayor y cuando fue evidente que no iba a ser una niña guapa, mi madre decidió hacerse con una muñeca con la que presumir con sus amistades.

Chase entrelazó los dedos con los suyos en un gesto para animarla a seguir.

—Hasta los nueve años no me di cuenta. Fue el día que oía a dos mujeres burlándose de cómo a mi madre le avergonzaba tener una hija fea y cómo me había adoptado solo porque era guapa.

—Ethan me comentó que tu hermana no está muy unida a tus padres. ¿Sabía lo que tu madre sentía?

—Antes de oír los comentarios de aquellas mujeres, nunca había prestado atención al aspecto de Sienna. Para mí era mi hermana mayor, la que me entretenía haciéndome dibujos y contándome cuentos. Es una artista con mucho talento, aunque ella no lo reconozca. Estoy segura de que no ha tomado un pincel desde que acabó la universidad.

—¿Por qué no?

—Mi madre le hizo perder la confianza. En nuestra familia, si no haces algo a la perfección, dedícate a otra cosa.

—Eso suena muy duro.

—Para la mayoría de la gente lo es, pero para la familia Burns es lo habitual. El más mínimo error puede perseguirte durante mucho tiempo.

—Así que aprendiste a ponerte una coraza.

—Supongo que no te resulta especialmente atractivo.

Le tomó la mano y se la llevó al hombro, y sonrió al sentir que la acariciaba.

—Si piensas que no me siento atraído por ti, es que no has estado prestando atención —dijo Chase, y hundió la cabeza para besarla desde los labios hasta la oreja.

—Hay una gran diferencia entre esto —afirmó señalando su cuerpo—, y todo lo sucio y feo que hay en el interior.

—¿Se te ha olvidado a lo que me dedico? —preguntó sosteniéndole la mirada—. Las cosas sucias y feas no me dan miedo.

Lejos de sentirse mejor, Teagan sintió pánico al oír sus palabras.

—Tú conviertes en bonitas las cosas feas y sucias. ¿Es eso lo que pretendes hacer conmigo?

—No es eso a lo que me refería —contestó Chase frunciendo el ceño. La combinación de tus defectos y tus virtudes te convierte en alguien especial. No quiero que cambies en nada.

Su gesto tierno provocó en ella un escalofrío de placer. Era muy fácil enamorarse de aquel hombre. Parecía saber exactamente lo que quería oír.

—¿Ni siquiera un poco? —preguntó divertida, exultante de alegría por la forma en que la estaba mirando—. Admítelo, preferirías que no fuera tan egoísta ni tan dada a las intrigas.

—Tal vez eres así porque nunca antes has tenido a alguien que se preocupe por ti.

—Vaya —murmuró—. Realmente eres perfecto.

Se quedó observándola unos segundos, tratando de averiguar si estaba bromeando en un intento por ocultar sus sentimientos. Luego rodó sobre ella y la besó apasionadamente. La angustia de Teagan dio paso a una explosión de deseo y se aferró a él.

—Ninguno de los que me conoce diría que soy perfecto —le dijo, besándole los labios.

En lugar de discutir, Teagan avanzó por el traicionero camino que había emprendido.

—De acuerdo, corregiré lo que he dicho. Eres perfecto para mí.

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó Teagan, contemplando el paisaje.

Después de quince minutos en coche, había llegado al cuello de la península de Charleston.

—En Bennett's Pub.

El todoterreno traspasó unos majestuosos portones de hierro forjado.

—¿Me has traído a un cementerio?

Chase asintió. Estaban rodeados de numerosas tumbas, algunas con lápidas de granito, otras con esculturas talladas y otras más modestas.

—Es el cementerio de Magnolia. Desde 1850, algunas de las personalidades más destacadas de Charleston están enterradas aquí. Fue creado sobre una plantación después de que se prohibieran los enterramientos en las ciudades por motivos de salud —explicó—. Pensé que te gustaría saber dónde están enterrados tus antepasados.

—Si pretendes excitarme, te sugiero que te replantees tus técnicas de seducción.

Aunque había empleado un tono socarrón, Chase reconoció una cierta angustia en sus palabras. Por lo que le había contado y lo que sabía por Ethan de sus padres adoptivos, se había hecho una idea de lo que debía de haber sido su infancia. Samuel y Anna Burns no habían sido capaces de reforzar la autoestima de sus hijas. Las dos hermanas Burns se habían convertido en mujeres con muchas inseguridades. En el caso de Sienna, se había dejado llevar por la magia de Charleston y la insistencia de Ethan. Aunque la pareja había pasado por una mala racha debido a la intromisión de Teagan, Ethan no había tardado demasiado en darse cuenta de que había cometido un gran error al dejarla volver a Nueva York sin haber aclarado las cosas entre ellos. Chase había visto a su mejor amigo salir con toda clase de mujeres, pero ninguna como aquella comisaria de arte.

—Tal vez haya mujeres a las que les exciten los cementerios —añadió Teagan al ver que Chase no decía nada—. Pero yo no soy de esas.

Sabía que estaba intentando desafiarlo para que le siguiera el juego, pero llevaba tiempo suficiente con ella como para reconocer que aquella conversación frívola enmascaraba confusión y ansiedad. Curioso. ¿Qué era lo que preocupaba a Teagan?

—Allí están enterrados los soldados de la Confederación que murieron durante la Guerra Civil —explicó Chase, señalando unas filas de tumbas.

Teagan permaneció en silencio mientras él aparcaba y apagaba el motor.

—¿Estás bien? —preguntó Chase, preocupado por su expresión.

—Claro —contestó, y se quitó una pelusa imaginaria del pantalón—. ¿Alguna vez no estoy bien?

—Nunca— mintió él—. ¿Lista para conocer a tu abuela? —preguntó abriendo su puerta del coche.

Sin esperar respuesta, se bajó del coche, lo rodeó y abrió la puerta. Al mirarla, se dio cuenta de que estaba a kilómetros de distancia. Le tendió la mano izquierda y le hizo una seña con la derecha.

—Ella y el resto de tu familia están allí.

Teagan se atusó la melena, tomó su mano y puso un pie en el suelo. Chase sintió que el pulso se le aceleraba cuando sus dedos rozaron su piel. Cada vez que su cuerpo entraba en contacto con el de ella, por breve y casual que fuera, sentía corriente.

La intensidad del efecto que tenía sobre él debería preocuparle. Ethan le había pedido que vigilara a aquella mujer, y no había nada que detestara más que defraudar a sus seres queridos. Era arriesgado dejarse llevar por las hormonas. Chase le había hecho una promesa a Ethan y enamorarse de Teagan la ponía en peligro.

Luego estaba el zumbido de aquella agitación que se había apoderado de él desde que ella había vuelto de Nueva York. Algo no iba bien. Iba a tener que esforzarse en contener sus sentimientos mientras descubría qué estaba pasando con Teagan.

El viento susurraba entre los robles mientras atravesaban el césped perfectamente cortado. La tranquilidad silenciosa del cementerio los envolvió. Por fin llegaron a las tumbas donde llevaban más de ciento cincuenta años reposando miembros de la familia Watts.

—Esta es mi familia —murmuró, paseando la vista por todos aquellos nombres y fechas.

—George Watts vino a Carolina del Sur en 1792 y compró una plantación al norte de la ciudad. Poco antes de la Guerra Civil, la familia se mudó a Charleston y fundó Watts Shipping.

—Sabes más de mi familia que yo.

—Aparte de la amistad que une a nuestras familias desde hace años, me dedico a la restauración. Sé mucho de la historia de Charleston.

Teagan le soltó la mano y se acercó a una lápida.

—Aquí está enterrada mi abuela: Delilah Ann Bennett Watts. Murió joven.

—En el mismo año en que Ava se fue —confirmó Chase—. Tu tía Lenora insiste en que su madre murió de pena, pero realmente fue el cáncer el que se la llevó.

—Y Grady no volvió a casarse.

—La adoraba. Ninguna otra mujer podía compararse.

—Debió de ser muy doloroso para él perderla tan joven.

—Por lo que tengo entendido, nunca volvió a ser el mismo después de perder a su esposa y a su hija en tan poco tiempo. Creo que lo que le ayudó a seguir adelante fue su determinación de traer a Ava a casa —dijo, y señaló con la cabeza hacia una de las tumbas más recientes.

Teagan se acercó y ahogó una exclamación.

—Es mi madre.

—Cuando descubrieron que tu madre estaba enterrada en la isla de Hart, en Nueva York, trajeron su cuerpo aquí.

—Durante todos estos años ha estado aquí y yo sin saberlo —dijo Teagan sacudiendo la cabeza.

Chase sintió que se estremecía. La miró y vio lágrimas. Le temblaba el labio inferior.

—Seguro que piensas que soy ridícula —añadió, y se pasó el dorso de la mano por la mejilla—. No sé por qué me emociono. De siempre he sabido que mi madre estaba muerta. No sé por qué nadie me había contado que estaba aquí.

—No llevas tanto tiempo en Charleston. Antes o después, alguien de la familia te lo habría dicho.

—Así habría sido si no hubiera echado a perder mi relación con ellos —se reprochó.

—Escucha —dijo Chase obligándola a volverse para mirarlo—. Todo puede arreglarse.

Por unos instantes, pensó que sus palabras habían atravesado la coraza que había construido a su alrededor.

—Lo he intentado, pero nadie me ha dado la oportunidad de mejorar las cosas —murmuró con una profunda sensación de dolor y frustración—. ¿Qué estoy haciendo? En vez de arreglar las cosas, las estropeo. ¿No es por eso por lo que Ethan te pidió que me vigilaras, para no hacer daño a nadie más?

—Tal vez al principio...

—¿Y ahora? ¿Estás conmigo porque crees que he cambiado? Bueno, pues que sepas que sigo siendo la misma maquinadora intrigante que siempre he sido, así que ten cuidado o también saldrás herido —dijo Teagan, y le dio la espalda a las tumbas de sus familiares.

Su ímpetu le clavó una estaca de hielo en el corazón. Desde su vuelta de Nueva York parecía preocupada, pero lo había achacado a algún asunto de sus negocios. ¿Habría pasado algo en Nueva York que la hacía sentirse desesperada o acaso era otra faceta de su personalidad que todavía no conocía?

Antes de que pudiera encontrar una razón que justificara aquel arrebató, Teagan se dirigió al todoterreno. Chase se frotó el hombro, convencido de que aquella tensión que sentía no estaba antes de que Teagan apareciera en su vida.

¿Por qué estaba tan empeñada en mostrar su peor versión? ¿Acaso pensaba que cayéndole mal a la gente no saldría herida? Como mecanismo de defensa, aquello no tenía sentido. ¿No se daba cuenta de las desventajas a largo plazo de aquella táctica? Si no permitía que nadie creyera en ella, ¿cómo llegaría a ser feliz?

Capítulo Nueve

El silencio reinó en el todoterreno de Chase de vuelta a Charleston. Aunque se sentía avergonzada de su arrebato y quería disculparse, no había encontrado una explicación razonable. Debería contarle su encontronazo con Declan y la certeza de que la casa Calloway estaba a punto de escapárseles de las manos. Pero cada vez que abría la boca para explicarle que con la casa Declan la estaba obligando a venderle el edificio Brookfield, se imaginaba el disgusto de Chase y entraba en pánico.

Una vez escuchara la historia, Chase la odiaría y no podría soportarlo. Tampoco serviría de nada contárselo, puesto que no evitaría lo inevitable. Podía seguir callada y confiar en que Rufus Calloway entendiera sus planes para la casa. Así podría disfrutar del tiempo que le quedaba con Chase, empezando por la cena de esa noche.

Bennett's Pub era un sitio muy conocido por su agradable patio, que por la noche se iluminaba con pequeñas bombillas creando un ambiente festivo. Teagan había estado varias veces con sus primos y una sensación de melancolía la asaltó mientras se abrían paso entre la gente. Desde su altura, Chase debió divisar una mesa libre, porque se dirigieron directamente a ella. A los pocos metros, se quedó clavada en el sitio al reconocer a una pareja. Se le hizo un nudo en la garganta al ver el gesto rígido de su hermana y la mirada dura de Ethan, antes de clavar la vista en Chase. Sentía una mezcla de miedo y alegría. ¿Y si Sienna se negaba a hablar con ella?

—Esto no es una emboscada —se apresuró a decirle a su hermana—. No sabía que ibas a estar aquí.

—Lo sé.

La antigua Sienna habría bajado la cabeza y se habría quedado abatida. La nueva Sienna contaba con una presencia masculina a su lado, un hombre que la adoraba y que se enfrentaría a cualquiera que osara a tocarle un pelo.

—¿Qué quieres hacer? ¿Quieres que hablemos o que os dejemos solas?

Sienna suspiró antes de contestar.

—Tomemos una copa de vino y hablemos —dijo señalando un par de taburetes libres en la barra—. Solo nosotras dos —añadió al ver que Ethan se levantaba.

—¿Estás segura? —preguntó Ethan, dirigiendo una mirada desconfiada a Teagan.

—Claro. ¿Por qué no os tomáis algo Chase y tú? Estaré bien.

—Mándame un mensaje si me necesitas.

Las hermanas se dirigieron a la barra y se sentaron en los taburetes. Después de pedir dos copas de vino blanco, Teagan tomó la palabra.

—Pensaba que a estas alturas ya se habría dado cuenta de que puedes conmigo.

—Por supuesto que lo sabe —replicó, y sonrió al camarero que acababa de llevarles sus copas—. Solo quiere que sepa que puedo contar con él.

—Me alegro —dijo sorprendida ante el comentario de su hermana—. ¿Desde cuándo?

—Desde el día que volviste a Nueva York y me dejaste sola en Charleston.

Teagan se fijó en la mano izquierda de su hermana y la atrajo hacia ella para ver mejor el anillo de diamantes.

—Muy bonito. Diría que ese hombre tiene buen gusto. Enhorabuena.

—¿No te parece que es demasiado pronto?

La pareja hacía menos de un mes que se había conocido y Sienna no era dada a tomar decisiones sin sopesarlo todo cuidadosamente. Sin embargo, se habían sentido atraídos desde el primer momento y, a pesar de las maquinaciones de Teagan, había surgido una relación entre ellos mientras Ethan buscaba a su madre biológica.

—¿Te lo parece a ti?

—No —contestó, y una amplia sonrisa asomó a sus labios—. Estoy deseando casarme con él. Será en octubre.

—¿Tan pronto?

—No queremos hacer una gran boda, así que no hay mucho que preparar.

Las dos hermanas se quedaron en silencio mientras Teagan se preguntaba si Sienna la invitaría.

—Escucha —comenzó Teagan—. Siento lo que os hice a ti y a Ethan.

—Estuve a punto de perderlo —replicó Sienna, con cierto tono de angustia en la voz.

—No sabía que las cosas iban tan en serio entre vosotros —dijo Teagan, e hizo una pausa para encontrar el coraje que necesitaba para continuar—. Sé que no es excusa, pero por algunas cosas que han pasado en Nueva York durante este último año, unido a la inquietud de ser aceptada por mi familia de Charleston, he sido irracional y poco responsable.

—¿Qué ha pasado en Nueva York?

—Cuando le dije a papá que quería dirigir Burns Properties me contestó que no por tres motivos: que no era la primogénita, que era mujer y que no era hija biológica suya.

—Oh, Teagan.

—Siempre me ha costado aceptar que era adoptada, pero eso no me lo esperaba —dijo con un nudo en la garganta—. A fin de cuentas, Aiden siempre ha sido el favorito.

—Bueno, pues que se preparen —terció Sienna con amargura—. Papá ha cometido una locura no dejándote el negocio. Nuestro hermano lo llevará a la quiebra.

Teagan no se había sentido tan unida a Sienna desde que eran adolescentes. Sentía haberse dejado atrapar por el ambiente despiadado de Nueva York y haber perdido a su hermana.

—Así que Chase y tú estáis juntos —murmuró Sienna sin poder contener su curiosidad.

—No es eso.

No quería contarle que Ethan le había pedido a Chase que la vigilara. Sería como si estuviera resentida con su primo cuando, de hecho, le había hecho un gran favor.

—¿De veras? Esa no es la impresión que tiene Ethan de Chase.

—¿Qué le ha contado Chase? —preguntó Teagan sorprendida.

—No es lo que le ha dicho, sino el hecho de que no para de hablar de ti.

—Estamos trabajando juntos en una casa que quiero restaurar.

—¿Así que todas esas cenas juntos no os han llevado a nada más?

Teagan se sonrojó, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Qué lástima —exclamó Sienna desilusionada, como si deseara lo mejor para su hermana.

Lejos quedaba ya la última vez que se habían visto las hermanas y el desagradable cruce de reproches que se habían hecho.

—No importa —dijo Teagan agitando la mano en el aire—. Me ha dejado muy claro que no soy su tipo. Quiere que nuestra relación sea estrictamente profesional.

Aunque no era cierto, Teagan no estaba segura de qué esperaba Chase de ella.

—Creo que las dos hemos tenido suerte viniendo a Charleston —comentó Sienna sonriendo.

—Tal vez tú sí. Te has enamorado del hombre de tus sueños. Mientras, yo me he puesto a malas con mi familia biológica y creo que todo el mundo está deseando que vuelva a Nueva York.

—Eso no es cierto. Solo tienes que ser paciente y todo se arreglará.

El hecho de que Sienna siguiera apoyando a Teagan, a pesar del daño que había causado, era la muestra de que su hermana era una persona maravillosa.

—Pero a lo que me refiero con tu llegada a Charleston es que pareces diferente —continuó—. En Nueva York, toda esa energía frenética que tenías necesitaba una salida. Tus amigos siempre estaban compitiendo y nada de lo que conseguían te satisfacía. Por lo que tengo entendido, ahora estás más tranquila.

Teagan sintió que el estómago se le encogía ante la idea de que su familia estuviera hablando de ella. Pero ¿qué esperaba?

—Lo que podía haber funcionado en Nueva York, aquí es un fracaso rotundo. No entendía que una familia bien integrada se uniera en bloque para apoyarse. Podía haber formado parte de esa dinámica familiar que

tanto ansiaba, pero no esperaba que fueran a aceptarme y ahora todos me odian.

—No te odian.

—Bueno, pero desconfían —dijo Teagan, y tomó un sorbo de su vino—. Fui una tonta al pensar que algún día podría dirigir Watts Shipping solo por ser miembro de la familia y Ethan fuera adoptado. Una estupidez, teniendo en cuenta lo mucho que me dolió cuando ese fue el razonamiento de papá para darle Burns Properties a Aiden.

—Oh, Teagan, todo se arreglará, ya lo verás.

—No creo que me quede tanto tiempo.

—¿Te vas?

—Como todo el mundo dice, mi vida está en Nueva York. Tengo allí tres negocios exitosos que he estado descuidando mientras perseguía aquí un sueño imposible.

—¿De verdad es imposible?

—Vine con la esperanza de formar parte de una familia —dijo Teagan, con un nudo de angustia en la garganta—. Sin embargo, me siento como una extraña.

—Eso es porque no te conocen bien. Lo único que han visto de ti es la cara que enseñas al resto del mundo —observó Sienna, y cubrió con su mano la de su hermana.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Chase con su voz grave y masculina.

—Sí, todo bien —contestó Sienna.

Teagan respiró hondo para tranquilizarse.

Su olor la envolvió, pero se resistió a volverse y se mantuvo erguida. Su manga rozó su brazo desnudo al hacerle una señal al camarero, y su pulso se disparó.

—¿Queréis que pidamos una mesa y cenemos? —preguntó Ethan.

—Gracias, pero no contéis conmigo —dijo Teagan—. De pronto no me siento bien.

Necesitaba espacio para contener sus emociones. Los tres se quedaron mirándola, preocupados.

—Te llevaré a casa.

—No —replicó en tono agudo—. Quédate y poneros al día. Sienna y tú tenéis que conoceros. Pediré un coche —añadió, y se volvió hacia su hermana, que la miraba confundida—. Me pondré bien. Me alegro de que hayamos tenido la oportunidad de aclarar las cosas.

—Claro.

—Espero que dejes de ignorar mis mensajes.

—Lo siento, es solo que necesitaba tiempo.

—Lo entiendo —dijo Teagan, y se volvió hacia Ethan—. Me alegro mucho por los dos.

—Gracias.

Si pensaba que Chase iba a dejarla marcharse sola, estaba muy equivocada. Mientras atravesaba la zona de bar camino de la entrada, él la siguió. Una vez fuera, Teagan se volvió hacia él.

—Deberías volver dentro. Estoy bien.

Desesperada por irse antes de que se le escaparan las lágrimas, Teagan buscó en su teléfono la aplicación de viajes compartidos.

—¿Te has enfadado porque no te dijera que nos íbamos a encontrar con tu hermana?

Teagan buscó desesperada el primer coche disponible. Estaba a pocos minutos. Lo reservó y miró a Chase.

—Lo cierto es que me alegro no haber tenido un discurso preparado. Creo que ha sido lo mejor porque le he hablado desde el corazón —dijo, y echó hacia atrás la cabeza para mirarlo directamente a los ojos—. Todo ha quedado arreglado entre nosotras, así que gracias.

—Entonces, ¿por qué te vas?

Después de ver a Sienna y Ethan juntos, se había despertado en Teagan el deseo de construir una relación sentimental con Chase. A pesar del sexo fantástico, de la pasión que ambos sentían por los edificios históricos y del apoyo que le estaba prestando para asumir su doloroso pasado, todavía no había una complicidad plena entre ellos.

Se había dado cuenta de que estaba intranquila desde su encuentro con Declan en Nueva York. Deseaba contarle el problema y buscar con él una solución, pero temía que le diera la espalda en cuanto le dijera que podían perder la casa Calloway. En cuando le contara por qué Declan estaba interesado en la casa y cómo planeaba echarla abajo, Chase

lamentaría haberla conocido. Tampoco podía ocultárselo y arriesgarse a que de alguna manera se enterara.

—De verdad, no me siento bien —dijo, aunque sus síntomas eran más emocionales que físicos—. Y tienes que conocer a mi hermana. Teniendo en cuenta lo amigos que sois Ethan y tú, de ahora en adelante va a formar parte de tu vida.

—Entonces supongo que tú también —dijo, y la tomó de la barbilla para obligarla a mirarlo.

—No sé qué deparará el futuro.

No era siendo sincera. Tenía claro lo que le esperaba, y la angustia por el dolor que presentía la invadió.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es solo que desde que fui a Nueva York me he dado cuenta de lo difícil que va a ser romper con mi vida de allí. Tengo negocios que dirigir y amigos que...

—Creía que pensabas quedarte en Charleston —dijo confundido—, que querías dejar huella en la ciudad y reconciliarte con tu familia.

—Ya te digo que tengo que ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Vine aquí con la intención de entablar lazos con ellos y he liado las cosas. Aunque me disculpe, no voy a conseguir nada y no sé muy bien qué hacer. Creo que no tiene sentido que me quede.

—¿Y tus planes de rehabilitar una casa histórica?

Chase era el único que la retenía en Charleston y necesitaba que le diera alguna garantía de que podía confiar en él para seguir luchando.

—Me gusta mucho la casa Calloway y no sé si podría vivir en otra casa si no la consigo.

—¿Has sabido algo de Sawyer? ¿Han rechazado tu oferta?

—Todavía no sé nada.

Tenía el corazón en un puño. Estaba deseando que Chase la tomara en sus brazos y le dijera que no se imaginaba el futuro sin ella, pero al parecer no era lo que sentía.

—Me estoy preparando para el peor de los casos.

—Parece que te estás dando por vencida —dijo Chase asombrado.

—Estoy siendo sensata.

Por suerte, el coche que iba a recoger a Teagan se detuvo junto a la acera antes de que Chase pudiera bombardearla con más argumentos. Le dedicó una sonrisa cálida y luego se acercó al coche, abrió la puerta y se acomodó en el asiento trasero.

—Te llamaré mañana —dijo y, antes de que pudiera contestarle, cerró la puerta.

La última vez que miró a Chase, el corazón se le partió. Su expresión de asombro la dejó hundida. Todavía él no lo sabía, pero lo había echado todo a perder. Cuando supiera que había elegido quedarse con un edificio en Manhattan y perder la casa Calloway, no se lo perdonaría.

Chase se abrió paso entre la clientela del bar y volvió junto a Ethan y Sienna, que se habían hecho con una mesa alta. Se sentía aturdido. ¿Qué habría pasado para que Teagan se fuera tan precipitadamente?

—¿Está bien? —preguntó Sienna mientras Chase se sentaba en un taburete.

—No lo sé.

—¿De qué hablabais al final? —preguntó.

—Está cansada de que todo el mundo le dé la espalda —contestó Sienna mirando de reojo a Ethan—. Nunca la había visto tan... desesperada.

Aquella descripción no gustó nada a Chase y se volvió hacia su amigo.

—¿Puedes hacer algo para calmar las cosas? Está considerando volver a Nueva York, seguramente para siempre.

—Sientes algo por ella, ¿verdad? —preguntó Ethan.

—Sí —contestó Chase sin querer negar lo que sentía—. Estas últimas semanas he llegado a conocerla bien y es más complicada de lo que parece.

—Guarda mucho dolor en su interior —comentó Sienna—. Cuando se siente amenazada, le gusta atacar. Esta es la primera vez que la veo huir.

Sí, eso era precisamente lo que estaba haciendo, reconoció Chase para sus adentros. Huir de Charleston, de su familia y de él.

Mientras pedían la cena, el teléfono de Chase sonó. Su pulso se aceleró pensando que sería Teagan y se llevó una desilusión cuando vio el

nombre de Sawyer en la pantalla. Miró a Sienna, que lo observaba esperanzada, y negó con la cabeza.

—¿Está Teagan contigo? —preguntó Sawyer—. Estoy tratando de ponerme en contacto con ella.

Al percibir tensión en su voz, Chase supuso que había perdido la casa.

—Rufus se ha decantado por la otra oferta, ¿verdad?

—Sí —contestó Sawyer tan apesadumbrada como se sentía Chase—. Lo siento.

—¿Era del tipo ese de Nueva York o llegó alguna oferta más?

Al hacer la pregunta, Chase vio a Ethan y a Sienna intercambiarse una mirada de preocupación.

—Era de él. Le he preguntado a Emmett y no hubo ninguna otra oferta. Chase, su oferta doblaba el precio que pedían. ¿Por qué alguien iba a pagar tanto?

—No lo sé —contestó, y cerró los ojos pensando en su madre y en Teagan—. Llamaré a Teagan y le daré la noticia.

—Gracias. Dile que empezaré a buscar otras casas en cuanto me lo pida.

Chase colgó. Teagan no iba a querer buscar otra casa. Lo sabía muy bien, por la manera en que le había hablado antes de irse. Era como si hubiera tenido una premonición de que se avecinaban malas noticias y se hubiera preparado para ello.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ethan.

—Es la casa Calloway. Teagan no la ha conseguido.

No podía creer que después de décadas de espera, hubieran perdido la casa.

—Lo siento mucho —dijo Ethan—. Sé lo importante que era esa casa para tu madre.

—Y para Teagan —terció Chase, deseando ir tras ella y consolarla.

—Has dicho algo de una oferta que hizo alguien de Nueva York —dijo Sienna frunciendo el ceño.

—Se trata de un tipo que ha ofrecido el doble —dijo y miró a Ethan—. Conoces la casa. ¿Por qué iba alguien a ofrecer tanto?

De nuevo, la pareja intercambió una mirada de preocupación. Era evidente que tenían algo en mente, pero Chase no estaba de humor para andarse con rodeos.

—Venga, soltadlo ya. ¿Qué pensáis que está pasando?

—Declan Scott —dijo Sienna.

—¿El tipo que os estuvo mandando anónimos? —preguntó Chase sin dar crédito—. No puede ser.

La expresión de Sienna se ensombreció de furia.

—Declan sería capaz de cualquier cosa para vengarse de Teagan.

—Quiere algo de ella —murmuró Ethan.

Chase miró a su amigo, preguntándose por qué nadie le había contado nada.

—¿Sabes de qué se trata?

—¿Cuándo te encontraste con él? —intervino Sienna antes de que Ethan pudiera contestar.

Ethan se concentró en Sienna.

—Cuando volviste a Nueva York. Me enteré de que estaba aquí y fui a verlo. Me dijo que Teagan se negaba a darle algo que quería y que iba a enseñarle lo que se sentía.

Sienna resopló.

—Típico de Declan. Estoy segura de que le divierte que toda la familia le haya dado la espalda, no parará hasta verla arrastrarse.

No le agradaba lo que Sienna estaba describiendo y le asaltó el deseo de darle un puñetazo a aquel imbécil.

—¿Y qué es lo que tiene Teagan que tanto quiere? —preguntó Ethan, y suspiró.

—Viniendo de Declan, puede tratarse de cualquier cosa.

Chase apenas prestaba atención a lo que Sienna y Ethan estaban diciendo. Solo dos personas sabían por qué Declan estaba empeñado en hacer daño a Teagan, y una de ellas estaba a menos de tres kilómetros. Su taburete cayó al suelo de cemento al levantarse a toda prisa de la mesa.

—Necesito hablar con Teagan —anunció—. Tiene que saber lo que ha pasado.

—Dile que me llame si quiere hablar —dijo Sienna.

Chase asintió y se dirigió a la puerta. De camino a su coche, llamó a Teagan, pero le saltó el buzón de voz. O estaba hablando con Sawyer o había apagado el teléfono. El estómago se le revolvió al recordar la tristeza y la ansiedad que había percibido en ella desde su regreso de Nueva York. Todavía no la conocía bien y le costaba distinguir sus estados de ánimo. Suponía que se habría encontrado con él y habrían tenido un rifirrafe que la habría dejado angustiada.

Se sentía decepcionado. ¿Por qué no le había contado lo que pasaba? Era posible que la hubiera pillado por sorpresa, pero teniendo en cuenta cómo Declan se había burlado de Ethan, estaba claro que a aquel hombre le gustaba atormentar a sus oponentes.

Hacía un rato le había dado a entender que renunciaba a hacer de Charleston su hogar. ¿Dónde le dejaba eso a él? ¿Había llegado a su fin su breve aventura? Se sentía al borde de la desesperación. No estaba preparado para dejarla marchar y necesitaba respuestas.

Ya en la puerta de casa de los Watts, preguntó a la doncella de Grady por Teagan y le condujo a la terraza de la parte de atrás que daba al jardín. Al verlo aparecer en la puerta, se sorprendió y se levantó del sofá.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Sawyer me ha llamado. Estaba intentado dar contigo.

—He perdido la casa —dijo resignada.

—Lo siento.

La tomó de los hombros en un intento por reconfortarla. Ella se mantuvo tensa.

—Yo también —dijo, y se apartó después de zafarse de sus manos—. Sé que estabas deseando restaurar la casa para tu madre.

—Estaba con Ethan y Sienna cuando Sawyer llamó. Creen que ha sido Declan Scott quien ha comprado la casa.

—Típico en él —murmuró con voz grave, y desvió la mirada.

Chase sintió que se le retorcían las entrañas. Nunca había visto a Teagan tan abatida. ¿O acaso se sentía culpable?

—Cuando Ethan habló con él el mes pasado, Declan le dijo que estaba tratando contigo porque tenías algo que quería —le dijo observándola atentamente—. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—¿Crees que fue él el que presentó la oferta ganadora?

—Sí, él mismo me lo confesó cuando estuve en Nueva York.

Había estado muy rara desde su vuelta a Charleston. Al menos ya sabía por qué.

—Declan Scott ha comprado la casa Calloway —dijo Chase sin acabar de asumirlo—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque sabía que yo la quería.

—¿Porque te niegas a darle algo que quiere y pretende enseñarte lo que se siente? —preguntó recordando las palabras de Ethan y se quedó observando su reacción—. ¿Qué es lo que quiere?

—Siempre está detrás de algo —replicó Teagan, haciendo un gesto despectivo con la mano.

—¿De algo como qué?

—Basta decir que llevamos una década enzarzados en una disputa y cuando las cosas no salen cómo quiere, le gusta jugar sucio.

Al ver que evitaba contestar a su pregunta, Chase empezó a sospechar. Era evidente que no le estaba contando toda la historia, que ocultaba algo.

—¿Así que la casa Calloway es un daño colateral consecuencia de esa batalla que mantenéis?

—Sí.

—¿Arrebatarte la casa es su manera de castigarte o es que acaso piensa hacer algo con ella? —preguntó Chase.

—No va a venderla si es eso lo que te estás preguntando —contestó evitando su mirada—. El único valor que tiene para él es que con ella puede presionarme.

—¿En qué sentido? —dijo Chase tomándola de los brazos, y la obligó a mirarlo—. ¿No se da cuenta de que puedes buscar otra casa? ¿Acaso piensa comprar medio Charleston para vengarse de ti?

—Ha amenazado con derribarla —dijo afligida.

A Chase se le encogió el corazón. ¿Qué le pasaba a Declan para querer destruir un tesoro de doscientos años solo por hacer daño a Teagan? ¿Y qué había hecho ella para merecerse algo así?

—Va a echar la casa abajo. La casa de mi bisabuelo —dijo, y una nota de dolor se adivinó en su voz.

—Oh, Chase, lo siento. Todo esto es culpa mía.

Lo era. A pesar de las apariencias no había aprendido nada de la brecha que había entre ella y su familia. De nuevo, otro de sus estúpidos juegos estaba a punto de tener consecuencias.

Al darse cuenta de que seguía abrazándola, Chase apartó las manos. Luego la miró, despreciándose a sí mismo.

—En eso estamos de acuerdo.

Capítulo Diez

—¿**Y** cómo arreglamos esto? —preguntó Chase, su mirada fría y despiadada.

¿Había usado el plural de forma deliberada? ¿Seguía considerándola su socia para los planes que tenían para la casa Calloway o solo una compañera de batalla?

Fuera como fuese, Teagan sintió alivio de que no fuera a dejarla sola en aquel vacío desolador que había reinado en su interior antes de que le enseñara lo maravillosa que podía ser la vida.

—No estoy segura de que podamos conseguirlo. Seguramente Declan ya habrá transferido el dinero a tu primo. No creo que sea posible anular la venta llegado este punto.

—¿Qué es lo que quiere de ti? —preguntó Chase entornando los ojos.

Teagan contuvo la respiración. Estaba ante un dilema. Podía quedarse con el edificio de Nueva York y alejarse de Charleston, de su familia y de Chase, o entregar el edificio Brookfield a Declan y empezar una nueva vida en Charleston. Las dos opciones a la vez era imposible.

Después de conocer a su familia biológica y embarcarse en una relación con Chase, había cambiado. El proceso había sido doloroso. Había echado abajo las barreras que la protegían del dolor, la manera que había encontrado de luchar en la vida. Su antiguo método ya no funcionaba. Ni las intrigas ni las manipulaciones habían servido para conseguir lo que quería. Su futuro en Charleston había sufrido una herida mortal. Sin embargo, con los cambios que se habían producido en ella, no parecía factible volver a su antigua vida.

Chase la miraba fijamente, a la espera de una explicación.

—Quiere hacerse con un edificio histórico.

—¿Por qué es tan importante para él?

—Declan quiere construir un bloque en Manhattan, una torre que llevará su nombre y que destacará en el perfil de la ciudad. El edificio Brookfield ocupa una pequeña esquina y lo necesita para completar el proyecto.

Teagan recordó los planos que había visto de aquel rascacielos de cristales y todas aquellas joyas arquitectónicas que se iba a llevar por delante. Para su sorpresa, compartir su preocupación con Chase calmaba su ansiedad.

—Si quería convencerte de que le vendieras el edificio, no parece que enemistarse contigo fuera lo más inteligente.

—Siempre ha sido así entre nosotros —dijo Teagan con una sonrisa amarga—. Declan prefiere jugar sucio que negociar.

—Así que Declan no puede empezar su proyecto sin ti.

—La situación no me resulta agradable.

No le gustaba la conclusión a la que Chase parecía estar llegando. Hacía que pareciera que estaba obstaculizando los planes del constructor a posta, como si enfrentarse a Declan fuera su objetivo.

—¿Hay alguna razón por la que no quieras venderle ese edificio?

—Se trata de un edificio histórico construido en 1895, de estilo neorrománico. La fachada es de ladrillo, con columnas de piedra caliza y una cornisa rematada con torres en forma de aguja. El edificio no solo es impresionante sino que además entre los inquilinos hay gente famosa.

Teagan no pudo evitar buscar fotos del edificio en su teléfono y muy orgullosa, se las enseñó.

—Entiendo que no quieras que lo derriben.

Claro que lo entendía. Llevaba toda la vida dedicado a preservar la historia de Charleston en sus edificios y monumentos.

—¿Has solicitado la declaración de monumento?

—Sí, cuando Declan comenzó a comprar los edificios de alrededor. La Comisión de Preservación del Patrimonio cuenta con once miembros. Seis son los encargados de elegir los monumentos, y Declan tiene mucha influencia —explicó Teagan haciendo hincapié en la última palabra.

—¿Qué te parece incluir en el contrato una cláusula que le obligue a mantener la fachada?

—Nunca aceptaría. El mamotreto que está levantando es la torre Scott, un tributo a su grandeza. No va a querer tener un adefesio de principios de siglo en la esquina.

—Parece que estás en una mala situación.

—No es la primera vez —dijo ella esbozando una triste sonrisa.

—Lo que no entiendo es cómo lograste comprar el edificio. Debe de llevar años detrás de ese proyecto. ¿Acaso lo compraste para impedírselo?

—No lo compré.

Si le explicaba por qué era suyo, la asaltaría con preguntas que no estaba preparada para responder.

—No entiendo.

—Alguien me lo dio.

—¿Para qué? —preguntó enarcando las cejas.

—Porque no estaban en condiciones de mantenerlo y sabían que yo era la persona más indicada para seguir luchando contra Declan.

Al menos aquello era verdad.

—Así que alguien te dio una propiedad valorada en millones —dijo Chase sacudiendo la cabeza—. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Teagan no sabía cuánto contarle a Chase. Edward Quinn no solo había sido su mentor. También le había dado el apoyo que no había recibido del hombre que la había adoptado y criado. Tal vez por entonces no supiera que era su padre, pero lo había querido como si fuera hija suya.

¿Estaban lo suficientemente unidos como para correr el riesgo de contarle la relación que había entre ellos y confiar en que no fuera por ahí contándolo? Porque si Declan llegaba a enterarse alguna vez de que Edward era su padre biológico, usaría esa información para hacer daño a más gente, no solo a ella.

—Es evidente que hay algo que no quieres contarme —dijo Chase al ver que seguía en silencio.

Dio un paso atrás, su cuerpo rígido y su rostro desprovisto de emoción. Nunca antes lo había visto tan distante y le recordó todas las veces que había necesitado el apoyo de alguien y le habían dado la espalda.

—No sabes cómo es Declan —dijo Teagan y sintió que el corazón se le encogía ante la fría mirada de Chase—. Es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Le gusta jugar sucio.

—¿Cuál es el plan? ¿A cuántas personas más vas a dejar que haga daño mientras le sigues el juego?

—Eso no es justo —replicó desesperada, y cerró los puños con fuerza hasta clavarse las uñas en las palmas—. ¿De verdad crees que estoy haciendo esto porque quiero?

—No lo sé —dijo, y se quedó mirándola durante unos segundos interminables—. Supongo que no hay nada más que decir. Obviamente, has tomado tu decisión.

—Haces que todo parezca muy fácil.

—¿No lo es? Has reconocido que sabías de sus intenciones desde tu viaje a Nueva York y no te molestaste en advertirme. A mí me parece que te has dado por vencida.

—No puedes pensarlo en serio. No sabes lo que el edificio Brookfield significa para mí.

—¿Cómo voy a saberlo si no me lo cuentas? —preguntó con una nota de dolor bajo su tono de frustración—. ¿Acaso vivieron allí siete generaciones de tu familia? ¿Tienes alguna conexión personal que explique tu obstinada necesidad de quedártelo? —añadió e hizo una pausa—. ¿O es que estás empeñada en ganar?

—¿Crees que no estoy devastada por lo que Declan ha estado haciendo? —dijo, y al ver que no contestaba, continuó—. Llevo en guerra con él desde que estábamos en el instituto.

—Seguro que sacas algo de ello.

Entendía que Chase estuviera enfadado con ella, con la situación, pero sus críticas eran una llamada de atención. La complicidad que había imaginado que había entre ellos no era más que la euforia que le provocaba aquel sexo fantástico. La atracción física no conllevaba confianza y respaldo.

—¿Alguna vez pensaste que dejaría de ser tan maquinadora? —preguntó, observándolo, y la poca esperanza que le quedaba se desvaneció—. ¿Por qué has permanecido a mi lado si tanto me aborrecías?

—No me lo parecías cuando estábamos juntos.

—¿De veras? —le espetó con lágrimas en los ojos—. Entonces, ¿cómo me veías?

—Tierna y cariñosa.

Aquella descripción le partió el corazón.

—Entonces, supongo que te sentirás engañado —dijo, y rio con amargura—. Quiero decir que eso es lo que piensas, ¿no es así?

—Lo cierto es que no sé qué pensar. Sé lo que pasó entre tú y Ethan. Sé que estás dispuesta a hacer cualquier cosa por conseguir lo que deseas. ¿Tengo que pensar que no eres así?

—¿Así que no crees que la gente puede cambiar? —dijo, consciente de que era demasiado tarde para hacerle cambiar de opinión—. ¿Que el amor puede hacer mejor a las personas?

A pesar de que Chase se había estremecido al oírle usar la palabra amor, Teagan se dio cuenta de que había sentido algo muy especial por él desde el principio. Se habían divertido mucho juntos y el sexo la había sacudido en cuerpo y alma.

—¿Qué estás diciendo? —saltó indignado—. ¿Que has cambiado por amor? ¿Que me amas?

—No sé muy bien cómo ha pasado —replicó Teagan, evitando repetir la palabra amor—. Lo único que sé es que estando contigo he bajado la guardia y he dejado de sentirme invencible. Es agotador aparentar confianza en una misma cuando todos a tu alrededor están buscando la más mínima muestra de debilidad. Mira lo que ha pasado con Declan y la casa Calloway. Sabía que quería la casa y lo importante que era para ti y tu familia. Al arrebatármela, no solo me ha hecho daño a mí, también a tu familia. Y al echar a perder nuestra relación, la jugada le ha salido casi perfecta.

Chase abrió los ojos de par en par al oír cómo reunía las piezas de aquel rompecabezas.

—En el momento en que demostraste interés por la casa de mi familia, lo perdí todo.

—Todo no —susurró ella, pensando en toda la gente que lo amaba y apoyaba.

—¿Ah, no? ¿Cómo se supone que voy a explicarle esto a mi madre? Le caías bien, confiaba en ti. Ahora tengo que decirle que la casa por la que lleva suspirando toda la vida está a punto de desaparecer.

Teagan trató de ignorar aquellas acusaciones. ¿Qué podía decir para defenderse? Estaba tan entusiasmada con el potencial de la casa Calloway y de trabajar con un arquitecto apasionado que entendía su punto de

vista... Su atracción por él había pasado de ser profesional a tener posibilidades de convertirse en una relación tan profunda y especial que había bajado la guardia.

Aquello nunca habría pasado si se hubiera quedado en Nueva York. En entornos que le eran familiares, donde era necesario cubrirse las espaldas, Declan nunca se habría salido con la suya. Pero su relación con su familia de Charleston la había distraído. Se había entusiasmado con la casa Calloway y el corazón se le había ablandado estando con Chase.

Una cosa tras otra, Declan le había arrancado todo lo que amaba. Si alguien lo había perdido todo, esa era ella.

Una vez que Chase acabó de echarle todo aquello en cara, Teagan se apresuró a volver al interior y lo dejó en la terraza. Furioso, se quedó en el sitio maldiciendo para sus adentros por haberse implicado con Teagan Burns.

No era propio en él complicarse la vida con relaciones problemáticas, ya fuera en los negocios o en su vida personal. Consciente o inconscientemente, se había estado resistiendo a verse envuelto en un amor profundo y comprometido como el de sus padres. Era por eso por lo que no acababa de entender por qué se había planteado un futuro con Teagan, sin ni siquiera saber si ella estaba abierta a una relación duradera. En el momento en que había accedido a enseñarle la casa Calloway, había empezado el camino hacia aquella angustia. En vez de dejarse arrastrar por la ilusión de trabajar juntos en la restauración, debería haber mantenido las distancias.

Pero le había pillado con la guardia baja la forma en que se había expuesto a ser rechazada cuando le había abierto sus sentimientos, unos sentimientos que habían llegado a ser algo poderoso y transformador. «¿Así que no crees que la gente puede cambiar? ¿Que el amor puede hacer mejor a las personas?». Chase sacudió la cabeza para apartar aquellas palabras de su cabeza mientras miraba hacia la puerta por la que se había marchado Teagan y contenía el impulso de salir corriendo tras ella.

En vez de eso, Chase se fue en dirección contraria. Bajó la escalera circular de hierro que daba al jardín y recorrió el camino de grava que llevaba a la fachada delantera de la casa. Durante el breve trayecto hasta casa de su madre, no pudo controlar la agitación de sus emociones. Al llegar, apagó el motor de su todoterreno y se dio cuenta de que no estaba preparado para ofrecerle su consuelo. ¿Pero cómo no contárselo? Cabía la posibilidad de que, mientras había estado hablando con Teagan, alguien

hubiera llamado a Maybelle y le hubiera dado la noticia. Esperaba que no fuera el caso. Su madre necesitaba de su apoyo.

Se había olvidado de que era el día libre de la doncella y se quedó sorprendido cuando su madre le abrió la puerta. Llevaba un colorido caftán y estaba sin maquillar, pero décadas de una estricta rutina de belleza la hacían parecer más joven de sus sesenta y seis años.

—Chase, ¡qué sorpresa! —exclamó haciéndose a un lado—. ¿Qué pasa?

Al ver que no se movía, lo miró frunciendo el ceño, preocupada.

Chase entró en la casa y la envolvió en sus brazos.

—Me estás asustando —dijo Maybelle dándole una palmada en la espalda.

—Lo siento —replicó separándose—. Necesito decirte algo.

—Parece serio.

Lo acompañó hasta la sala de estar donde pasaba las tardes viendo sus programas favoritos y cosiendo, y se sentó en su sillón preferido, apagó la televisión y le dedicó toda su atención.

—Adelante.

Su madre siempre había sido partidaria de ir al grano, así que Chase no perdió el tiempo.

—Teagan no ha conseguido hacerse con la casa Calloway.

—Cuánto lo siento.

Su respuesta lo dejó confundido.

—No, soy yo el que lo siento. Todo esto es culpa mía.

—¿Por qué iba a ser culpa tuya?

—Si hubiera desanimado a Teagan en vez de enseñarle los planos y darle ánimos para comprar la casa, hubiera buscado otra y tal vez Sawyer hubiera encontrado otro comprador.

Al ver el ceño fruncido de Maybelle, Chase supo que su explicación no le había aclarado nada. Chase le explicó a su madre todo lo que le habían contado Sienna, Ethan y Teagan esa tarde. Ella lo escuchó atentamente, sin interrumpirlo hasta que se calmó y se quedó en silencio.

—Pobre chica.

Chase no podía creerlo. ¿Su madre empatizando con Teagan? Era ella la que había causado todo aquel desastre.

—¿Cómo puedes decir eso? Hemos perdido la casa por culpa de ella.

—Antes has dicho que todo esto era culpa tuya —dijo su madre, y ladeó la cabeza para estudiarlo—. Ahora estás culpando a Teagan. A mí me parece que el verdadero villano de esta historia es ese hombre que ha comprado la casa para poner a Teagan contra las cuerdas.

—Pero es Teagan la que no quiere venderle el edificio que quiere.

Su madre lo miró con los ojos entornados.

—¿Acaso piensas que debería hacerlo?

—Yo...

Sabía exactamente lo que quería decir. Teagan debería renunciar al edificio de Nueva York y recuperar de Declan a casa Calloway.

—No sé si quiere salvar ese edificio histórico o derrotar a Declan Scott. Llevan mucho tiempo enfrentados —dijo Declan, y se dio cuenta de que su madre no compartía su punto de vista—. Mira la forma en que ha usado a su hermana en su plan para impedir que Ethan se convierta en el siguiente presidente de Watts Shipping. Y hace tres semanas, Ethan me pidió que la vigilara y me asegurara de que no causara más problemas.

Maybelle tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos de su asiento.

—¿Crees que se me da bien juzgar a la gente?

—Por supuesto —contestó, sospechando adónde quería ir a parar.

—¿Y a Sawyer?

—Lo pillo. A las dos os cae bien Teagan y piensas que estoy siendo demasiado crítico —contestó Chase en un intento por hacer que su madre comprendiera—. Pero es por ella por lo que Declan Scott va a demoler la casa que ha sido el hogar de tu familia durante más de cien años.

—Chase, no es más que una casa.

Las suaves palabras de su madre eran probablemente la mayor sorpresa que se había llevado en un día cargado de explosivas revelaciones.

—Una casa que llevas queriendo desde hace décadas.

—Pero no a costa del sufrimiento de alguien.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo mal que había manejado la situación con Teagan. ¿De verdad había dado más importancia a una casa que se estaba cayendo que a la mujer a la que le había hecho el amor?

—Lo he echado todo a perder. —Siento oír eso.

Su decepción le hizo sentirse aún peor que si lo hubiera estado regañando durante una hora.

—Supongo que después de lo que ha pasado volverá a Nueva York.

—Puedes hacerla cambiar de opinión.

Su corazón se aceleró. Tenía esperanza.

—No sé si debería.

Maybelle dejó de hacer lo que estaba haciendo y miró a su hijo.

—¿Por qué no?

—Todos sus amigos están en Nueva York —dijo, e incluso a él le pareció una mala excusa—. Allí lleva tres negocios. ¿Crees que está dispuesta a dejarlos?

—Teagan tiene familia aquí y tiene intención de hacer cosas buenas en Charleston.

—Su familia no le habla. —Te tiene a ti.

—Es un gran salto —dijo con un sabor amargo en la boca—. Solo hace unas semanas que la conozco.

—Hace mucho tiempo que aprendí que no hay que confiar en las palabras de un hombre, sino en sus actos. A pesar de lo que dices, te comportas como un hombre enamorado.

—Somos muy diferentes —argumentó—. No es con quién me imagino pasando el resto de mi vida. La vida con ella sería una montaña rusa.

¿Estaba preparado para eso? ¿Y qué le hacía pensar que estaría interesada en tener una relación duradera con él? Pero la idea de perderla lo asustaba. ¿Cómo iba a sobrevivir sin verla cada día y sin hacerle el amor cada noche? Era la primera mujer que había anulado su sentido común. Con razón se había vuelto un poco loco.

Le gustara o no, se había enamorado de Teagan Burns.

—Tengo que arreglar esto —murmuró Chase.

—Sí, tienes que arreglarlo —convino Maybelle y sonrió.

Capítulo Once

Después de dejar a Chase en la terraza, Teagan se fue directamente a su habitación y se encerró. Abatida, se dejó caer en la cama y se quedó mirando el techo, mientras la frustración y el remordimiento se adueñaban de ella. Se llevó la mano al pecho y contuvo el impulso de romper a llorar. No era propio en ella rendirse a las emociones. Por lo general, soportaba bien las dificultades ideando nuevas estrategias y poniendo en marcha algún plan para salir victoriosa.

Pero ¿cómo resultar vencedora cuando repugnaba al único hombre que realmente la había hecho feliz? Solo ella tenía la culpa.

Odiaba enseñar cualquier tipo de debilidad. Permitir que alguien advirtiera su inquietud y sus dudas bajo su porte sofisticado era como desprenderse de la armadura que la protegía.

Después de pasar la noche en vela, Teagan sacó el teléfono y marcó el número de Sienna. Para su sorpresa, su hermana contestó.

—Solo llamo para disculparme por haber echado a perder la velada —comenzó—, y por lo que os hice a ti y a Ethan. Sé que ya pedí perdón, pero no me había dado cuenta del sufrimiento por el que estabas pasando cuando te marchaste de Charleston. Como siempre, he sido egoísta e insensible.

—Está bien —dijo Sienna en tono amable—. Chase nos ha contado lo que pasó con la casa. ¿Por qué Declan no te deja en paz? —preguntó enfadada—. ¿Qué quiere?

—Quiere el edificio Brookfield. Es la única propiedad que le impide levantar su torre.

—¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Soy la propietaria y me está dando la lata para que se la venda. Si no lo hago, ha amenazado con destruir todo aquello que quiero para conseguirlo.

—Pues véndesela y acaba con esta situación cuanto antes.

Teagan respiró hondo. No estaba acostumbrada a compartir sus secretos.

—No puedo. Edward Quinn me dejó el edificio.

—¿Te dejó el edificio? —repitió Sienna sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque fue el primer edificio que compró y era una joya arquitectónica. Me pidió que lo cuidara.

—Lo entiendo, pero Edward murió y el Brookfield es tan solo un edificio.

Teagan no le había contado a su hermana que había descubierto quién era su padre biológico. Solo Chase lo sabía y aun así, no le había revelado su identidad. Tampoco le había explicado la conexión de su padre con el edificio ni por qué no quería desprenderse de él. De repente se sentía cansada de guardárselo todo para ella. Era hora de sincerarse con alguien y quién mejor que su hermana.

—Edward era mi padre.

Por el silencio que se hizo, estaba claro que a Sienna le costaba asimilar la noticia.

—¿Tu padre? Oh, Teagan, ¿cuánto hace que lo sabes?

—Me enteré después de su muerte. Cuando me dejó el edificio, incluyó una carta con el testamento, contándome el idilio que había tenido con mi madre y pidiéndome que mantuviera en secreto la verdadera naturaleza de nuestra relación.

—¿Por eso fue tu mentor?

—Supongo. Me habría gustado saberlo entonces, pero no hubiera cambiado nada el cariño que le tenía. Fue la única persona que creyó en mí de manera incondicional.

—Eso no es cierto. Siempre he estado de tu lado. Solo porque no apruebe tus formas no quiere decir que no me alegre de tus triunfos.

Una inmensa sensación de gratitud invadió a Teagan.

—Te lo agradezco, aunque no estoy segura de merecérmelo. No siempre he sido una buena hermana contigo.

—Eso no es cierto. Tú fuiste la única que me animó a estudiar Bellas Artes.

A Teagan le sorprendió que su hermana agradeciera aquel pequeño detalle. Claro que teniendo en cuenta cómo habían sido criadas, la más mínima muestra de apoyo era de agradecer.

—Tienes un talento increíble. No podías estudiar otra cosa.

De esa manera, Sienna había ganado la confianza que necesitaba para convertirse en comisaria de arte, una profesión que no solo disfrutaba, sino que se le daba muy bien.

—¿Le has explicado a Chase lo de Declan y el edificio Brookfield? —preguntó Sienna, volviendo al problema de Teagan.

—Sí.

—¿Le has contado también que lo heredaste de tu padre biológico? —preguntó y se impacientó ante la falta de respuesta de Teagan—. Tienes que contárselo.

—No cambiará nada. Declan echará abajo la casa Calloway y Chase nunca me perdonará por poner a su familia en la línea de fuego.

—Pídele perdón —le aconsejó Sienna—. Estoy segura de que te perdonará.

—Ya le he pedido perdón —dijo Teagan, y suspiró desesperanzada—. Está demasiado enfadado como para escuchar mis disculpas.

—Salvar un edificio que tu padre lleva toda la vida protegiendo no es una excusa. Es lo que Chase ha estado haciendo con la casa de que perteneció a la familia de su madre. Entenderá tu decisión —dijo Sienna e hizo una pausa, pero al ver que Teagan no decía nada, continuó—. No puedes seguir cerrándote a todo el mundo y cargar con todo cuando te sientes amenazada.

Teagan sentía un nudo en la garganta.

—A todo el mundo no —replicó, pero enseguida reconoció que era cierto lo que su hermana había dicho—. De acuerdo, no se me da bien confiar en los demás.

—Has empezado confiando en mí. Ahora, confía en Chase.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso.

—No conozco muy bien a Chase, pero por lo que Ethan me ha contado, para él lo primero es la familia. Seguro que entenderá perfectamente que estás respetando la última voluntad de tu padre.

—¿Y los deseos de su madre? Su sueño de toda la vida ha sido restaurar la casa de su familia. Por mi culpa eso no va a ser posible.

—Es culpa de Declan, no tuya.

—Son dos lados de la misma moneda.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —preguntó Sienna—. Estoy segura de que te das cuenta de que ese edificio es muy importante para Declan y no va a parar hasta que se haga con él.

—Lo sé. Creo que tengo que volver a Nueva York. Si me voy de aquí, Declan dejará de fastidiaros a todos.

Teagan veía ante ella un futuro solitario y desolador.

—Pero Chase y tú...

—Eso ha acabado.

—A mí me parece que no.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Chase no está enamorado de mí —murmuró Teagan—, y nunca lo estará. Soy tan solo la mujer con la que se ha estado acostando estas últimas semanas —añadió sonriendo con amargura—. La que su mejor amigo le había pedido que vigilara para que no causara problemas. Estoy segura de que se está arrepintiendo.

Sollozó y las lágrimas que había estado conteniendo rodaron por sus mejillas. Durante unos segundos, se quedó sin respiración y no pudo evitar que una sensación de pánico la invadiera.

—Creo que no le has dado la suficiente confianza. Te mira como si fueras la mujer más maravillosa del mundo.

—Eso era antes de que descubriera que Declan había comprado la casa Calloway.

—Ethan vuelve mañana a Savannah. ¿Qué te parece si me quedo el fin de semana en Charleston y hacemos algo?

—Me encantaría —dijo Teagan con voz temblorosa—. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Lo sé.

—Voy a hacer una reserva en el hotel Bennett —dijo Teagan—. Tienen un spa maravilloso. Nos daremos un capricho, disfrutaremos de la comida de su restaurante y charlaremos. ¿Qué te parece?

—Un plan perfecto entre hermanas.

—Te quiero —dijo, mucho más animada que al principio de la conversación—. Estoy deseando darte un abrazo.

—Yo también te quiero.

Por mucho que hubiera disfrutado poniéndose al día con su hermana durante el fin de semana, Teagan no podía dejar de sentirse triste por lo que había pasado entre Chase y ella. Estaba dedicando mucho tiempo a organizar su futuro y no había encontrado una dirección clara. Aunque estaba deseando quedarse en Charleston, era consciente de que Grady era la única persona, junto con Sienna, que la animaría a quedarse. Nada más entrar en casa de su abuelo, Teagan vio a Grady en el salón, y se sentó a su lado. La recibió con una sonrisa que le encogió el corazón. De todos sus familiares de Charleston, era él el que más le había llegado al corazón.

—Chase me llevó al cementerio Magnolia. He visto dónde están enterradas mi abuela y mi madre. Gracias por traerme a casa. Me alegro de saber que está donde pertenece.

—Nunca fue feliz aquí, pero no quería que estuviera enterrada sola en Nueva York.

—Todo el mundo que la conoció dice que fue una muchacha muy impulsiva. Supongo que no pudo resistirse al encanto de Nueva York.

—Mi hija era muy cabezota y no escuchaba a nadie. Me preocupaba que estuviera sola en esa gran ciudad, y al final tuve razón.

—Pensé que te gustaría ver esto.

Teagan sacó otra cosa que le había dejado su padre, una vieja foto de Edward y Ava tomada en Central Park. Estaban sentados uno al lado del otro, sobre una manta, sonriendo a la cámara. Por la fecha que aparecía en el dorso, Teagan calculó que en ese momento su madre debía de estar embarazada de tres meses. No estaba claro si Edward lo sabría, pero quería pensar que se habría alegrado al enterarse.

—Este es mi padre —dijo mostrándole la foto a Grady—. Se llamaba Edward Quinn. Fue mi mentor y me enseñó todo lo que sé sobre el negocio inmobiliario. No supe que era mi padre hasta después de su muerte, cuando recibí una carta suya con esta foto. También me dejó un edificio histórico. Se trata de una propiedad que ha estado causando un gran quebradero de cabeza a mí y a los de mi alrededor.

Teagan respiró hondo al ver a su abuelo acariciar la sonrisa de su hija. Mientras la escuchaba atentamente, siguió hablándole de Declan y de los mensajes anónimos que le había estado enviando a Ethan sobre ella, y sobre cómo había causado problemas entre Ethan y su hermana en su empeño por ser aceptada por su familia. También le habló de Chase y de cómo Declan había comprado su casa familiar para derribarla si ella se negaba a venderle el edificio Brookfield.

—¿Qué debo hacer? —preguntó al acabar su relato.

—La primera cuestión es saber qué es lo que quieres.

—Quiero que todos estéis tranquilos y eso supone quitaros de encima a Declan.

Grady agitó la mano en el aire, quitando importancia a su comentario.

—No te preocupes por nosotros. Nosotros los Watts nos hemos enfrentado a oponentes mucho peores que Declan Scott. ¿Qué te haría feliz?

—Devolverle la casa Calloway a Chase. Estaba tan contenta cuando pensaba que él y yo íbamos a trabajar juntos en la restauración de la casa de su familia... Además, quiero ofrecerles a las víctimas de violencia doméstica un lugar seguro.

—Pero para hacer eso necesitas renunciar al legado que te dejó tu padre.

—¿Cómo elegir entre ambos?

—Supongo que es la diferencia entre aferrarte al pasado o sacrificar tu futuro —dijo Grady tomando su mano entre las suyas—. Dime, si tu padre estuviera aquí hoy, ¿qué te diría?

—Me diría que recuperara la casa Calloway y que se lo hiciera pagar a Declan —contestó Teagan sonriendo.

—Entonces, eso es lo que deberías hacer.

Al ver su gesto travieso, Teagan sintió que el corazón se le encogía. Aquello era lo que tanto había deseado, contar con el apoyo de alguien dispuesto a estar de su lado incluso cuando metía la pata.

—Entonces, es lo que haré —afirmó, y tragó saliva—. Y cuando vuelva a Charleston, prometo que voy a encontrar la manera de hacer las paces con todo el mundo. Sé que he cometido errores, pero no soy la

misma persona que cuando vine a Charleston. Espero poder demostrarles a todos que he cambiado.

—Me alegro de oírte hablar así —dijo una voz proveniente de la puerta que daba al pasillo.

Al darse la vuelta, Teagan vio a Paul Watts en el umbral de la puerta que daba al pasillo y tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

—¿De verdad? Espero que el resto de la familia piense lo mismo. Después de lo que le hice a Ethan, va a ser difícil que me perdonen.

—Hablaré con ellos —dijo Paul clavando sus ojos verdes en su abuelo—. Hemos estado muchos años buscándote —añadió volviéndose hacia Teagan—, como para perderte ahora.

Las palabras de Paul dieron esperanza a Teagan. La opinión del mayor de sus primos pesaba mucho en la de los demás.

—Me alegro mucho de que pienses así. Muchas gracias.

Capítulo Doce

U nos días más tarde, Teagan apareció en el despacho de Declan con el contrato que le había mandado unas semanas antes. Al ver su sonrisa arrogante, sintió que le hervía la sangre. Aunque Ethan y ella habían pasado los últimos días pensando las posibles maneras de ganarle la partida a Declan, no se les había ocurrido nada para evitar el derribo de ambos edificios históricos.

Al final, Teagan había acabado por aceptar que solo podría salvar uno de ellos, el edificio Brookfield o la casa Calloway. La elección dejó de ser complicada cuando se dio cuenta de que la felicidad que le proporcionaría a Chase superaría el dolor de fallarle a su padre. Había perdido toda esperanza de tener un futuro con Chase en el instante en que había puesto en peligro el hogar de su familia, y le proporcionaba una gran satisfacción saber que cada mañana, cuando se asomara por la ventana, disfrutaría del esplendor de la casa Calloway restaurada. Tal vez así la recordara con afecto y no se arrepentiría del tiempo que había compartido con ella.

—Me alegro de que hayas entrado en razón —dijo Declan, dirigiéndola una mirada depredadora.

—No me has dado otra opción.

—¿De qué estás hablando? Fue decisión tuya venderme el edificio Brookfield a cambio de la propiedad de Charleston que quieres.

—No olvides la otra parte de nuestro acuerdo. No volverás a ponerte en contacto conmigo jamás.

—Te aburrirás sin tenerme cerca para desafiarte —dijo Declan con una sonrisa maliciosa.

—¿Desafiarme? ¿Es eso lo que piensas que estás haciendo? Yo diría que te has dedicado toda la vida a arruinar todo lo que me hacía feliz.

—¿Te refieres a esa casucha destartada que tanto quieres?

—Va a ser preciosa cuando acabe de restaurarla —replicó Teagan poniéndose a la defensiva.

—Supongo que ese novio tuyo se llevó un gran disgusto cuando la perdiste. Por cierto, ¿seguís juntos?

—No —contestó con un amargo tono de derrota.

—¿Y crees que este gran gesto tuyo te ayudará a recuperarlo? ¿Por qué molestarte? ¿Por qué perder el tiempo con un arquitecto de pueblo? Te aseguro que antes de seis meses te habrás aburrido de él. Nueva York es más interesante. Con lo que te he ofrecido por el Brookfield, piensa en el imperio que puedes construir.

—No quiero un imperio —replicó Teagan pensando en Chase y en su sueño de ser aceptada por su familia de Charleston—. Solo quiero un sitio al que pertenecer.

—Tú no perteneces a ese pueblo de mala muerte.

—Charleston es un tesoro histórico y el lugar donde están mis raíces.

Declan arqueó una ceja. Parecía aburrido, pero se adivinó un brillo de avaricia en sus ojos al mirar el sobre que Teagan tenía en la mano.

—¿Has firmado el contrato?

—Sí.

La adrenalina se le disparó. Para cualquiera ajeno a la situación debía parecer que estaba cambiando una tiara de diamantes por un collar de cuentas de plástico. Pero para ella, el valor no estaba en su precio de mercado, sino en el sentimental que tenía para ella, para Chase y para su familia.

Cuando Declan alargó el brazo para tomar el sobre se oyeron unas voces en el pasillo. Declan siguió con la vista clavada en el sobre. Teagan se volvió hacia la puerta justo en el momento en que se abría y aparecía Chase.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Con la atención puesta en Chase y en su gesto de preocupación, apenas se dio cuenta de que Declan dio un paso al frente, y le quitó el sobre de la mano.

—Detenerte.

Chase ejecutó un movimiento de artes marciales que forzó a Declan a soltar el sobre. Teagan apretó el sobre contra su pecho. Su corazón latía con fuerza.

—No lo hagas —dijo muy serio mientras se colocaba ante Teagan y la tomaba de los brazos—. Ya se nos ocurrirá otra manera.

—No hace falta —replicó ella, y le acarició la mejilla, sonriendo—. Déjame hacer esto por ti.

Chase le besó la mano y Teagan sintió un escalofrío.

—Ya me has dado bastante —murmuró él—. Siento no haberte creído antes. Ahora sé lo que ese edificio significa para ti.

A pesar del énfasis que había puesto en sus palabras, Teagan estaba segura de que no tenía ni idea de la verdad. Solo se la había contado a Sienna y a Grady. Ambos le habían prometido guardarle el secreto, lo que significaba que Chase había elegido sacrificar algo importante para él y su familia con tal de hacerla feliz. Teagan nunca había imaginado que su amor por Chase podría convertirse en algo tan poderoso, pero era evidente que todavía le quedaba mucho por aprender. Sonrió y se imaginó la felicidad que les deparaba el futuro.

—No tanto como crees —le dijo Teagan antes de mirar a Declan, que los observaba sin demasiado interés—. Tenemos un trato. Yo le vendo el edificio Brookfield a cambio de la casa Calloway.

La expresión de Declan se volvió triunfante al ir a tomar el sobre. Teagan lo apartó de su alcance. ¿Acaso pensaba que el amor la había vuelto tonta? Antes de darle lo que quería, su intención era conseguir una promesa.

—¿Estás de acuerdo en dejarme en paz a mí y a todas las personas que me importan? —preguntó con el aplomo que le daba la cercanía de Chase.

—Por supuesto.

—Bien —dijo y dejó el contrato sobre la mesa antes de sacar el móvil y mandar un mensaje—. Te he hecho una transferencia por lo que pagaste por la casa de Charleston.

Luego clavó la vista en Declan hasta que llamó a su secretaria y le dio instrucciones para que le enviara la suma que habían convenido en el contrato. Unos minutos más tarde, recibió un mensaje de texto en el teléfono, confirmándole la transacción.

—Seguramente querrás esto.

Declan le lanzó un sobre y en su interior se oyó el tintineo metálico de unas llaves. Chase lo tomó al vuelo.

—Vámonos de aquí —dijo Teagan tomando a Chase de la mano—. Tenemos mucho que celebrar.

En su afán por distanciarla de Declan Scott, Chase aceleró el paso de camino a los ascensores. No dijo nada hasta que se cerraron las puertas.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué le has vendido el edificio que tu padre quería que preservaras?

—¿Cómo has sabido lo de mi padre? —preguntó sorprendida.

—Sienna se lo contó a Ethan y él me lo contó a mí.

—Me prometió que guardaría el secreto.

—No entiendo por qué has renunciado al edificio.

—Para salvar la casa Calloway.

—No deberías haberlo hecho.

—¿Por qué no? Es importante para tu familia y haría lo que fuera para salvarla.

—Lo siento. Te dije cosas muy feas la otra noche en la terraza.

Chase quería disculparse, pero sabía que no era suficiente. Le debía no solo su gratitud, sino su confianza y admiración.

—Estabas enfadado y decepcionado.

—Esa no es excusa. No tenía por qué desquitarme contigo, sobre todo después de que no te diera la confianza suficiente como para que me contaras lo que Declan pretendía.

—No se me da bien pedir ayuda.

—Porque has soportado mucho rechazo. ¿Vas a estar bien? Declan se ha quedado con lo único que te dejó tu padre.

—Puede que parezca eso, pero lo más importante es todas las enseñanzas que aprendí con él durante todos los años que fue mi mentor. A diferencia de mis padres, Edward siempre creyó en mí. Me enseñó a apreciar la arquitectura y despertó mi pasión por la conservación y la restauración —explicó Teagan sonriendo—. De él aprendí a luchar por lo que creo y a que lo más importante es hacer felices a las personas que amas.

El ascensor hizo una parada y dos hombres se subieron.

—Gracias por apoyarme hoy —añadió—. ¿Cómo sabías dónde estaba?

—Paul rastreó tu teléfono. No quería que te enfrentaras a él sola.

Antes de que pudiera añadir nada más, las puertas del ascensor se abrieron al llegar al vestíbulo. Al dirigirse hacia la salida, Chase tomó su mano y le hizo agarrarlo del brazo.

Un coche oscuro los esperaba en la puerta. El conductor abrió la puerta trasera y Teagan se acomodó en el interior con Chase a su lado. Mientras esperaban a que el coche se pusiera en marcha, Chase le dio el sobre que Declan le había lanzado con las llaves.

—Declan no parecía muy contento. ¿Crees que de ahora en adelante te dejará en paz?

—Puede que sea un hombre de negocios sin escrúpulos, pero nunca falta a su palabra.

—¿Ni siquiera para vengarse?

—¿Para qué si ya tiene lo que quiere?

Chase estuvo a punto de sonreír ante la sorpresa que le esperaba a Declan.

—Estamos en deuda contigo.

—No lo hice por eso. No quiero que sientas que me debes algo. Era lo correcto —dijo Teagan y rio—. Nunca antes me habían acusado de hacer lo correcto.

—Eso no es cierto —replicó, recordando la larga conversación que había tenido con Sienna—. Todos te hemos juzgado mal.

—No, creo que me habéis juzgado perfectamente. Soy una egocéntrica sabelotodo.

—Eres más que eso. Siempre ayudas a la gente que lo necesita sin esperar nada a cambio.

—¿Así que vas a pensar bien de mí de ahora en adelante?

Chase la rodeó con el brazo y la atrajo hacia él. Luego la besó.

—Hace tiempo que tengo muy buena opinión de ti.

—Déjalo —dijo recostándose contra él—. Estás usando tu encanto sureño y ya sabes que soy muy susceptible a él.

Chase le acarició el mentón con los labios y continuó bajando por el cuello.

—Como sigas así...

—¿Qué?

Teagan hundió los dedos en su pelo, atrayéndolo.

—Tengo un avión esperando para llevarme a Charleston —dijo y gimió cuando la besó en la zona sensible donde el cuello se unía al hombro—. Subámonos a él y te lo mostraré.

—Me gusta cómo suena eso —terció Chase—, pero antes de hacerlo, tomemos un pequeño desvío.

Le dio la dirección del edificio Brookfield al conductor.

—¿Para qué vamos allí? —preguntó tan sorprendida como triste.

—Pensé que te gustaría echarle un último vistazo.

—¿Antes de que Declan lo eche abajo? No gracias.

—Nunca lo he visto en persona y me encantaría —insistió Chase—. Es importante para mí ver a lo que has renunciado para que la casa Calloway siga en pie.

—No es el sacrificio que imaginas. No lo hice solo por ti. Lo hice por nosotros. Quiero que restauremos juntos la casa de tu familia. Me gustaría que creáramos una fundación benéfica para asegurar que la casa siga en pie para siempre —dijo esbozando una amplia sonrisa—. Creo que a tu madre le gustaría eso, ¿no?

—No puedo dejarte hacer eso —replicó pensando en el alto precio de coste—. Es demasiado.

—¿Te preocupa que pueda pedirte algo a cambio?

—Me pidas lo que me pidas, estoy dispuesto a dártelo.

—Acabas de hacer una oferta muy peligrosa. Podría pedirte cosas que odias.

—Correré el riesgo. ¿Cuál es tu mayor deseo? —preguntó Chase.

—Tener un nuevo comienzo contigo —contestó, y su sonrisa fue como un amanecer.

—Teagan...

—Estando contigo soy la mejor versión de mí misma, y tengo un poco de miedo de que si abandono tu sombra por miedo, acabaré convirtiéndome en alguien con quien no quieres estar.

—No creo que eso sea posible.

—Entonces, ¿por qué me apartaste de tu lado?

—Porque lo que siento por ti es muy fuerte y me daba miedo. Hasta que tú apareciste, mi única pasión era la arquitectura. Y de pronto apareciste en mi vida, con tu arrollador estilo neoyorquino y tu habilidad para poner mi mundo patas arriba, y me mostraste lo que me estaba perdiendo —dijo acariciándole la mejilla con los nudillos—. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo con lágrimas en los ojos.

—No quiero vivir otro minuto más sin ti.

El coche se detuvo ante el edificio que tanto había importado a Teagan y a su padre. La excitación invadió a Chase al ayudar a Teagan a salir del coche, y se quedó junto a ella en la acera, contemplando el edificio.

—Es impresionante —murmuró.

—Lástima que Declan vaya a tirarlo.

—No creo que pueda.

Chase se echó mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un papel enrollado. Estaba sujeto por un lazo rojo. Algo brillaba en el centro del lazo y Teagan lo miró confundida.

—¿Qué es esto?

Con una sonrisa en los labios, deshizo el nudo y se lo ofreció con una mano mientras en la otra sujetaba un anillo de diamantes.

—¿De qué quieres que hablemos primero? —dijo Chase, e hincó una rodilla en el suelo. Teagan Burns, amor mío, quiero restaurar edificios y tener hijos contigo durante el resto de nuestras vidas. ¿Quieres casarte conmigo?

—Claro que sí.

Teagan se agachó, tomó su rostro entre las manos y lo besó.

Chase se levantó, la rodeó con sus brazos y comenzó a girar en círculos. Luego, ignorando al resto de peatones que pasaban a su lado, la besó apasionadamente.

—¿Estás seguro de esto? No puedo prometerte ser la típica esposa de Charleston.

—Bueno, mientras te quedes en Charleston, creo que soportaré tus intrigas.

—Pero nunca tendrán que ver contigo. Tal vez no te hablé de Declan, pero siempre he sido sincera con mis sentimientos hacia ti. Al menos, puedo prometerte que eso nunca cambiará. Yo, Teagan Burns-Watts, prometo solemnemente ser honesta y sincera contigo el resto de mi vida.

—Y yo, Chase Love, prometo que nunca volveré a dudar de ti.

—Eso es un gran acto de fe —dijo ella con los ojos húmedos.

—Te lo debo. Durante demasiado tiempo estuve ignorando lo que sentía y dejé que otros me llenaran la cabeza con sus opiniones. Debería haber confiado en ti.

—Para ser justos, compliqué mucho las cosas antes de que nos conociéramos.

—Todavía no habías aprendido a confiar en mí —le dijo—. Ahora es diferente.

—Eso es gracias a ti. Me ofreciste seguridad.

—Pero te fallé.

—No, no me fallaste. Me abriste los ojos y me diste motivos para arreglar todo lo que había estropeado.

—Espero que esto haga tu decisión de vender el Brookfield menos dolorosa.

Intrigada, Teagan desenrolló el papel y lo leyó.

—No lo entiendo. Es un informe de la Comisión de Preservación del Patrimonio sobre el edificio Brookfield.

—Ha sido designado edificio histórico —anunció Chase con una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo?

—Llamé a Knox y a Paul. Nadie sabe más sobre protección de edificios históricos en Charleston que mi socio —explicó—. Después de que me hablaras de la influencia que tenía Declan sobre ciertos miembros de la Comisión de Preservación del Patrimonio de Nueva York, Knox se puso en contacto con un compañero de colegio que trabaja en el sector inmobiliario de Nueva York.

Chase se había dado cuenta de que no podía entrar en guerra con Declan a menos que conociera bien el campo de batalla, y por lo que sabía del promotor inmobiliario, sin un buen plan, podía acabar en derrota.

—Una vez supe quiénes eran los miembros —continuó—, le pedí a Paul información sobre ellos.

Un mes antes, el especialista en ciberseguridad había contribuido a descubrir quién había estado enviando aquellos mensajes anónimos advirtiéndole a Ethan sobre los planes de Teagan. Además, para prevenir los ciberataques, Paul era un experto recopilando informaciones sobre personas y tenía buenos contactos entre miembros de las fuerzas del orden por todo el país.

—A través de sus fuentes averiguó las tácticas sucias que estaba empleando para presionar a los seis miembros de la Comisión que tenían que decidir sobre el estatus de edificio histórico del Brookfield —dijo Chase sonriendo—. Una vez hicimos un poco de presión por nuestra parte, accedieron a aprobar la solicitud. Y voilà.

—Has conseguido salvarlo —murmuró Teagan feliz—. Por mí.

El corazón le dio un vuelco al ver su expresión radiante. Era la única mujer para él y habría hecho cualquier cosa para demostrárselo.

—Sabía lo mucho que significaba para ti.

—Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho y estoy muy contenta de que no vayan a derribarlo, pero el edificio Brookfield es parte del pasado —dijo e hizo una pausa—. La casa Calloway y tú sois mi futuro —añadió y la luz de sus ojos lo cautivó.

—Te quiero —dijo Chase tomándole el rostro entre las manos—. Te prometo que nunca te arrepentirás de tu elección.

Unió sus labios a los de ella y selló su promesa con el más tierno de los besos.

—Soy tuya, Chase Love, ahora y siempre. Nunca dudes de lo mucho que te quiero —dijo, y tomándolo de la mano, tiró de él hacia el coche que les esperaba—. Y ahora, llévame a Charleston, el hogar al que pertenezco.